

# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL  
AÑO 6 NRO 66 AGOSTO 2021



Incluye  
Suplemento



**TRENES**

ABDALA      CARMONA      CASTRO ALFARO      CORALLO BAO  
DÍAZ DE LA CRUZ      ECHEVERRÍA      FEDERICI      GARCÍA  
GÓMEZ ALAIS      GONZÁLEZ      GOÑI CAPURRO      GUTIÉRREZ FALCÓN  
HINOSTROZA QUIÑONES      IRANZO SARGUERO      JIMÉNEZ CUENCA  
MARONGIU      MATRAJT      MONTEDIABLO      QUISPE CORREA  
RAMACCIOTTI      RESENDIZ      RIVERA RODRÍGUEZ      SALDÍVAR  
SPINOZA      TOMAS      TREMARI      VELARDE      VIGNERA  
VILLANUEVA PARAVICINO



EL NARRATORIO

# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 6 NRO 66 – AGOSTO 2021

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

[PIXABAY](#) [FREEPIK](#)

[PXHERE](#) [PEXELS](#)

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES.  
QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS  
MISMOS.

BAJO [LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL](#)



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

[WWW.ELNARRATORIO.COM.AR](http://WWW.ELNARRATORIO.COM.AR)

[WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO](http://WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO)

E-MAIL:

[ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM](mailto:ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM)

[ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM](mailto:ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM)

## ÍNDICE

<u>LA PECERA</u>	<u>ADÁN ECHEVERRÍA</u>	<u>7</u>
<u>LA RABIA</u>	<u>AMIR ABDALA</u>	<u>12</u>
<u>LAS CHICAS DEL LAGO SAMMAMISH</u>	<u>FEDE MARONGIU</u>	<u>22</u>
<u>CUANDO UN HADA IRRUMPE UN MIÉRCOLES</u>	<u>MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>29</u>
<u>UNA VISITA EN LA MADRUGADA</u>	<u>EDGAR A. RIVERA</u>	<u>34</u>
<u>ANA LEE</u>	<u>ALBERTO IRANZO SARGUERO</u>	<u>40</u>
<u>ORELLANA Y EL INFIERNO VERDE</u>	<u>JORGE QUISPE CORREA</u>	<u>46</u>
<u>TRAS TU VENTANA</u>	<u>ASTRID G. RESENDIZ</u>	<u>51</u>
<u>HERMANITO</u>	<u>CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR</u>	<u>54</u>
<u>AL PIE DE ULTRATUMBA</u>	<u>FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO</u>	<u>59</u>
<u>TOSTADAS CON MANTECA</u>	<u>CRISTIAN LEONEL GONZÁLEZ</u>	<u>64</u>
<u>LA LOCURA DE MI VECINO EFRAÍN</u>	<u>ALFONSO DÍAZ DE LA CRUZ</u>	<u>68</u>
<u>GUIDADO CON EL PERRO</u>	<u>GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>71</u>
<u>LA CAJA</u>	<u>FRAN GUTIÉRREZ FALCÓN</u>	<u>76</u>
<u>SUEÑO DE GALLINAZO</u>	<u>OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>80</u>
<u>¡SOLO EN PUNTA DEL ESTE! (PRIMERA PARTE)</u>	<u>CARLOS M. FEDERICI</u>	<u>82</u>
<u>EL DIARIO DE CHARLES</u>	<u>J. R. SPINOZA</u>	<u>93</u>

<u>UNICORNIOS ANTONELLA CORALLO BAO</u>	<u>96</u>
<u>NUNCA NADIE ME CREE SALVADOR MONTEDIABLO</u>	<u>101</u>
<u>INUNDACIÓN JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>104</u>
<u>EL CUADERNO GRACIELA MATRAJT</u>	<u>108</u>
<u>EN UN BALDECITO, EL MAR MARÍA DEL CARMEN</u>	<u>113</u>
<u>RAMACCIOTTI</u>	<u>115</u>
<u>EL TECOLOTL CÉSAR AUGUSTO JIMÉNEZ CUENCA</u>	<u>120</u>
<u>PAULA LAURA TREMARI</u>	<u>123</u>
<u>LOS DESTERRADOS EN LA ISLA A LA DERIVA</u>	<u>127</u>
<u>CARMEN TOMAS</u>	<u>130</u>
<u>DAENARYS: DIOSA DE LA DESTRUCCIÓN ADRIANA</u>	<u>134</u>
<u>RODRÍGUEZ</u>	<u>130</u>
<u>LA INCREÍBLE ELECCIÓN DEL SEÑOR CIFUENTES</u>	<u>134</u>
<u>JOSÉ LUIS VELARDE</u>	<u>130</u>
<u>LA JAULA DEL TIEMPO MARVEL HINOSTROZA</u>	<u>134</u>
<u>QUIÑONES</u>	<u>134</u>
 <u>SUPLEMENTO TRENES</u>	
<u>TREN A BANFIELD JUAN PABLO GOÑI CAPURRO</u>	<u>142</u>
<u>LA ESTACIÓN ANTONIO CARMONA</u>	<u>145</u>





# LA PECERA

ADÁN ECHEVERRÍA

Sofía compró los peces por que vio atrapada su angustia en esos ojos. Detrás del cristal de la pecera, esos globos saltones iban respondiendo las preguntas que ella acostumbraba hacer al vacío. Sintió como si esa vista acuática recorriera la piel, los párpados caídos, las mejillas tersas, hasta entrar por el costillar, golpear el plexo para que la respiración regresara intacta y poder sentirse viva.

La noche anterior a la compra, aún mantenía las marcas de insomnio en la cara por el terror a sentirse perseguida. Tenía razón la soledad: era prisionera y los reclamos continuos de su esposo la iban avejentando.

De aquel amor inaugural que la había enfrentado a sus padres, a los compañeros de escuela, no quedaba más que la sombra de aquel “Es mi decisión” y, ahora, los peces que una tarde de domingo compró en un bazar, cuando deambulaba por las calles, quizá para no pensar en los errores cometidos, ¿y qué son los errores sino la aproximación de la experiencia?

Sofía decidió quedarse en el parque a ver corretear las aves tras el alimento, huyendo de las manitas de los niños y sus voces agridulces. Esperaba que el hombre con el que vivía se calmara y le hablara al teléfono portátil. Mientras tanto dejaría que el calor la consumiera, ofreciendo el rostro al sol, sintiendo crecer las grietas del tiempo, como aquellos ancianos que lamentan su vida. Era preferible la violencia del astro a ser consumida por la angustia de estar en casa.

No importaba perderlo todo. Ese hogar que le habían adornado a su capricho, el auto deportivo, el cuerpo delgadísimo producto del gimnasio por las tardes y las clases de baile. Incluso el trabajo en las mañanas que de alguna forma le servía para huir del aburrimiento. Los múltiples regalos, todo. El hastío iba enredándose como nauyaca entre sus piernas, apretando el corazón con las escamas del tedio.

Tampoco importó la amenaza de divorcio. Él estaría con ella siempre. Lo había dicho en la iglesia junto con las promesas mutuas. Incluso lloró al ver realizarse el sueño de tener a la niña que siempre había amado. Vivía para recordárselo.



Si a eso pudiera llamarse amor. Sofía quizá ya no lo intentaba, al menos ahora no quería hacerlo; no estaba segura si alguna vez aquel sentimiento de salir del hogar paterno fue amor por este hombre o simple arriesgarse a una vida nueva. Cómo llamarle a la relación que los mantenía juntos: “No eres mi dueño”, le decía después de cada pleito.

Pero sabía que Pedro estaba conforme con lo poco que ella le daba, aquel hombre de cejas cerradas, dientes apretados y pómulos secos sólo necesitaba saber que al menos él la amaba y eso, ni ella ni nadie podría evitarlo: “Te lo doy todo, vivo queriéndote, y nunca voy a permitir que te vayas”, decía la voz por el teléfono, y Sofía se secaba las lágrimas al regresar a casa. Permanecía detrás de esa muralla de recuerdos con que aquel ponía candados a sus movimientos exteriores.

De regreso a casa Sofía anduvo cinco cuadras para llegar al parque donde se exponía la venta de animales para mascotas. Miró un conejo. Sostuvo en sus manos a un curie. Se quedó atrapada en el verde plumaje de los loros, y la escandalera de los periquitos australianos la arrancó la risa casi en el olvido.

Entre jaulas, ladridos y pelos de gato, escuchó la voz sobre los tímpanos. Su propia voz, esa que había querido mantener encerrada y que desde el reflejo del vidrio de la pecera le hablaba por medio de esos ojos saltones de los peces dorados.

La diminuta voz se revolvía sobre esas tonalidades naranja, dentro de la azulosa agua. El piso de piedras de colores opacos desprendía su burbujeo de oxígeno. Las aletas y la cola como un plumero iban barriéndolo todo. Ese parloteo respiratorio que fingían en la boca. Los peces dorados la miraban con sus ojos acuosos, en cuya oscuridad Sofía observó su alma arañando la superficie. Era ella presa dentro de esos ojos. Presa dentro de la pecera, en su propia casa, dentro de su cuerpo.

A dónde huir, como sostenerse si él siempre se ha encargado de todo. Desde que Sofía terminó la escuela entró a la oficina y el trabajo se lo había conseguido un amigo de su esposo. Pedro la llevaba y la iba a buscar sin contratiempos. Ni un minuto más en la oficina después de la jornada.

Ahora, con la pecera en el sitio que le había escogido, cerca de la ventana

del jardín, permanece horas, sentada, mirando el ondular de sus dorados cuerpos, los flecos de sus aletas, el remolino que forman con su respiración.

Y allá en el fondo de los ojos mira el encuentro con su amante. Las escapadas por las tardes cuando su esposo trabaja. Invitarlo a casa y manchar las sábanas del matrimonio. Aquel amor que pronto se hartó de la indecisión y se fue diciendo: lo tienes todo menos aventura, eres una niña que sólo está aburrida, por eso no tienes intención de rescatar tu vida. Y después del No te vayas, recuerda la respuesta: Ya vendrá alguien más.

Y tenía razón, las imágenes se precipitan entre las burbujas: el rostro de otros hombres le hacen gritar al espejo, pintarlo con labial, romperse las uñas intentando abrir las puertas del hartazgo del que tal vez no ha querido huir. Las persecuciones con que sueña, amenazada: siempre te voy a buscar, a donde vayas. Y el dolor de nuevo en las muñecas, moradas por los apretones.

Sofía ha permanecido junto a la pecera todo el día, quieta, absorta, comiendo yogurt con miel y bebiendo pequeños sorbos de té de jazmín. No piensa más que en la voluntad de sentirse viva, y el sexo no ha sido esa posibilidad.

Ha paseado por la casa reconstruyendo cada adorno y el momento de adquirirlo, cada historia con esos hombres sin rostro. Empaca sus cosas en un maletín de cuero y regresa junto a la pecera.

Mira los peces ir y venir en el encierro del cristal. Su esposo llegará en cualquier momento, con su cara de felicidad por verla sobre la cama, doblegada. Durmiendo o llorosa con el insomnio de siempre. Ya no será así.

Baja de nuevo, corta una fruta y se queda mirando a los peces dorados, no quiere huir a escondidas, quiere verlo de frente y decirle adiós.

Ha apagado todas las luces de la casa para no mirar el cadáver de la tristeza que se derrama por la escalera. La puerta pronto dejará caer los cerrojos que anunciarán su llegada. Su partida.

Quita el oxígeno a la pecera, y mira como la respiración de los peces dorados empieza a atragantarse. Engulle la pulpa de la fruta. Se queda fija en la mirada de los peces y ve extinguirse la luz de esos discos jugosos donde se petrifican

los colores y se abandonan los brillos. Para Sofía el pasado ha muerto con los peces.

Pronto la puerta se abrirá.

Allá va. Es él, ha llegado. Gira el picaporte.

Sofía se levanta con decisión. El maletín de cuero en la mano. Su futuro relumbra en el cuchillo que se ha quedado entre las cáscaras y el bagazo de la fruta, ahí, sobre la mesa.

ADAN ECHEVERRÍA  
México



# LA RABIA

AMIR ABDALA

*“...Y paso los días midiendo con los ojos la altura de los muros”.*  
Diderot. *La religiosa*.

**S**e desperezó a media mañana. Recordó que tenía cita con su odontólogo y se levantó pesadamente, descorriendo las cortinas blancas del cuarto. Una resolana tenue decoraba el día, haciéndola sentir cansada y sin entusiasmo. Se lavó la cara, orinó y recién después se cepilló los dientes, quitándose el mal aliento y alguna que otra evidencia de carne o fruta de la noche anterior. Mientras hacía gárgaras, pensaba que era un método innecesario refrescarse la boca para ir al dentista, ya que él usaba barbijo y guantes descartables: toda una cadena de elementos nerviosos que la hacían dudar si las precauciones tomadas podían ser biodegradables o no. Se prometió experimentar al respecto.

Ya en la cocina, preparó el mate y calentó la pavita de aluminio que le había regalado su madrina meses antes de morir. La extrañaba cada vez que prendía la hornalla y sorbía el líquido amargo sola, sin más compañía que la gatita callejera que la visitaba cada tanto maullándole en el ventiluz del baño. Lograba escucharla por las dimensiones chicas y humildes de su casa. De todas maneras, no tendría tiempo de sorber tantos mates amargos como para eliminar su refrescante higiene bucal. Miró el reloj imantado que descansaba en la heladera y se apuró a salir. La espera de quien la esperaba no merecía retraso ni hacía justicia a la impuntualidad. Por lo menos, no con sus principios.

“Rocío Vidal”, la llamó la secretaria. “Vidal Rocío”, repitió ella, parándose. Una vez que estuvo adentro del consultorio, cerró la puerta y se quedó de pie hasta que el dentista la invitó a sentarse. “A ver, Rocío”, le dijo él. Y ella respondió, casi al unísono: “Rocío está”. El dentista provocó adrede el falso eco que lo secundaba. Sonrió. “Hace mucho que no venís”, la amonestó. Le pidió que se recostara sobre el sillón reclinable. Obedeció, tranquila, mostrándole la dentadura completa. “Muy bien”, la alentó él, y ella se sintió orgullosa, dejándose hamacar en las palabras de aprobación. “Voy a pinchar. Respirá hondo y relajate”. Respiró hondo, pero no

logró relajarse. La luz que usaba el dentista (para interrogar a lo largo y a lo ancho de la cavidad bucal) la enceguecía. “Gingivitis, Rocío”. “Rocío, sangra; sí”, le aclaró ella.

El dentista trabajó limpiando el sarro y la hinchazón de las encías. Ella se enjuagaba y descansaba por tandas. No le dolía la presión del torno entre los dientes. Al contrario, la hacía imaginarse de niña observando las luciérnagas que bailoteaban en la ventana de su vieja casa del campo o en el pelaje sedoso de su entrañable petiso “Pipo”, que también le había regalado su madrina cuando se casó con el dueño de una estancia vecina que sembraba la tierra con tractores, máquinas agrícolas y fertilizantes, todo un conjunto nocivo para la salud de los que vivían cerca. En el interior de su inocencia, aún era feliz sin saberlo; incluso con el sabor ácido de la sangre y el jugo de la saliva salpicándole los párpados de sus ojos cerrados.

“El tratamiento es cada seis meses”. El dentista le hizo una receta para que cambiara el cepillo y la pasta dental. “Te podés sacar eso, si querés”. Ella se dejó el babero mojado que colgaba del cuello de su musculosa negra. No se lo sacaría. Consideraba un sacrilegio moral desprestigiar los efectos brillantes que producía la luz; cualquier tipo de luz (aunque no reconociera con facilidad ciertos matices). La secretaria entró y le alcanzó una nota de próxima visita con letra de imprenta, grande y clara. “Pegá esto en un lugar que lo puedas leer, Rocío”. “Rocío agenda”, se dijo para sí misma doblando el papel y guardándolo con cuidado en la riñonera. La secretaria, seña mediante con el dentista, le desabrochó el babero y lo tiró al cesto de los desechos plásticos. Rocío siguió el vuelo lento del bollo azul marino hasta que quedó apoyado en la cúspide de los otros bollos azules marinos. “Tomá uno nuevo”, le ofreció el dentista. Lo agarró y lo apretó en su mano derecha. “Ay, Rocío”, le comentó la secretaria jugando a retarla. “Rocío es”, le respondió ella, pegándose suavemente en la frente.

Después del almuerzo, Rocío se encontró en el patio de su casa deshilachando un buzo de lana color bordó que colgaba de la soga. Los copitos que parecían de nieve flotaban hasta caer en el silencio de la siesta, llenando de fantasía y

asombro el piso de cemento. A su lado había un limonero alto, de esos limoneros que suelen abastecer de frutos durante todo el año. Desde sus infinitas ramificaciones, se apreciaba la redondez amarilla e intensa de los limones que chocaban contra la pálida resolana. El efecto provocaba una sensación de ausencia, tan particular en ese rincón inmóvil de la llanura pampeana.

Otras veces, el espectáculo de la lluvia era muy requerido en primavera: las calles simulaban convertirse en una enorme canaleta tapada de hojas secas, donde el inocente desprejuicio de los niños y las niñas hacían valer en el verdadero baile, empapándose bajo las gotas.

El patio era tan chico como el ancho de unos brazos estirados en forma de cruz. De nada serviría para Rocío ostentar un lugar amplio o repleto de habitaciones, si sólo vivían ella y sus pensamientos; similar al que la estaba sorprendiendo en ese mismo instante, cuando acomodó el babero que le había regalado el dentista ante el pie enraizado del limonero. Calculó unos minutos y le puso un ladrillo encima para que no se volara ni fuera destruido por la curiosidad de la gatita que solía visitarla. Concluyó que de esta manera averiguaría si la composición del material era biodegradable o no.

Contenta con su ocurrencia y con el recuerdo de haber parecido más repetitiva que de costumbre en el consultorio del odontólogo, buscó las agujas de tejer y, mientras unía unos escarpines punto por punto, se remontó hacia su adolescencia cuando, en octavo grado, la profesora de Lengua y Literatura la hizo leer y debatir (detalle no menor) el cuento Casa tomada, de Julio Cortázar. Esa aventura le valió el principio de una cosecha apilada de libros disfrutados.

En sus movimientos precisos de lana y aguja, se involucró en la vida rutinaria de Irene, identificándose con la descripción que daba su hermano sobre ella en el relato: "...Una chica nacida para no molestar a nadie". Según Rocío, esas palabras eran sinceras, siendo que ella misma también había nacido para no molestar a nadie; pero, en su indiscutible situación, sí para incomodar a mucha gente. Su ánimo subía y bajaba, y el hechizo de la literatura se rompía cuando los fantasmas tomaban cuarto por cuarto la casa y despojaban a los moradores de sus existencias



apacibles y monótonas.

Rocío, sin poder diferenciar esfuerzo de voluntad, se molestaba con el final que le presentaba el autor. Y por este motivo aprendió a tejer. Se había propuesto que el cuento no terminaría nunca de la manera dispuesta. En su inquietud, era una joven curiosa y honesta. Consideraba que lo importante eran las preguntas y no las respuestas. Su tiempo estaba dividido entre el silencio y la soledad. En el medio se dibujaban baches oscuros. A veces, perdía la noción de la realidad y se encontraba con su casita colmada de globos de colores, velas prendidas a merced de la noche o todas las canillas abiertas y tapadas, donde flotaban barquitos y grullas de diarios viejos. También, le gustaba responder con su nombre, porque decía que era su firma al comenzar una frase. Su fuerte consistía en encontrar lo bello, lo profundo, lo íntimo; y daba por sentado sobremanera que lo superficial y lo llamativamente estético no encajaban con su personalidad, aunque jamás dejaba a alguien hablando solo, ni mucho menos sin escucharlo.

Su inteligencia era única; y lo sabía. Sacaba provecho de ello cuando un cosquilleo en la entrepierna (que le venía cada tanto) le avisaba que tendría que caminar los ciento setenta y siete pasos contados de ida hasta su incuestionable secreto. Y cuando este hecho sucedía, abandonaba la tarea que estuviese haciendo (como ahora tejer) y salía sonriente y despreocupada en busca de su fortuna; fuera ésta: buena, mediocre o absurda.

Al principio, Rocío se mantuvo alerta; después, se relajó y gozó. Su excitación crecía acorde a las embestidas rápidas del cuerpo que se encontraba debajo de ella. Se enfrentaba a unos labios conocidos que la mordían. De su piel afloraba un perfume húmedo, producto del roce. El placer la seducía. De pronto, sintió sobre su espalda la presión de una mano rugosa que empezaba a calentarse en sus muslos. Tardó en darse cuenta de que no eran caricias. Los golpes vibraban secos. Su sensibilidad cabalgaba dentro de un sentido injustificable. Como pocas veces le pasaba, retomó el camino trazado hasta la posición que ocupaba y se sorprendió al recordar que había reparado en una sombra que se paseaba inquieta.

La voz que provenía desde abajo, imitando la entonación de una garganta que pedía auxilio porque comenzaba a asfixiarse, preguntó: “¿Por qué le pegás?”; y desde arriba, como si Dios estuviera dándole una lección de dialéctica al diablo, contestó: “Para ablandarle la carne; igual a la milanesa”.

Las figuras continuaron moviéndose en una oscuridad transitoria, hasta la eyaculación de los dos hombres. Cuando el que castigaba cayó agitado hacia un costado, ella le confió al oído del que hacía rato respiraba con normalidad: “Estoy embarazada, papá”.

Eran las cuatro de la tarde. El aire en la habitación se congeló. Y el cielo se había despejado.

Rocío, el padre y el amigo descansaban acostados uno al lado del otro en la cama. Ella sintió que un líquido espeso le corría por su brazo derecho. Se incorporó, prendió la luz del velador pasando por encima de su padre y notó que el amigo babeaba espuma. Escuchó un lejano: “Ayúdame, Rocío”. Esperó un momento y dijo: “Rocío, ya hizo”. Sin más, se levantó, se puso la musculosa negra, la pollera de jean, las sandalias y se peinó frente al espejo de la cómoda.

Al salir, dejó la puerta abierta de par en par.

Cuando su madre la cruzó, ella cavilaba sentada en un banquito de madera acariciándose una pancita de tres meses.

“Vamos a tomar un té”, la invitó su madre. “Ya vine”, le contestó Rocío. Por libre asociación, su madre se dio cuenta de que Rocío ya había estado en su casa, pero se hizo la desentendida. Ambas entraron esquivando objetos de albañilería. El padre y su amigo revocaban una pared picada. “¡Bien, bien!”, los arengó la madre. “Con este clima no se va a secar un carajo”, le respondió el padre, más para sí que para ella. Tampoco les importaba demasiado. La estructura de la casa se desmoronaría al menor descuido. O, fantaseaba Rocío, algún día se posaría un pajarito en un clavo equivocado y... ¡Bum! Su idea le causaba paz, sin saber bien por qué.

Mientras su madre le alcanzaba la taza y le advertía mediante señas que la

porcelana podía estar caliente, le comentó con complicidad que le resultaba agradable el amigo del padre. Precisamente usó estas palabras: “Me parece atractivo”; a lo que Rocío, muy ágil de mente, le contestó: “Le gusta la milanesa”. Ante la respuesta, la madre exageró una carcajada incómoda. Después de la pausa, Rocío agregó: “Tiene rabia”. Su madre tragó saliva, intuyendo lo evidente; además de lo que ella ya conocía.

Sin embargo, la función continuó: “Estás más gordita, Rocío...”; “Rocío por el bebé”. La madre sorbió mirando la taza humeante. “¿Cómo sabés eso?”; “La madrina una vez”, reafirmó con una mueca de alegría. En este punto, la madre relacionó todas las ideas que su cabeza no quería conectar. La indagó: “¿Tu padre sabe?”. Rocío abrió grande sus ojazos azules, diciéndole entre inocente y maliciosa: “Mejor que yo”.

Esta vez, eran las siete de la tarde y comenzaba a anochecer. Se escuchaban los ruidos de las herramientas arrastradas a sus respectivas ubicaciones. El té de boldo de Rocío estaba helado. Su madre (siempre que le era necesario obviar lo evidente) se olvidaba de que a su única hija no le caía bien ninguna infusión de plantas o yuyos.

En ese instante, asomándose a la ventana, el amigo del padre se despedía mostrando la palma de su mano derecha.

El padre fumaba pitadas cortas de una pipa. La madre tarareaba una canción de moda. Rocío estaba apoyada contra la parrilla. Al verla, los últimos reflejos de la tarde hacían sentir que ella era una parte necesaria de la primavera. Su pelo lacio, corto y negro la posicionaban en un pedestal inalcanzable. Su madre le tenía envidia y se lo hacía saber mediante indirectas. En tanto, su padre, sentado en el suelo, sucio, preparaba su diaria dosis de vodka, caña de ruda y soda. Un trago detonante para los estómagos que no estuvieran familiarizados en levantarse con dolor, no sólo de cabeza sino, también, de hígado.

“Dale un trago”, dijo él. Su madre, insidiosa, retrucó: “Está embarazada”. “¿Y?”, insistió él. “Preguntale a ella”, se desligó del peso de esa molesta verdad. El

padre la miró y frunció los labios achicando su ancho mentón. Suponiendo que la belleza tuviera algún parámetro discutible y estable, en Rocío no había ni se toleraría ningún tipo de discusión. En definitiva, era perfecta por su sencillez, inocencia y modales sensibles.

“¿Y si abortás?”; “No”; “¿Acaso tu madrinita no te enseñó que eso se puede pagar?” Rocío aguantó el llanto al recobrar la imagen de su madrina contándole todas las calamidades que había hecho su madre para no tenerla. Le respondió: “No quiero alambre de apio”. “¿De qué habla?”, preguntó el padre, inquieto. La madre, algo acalorada, le dijo: “Qué tonta. Vos sabés...”; el padre la interrumpió con sequedad: “¿Qué mierda es el alambre de apio?”

Rocío, cuando se ponía nerviosa, se quedaba quieta y abría muy grande sus ojazos azules. La madre balbuceó una respuesta incongruente para conformar al padre que, producto del alcohol, empezaba a desconocerse.

“Nadie te va a lastimar”; “¿Qué le querés decir, Elsa?”; “Que podemos pagarle a un médico para que...”; “No tenemos plata”; “Ella sí”; “Pero es de ella. Y bastante hace por nosotros”. La madre respiraba con odio tratando de reprimir las palabras que brotaban de su lengua. Cuando se arrepintió, era demasiado tarde y su boca sangraba. La frase había sido lapidaria: “¿Vas a ser papá y abuelo a la vez?”

Rocío se pasaba los dedos por el pelo. Se encontraba confundida. ¿Acaso no estaba bien lo que ella practicaba con su padre? ¿Acaso no fue su madre la que una noche la invitó a unírseles para que “Descubriera el sabor de lo bueno”? Le daba lo mismo el resto de la escena: su padre, desde que tenía uso de razón, le pegaba a su madre; pero a ella nunca le había levantado la mano ni pedido plata ni favores. La amaba tal como era y no la forzaba a tomar decisiones contra su voluntad.

Su padre se paró agarrándose de una silla, se acercó hasta ella y le dio un abrazo fuerte, largo y cariñoso, casi de despedida. Rocío lo imitó. Cuando se soltaron, le dijo tocándose la panza: “Vos Pedro”.

No hacía falta agregar nada más. Eran las nueve menos de diez de la noche. Y todavía quedaba una pregunta: ¿qué filosofía de vida acertaría sin equivocarse?

Rocío estaba acostada boca arriba. Se había bañado para sacarse, sobre todo, a su padre de la memoria de su cuerpo. Su madre y el amigo no le interesaban. Mientras ansiaba sentir las primeras pataditas, los primeros movimientos de felicidad en su creciente pancita, notó que se desparramaban por todo el cubrecama los copitos de nieve color bordó que entraban por la ventana con la refrescante brisa de la última hora del día.

Esperó.

En sus veinticinco años y con las dificultades y prejuicios que atendía, su impulso y afán por vivir no cesaban. Por ese motivo quería ser madre: para mostrarle a su hijo (lo imaginaba varón, porque la cuidaría) las ilusiones y desilusiones que presentaba la vida.

En su mente no reinaba la hipocresía. Las veces que había estado confundida y al borde de un acto incorrecto siempre aparecía alguna relación rápida, alguna interpretación del pasado o los detalles más invisibles que la salvaban inventándole los “baches oscuros” que creía tener.

¿No habría en el mundo otra persona como ella?

“Claro que las hay, mi amor”, le decía su incondicional madrina. Caminaban juntas, de la mano, por un sendero de álamos viejos que, a lo lejos, se completaban en un laberinto de curvas y sombras. “Un poeta español muy sabio escribió: Caminante no hay camino / se hace camino al andar”. Rocío contaba la cantidad de álamos ansiando que su madrina comenzara a recitar otra y otra y otra vez la inexplicable (hasta entonces para ella) sensibilidad de esos humildes versos.

Rocío había heredado la riqueza económica de su madrina. Al no saber qué hacer con tanto capital, se dedicó a pensarlo. Los capataces y peones sabrían administrar esas tierras. Ella los visitaba cada cierto tiempo, comían un rico cordero a la estaca que empezaba a asarse a las cuatro o cinco de la tarde, se tomaba vino patero de los viñedos de cosechas anteriores guardados en la bodega, se horneaba pan en el horno de barro, se recolectaban las verduras de la huerta para las ensaladas, las frutas de los frutales para el postre, se contaban anécdotas entre brindis, risas y recuerdos y además, y tal vez lo más importante para Rocío, se hacía

una sobremesa larga hasta el amanecer.

¿Qué más podía pedir? Llevaría a su hijito Pedro a conocer a las personas que la hacían feliz. Y, por qué no, dejaría que su madre le hiciera upa y pasara el tiempo que quisiera jugando y mimando a su nieto. A su modo, entendía que las abuelas estaban para consentir un cariño que los padres no sabían dar.

Mientras se dormía, escuchó que la gatita la llamaba maullando por el ventiluz del baño. Suspiró aliviada y se tapó con la sábana blanca bañada en copitos de nieve color bordó.

Afortunadamente, no sería una noche cualquiera.

AMIR ABDALA  
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/mas.d.pizzas/>



**LAS CHICAS  
DEL LAGO  
SAMMAMISH  
FEDE MARONGIU**



**E**l domingo está caluroso y es ideal para tomar sol, nadar, incluso para hacer esquí acuático en las tranquilas aguas del Lago Sammamish. Los gritos de los niños jugando en la orilla se intercalan con el motor de una lancha que pasa con jóvenes a bordo. Los lugares más codiciados son los cercanos al agua y es donde primero se ponen las sombrillas y las reposeras. Cerca de la orilla una madre le grita a su hijo para que no entre solo al lago. El niño corre con torpeza hasta que la mujer lo levanta en brazos.

## JAN

Jan espera la llegada de su novio y sus padres sentada junto a una mesa que se encuentra a la sombra de unos pinos. Tiene lista algo de comida que ha hecho para el picnic de los domingos. A medida que se acerca el mediodía el calor se torna sofocante. No ve la hora de meterse en el agua. Se apantalla con una revista que ha comprado más temprano en una estación de servicio.

—Hola ¿Cómo estás? —escucha. Se gira, un poco sorprendida, y ve un hombre acercándose. Tiene una voz masculina, juvenil y le parece advertir en ella un leve acento que no es del lugar.

—Hola —responde ella mientras el hombre se le pone delante. La voz encaja perfectamente con lo que ella imaginó. Es un tipo joven, de cabello oscuro con ondas, algo transpirado. El hombre le sonríe con dientes blancos y parejos, aunque no perfectos.

—Hace calor ¿verdad? —la voz del hombre es suave y tranquila ahora. Ella puede verlo mejor y fija su atención en los detalles. Siempre ha sido una persona observadora. Él tiene un rostro agradable y su cuerpo es estilizado. Viste todo de blanco, parece un deportista.

—Sí, mucho —contesta ella, levantando sus lentes de sol y mirando por encima del hombro del joven para ver si sus familiares llegan.

—Un día ideal para navegar en bote...

—¿Tenés un bote?

—Sí, pero tengo que bajarlo del techo de mi auto. Te quería pedir ayuda.

Recién en ese momento Jan nota el yeso que le cubre gran parte del brazo. El joven, sin quitarle los ojos de encima, casi sin pestañear, se lo muestra con un gesto. Jan se encoge de hombros

—Bueno, pero tengo que estar de vuelta en unos minutos.

—No hay ningún problema. Será rápido.

Jan asiente con la cabeza. Guarda la comida en un canasto que deja sobre la silla para reservar el lugar. El joven le hace un gesto pomposo con el brazo enyesado, como señalándole el camino, y se dirigen hacia el estacionamiento donde centenares de autos hierven al sol del mediodía.

Ella apura el paso. Tiene que terminar lo antes posible para poder regresar a la mesa del picnic. Este hombre salido de la nada la altera. Trata de no darle la espalda mientras caminan.

Minutos después, el hombre se detiene frente a un pequeño Volkswagen dorado. Jan nota que él se mueve bruscamente, como ansioso. A paso veloz se dirige hacia la puerta del lado del acompañante y forcejea con el picaporte que parece trabado. Luego de unos tironeos violentos la puerta se abre. El tipo, con un gesto caballeroso, le indica que suba, pero algo la detiene antes de hacerlo.

—¿Dónde está el bote?

El hombre vuelve a hacerle una sonrisa encantadora, aunque ahora a Jan no le parece tan simpático. Se lo nota apurado. Las palabras le surgen como borbotones.

—¡Ah, eso! Está en la casa de unos amigos acá cerca, en Issaquah. Podemos ir y me ayudás a subirlo al techo.

Jan se frota las manos con preocupación. No sabe cómo decirle que no quiere subirse al auto de un extraño sin ofenderlo. Tampoco quiere que note que se ha puesto nerviosa. Mira su reloj. Son las doce y veinte. Tiene que regresar a esperar a su familia. Es una buena excusa.

—Perdón, pero debo encontrarme con mis padres y mi novio. Todos los domingos comemos juntos. Se me hace tarde.

—No hay problema. Muchas gracias —responde el hombre, con simpatía, aunque ahora Jan nota los músculos de la cara más tensos. De un portazo, el tipo cierra la puerta del auto, sobresaltándola— Debería haberte explicado antes dónde estaba el bote para no hacerte perder tiempo. De nuevo, gracias.

Jan se da media vuelta y regresa al área de picnic. Mira un par de veces sobre su hombro y ve cómo el joven la observa fijamente. No le gusta para nada esa mirada, tiene un brillo extraño. Acelera el paso para dejarlo atrás lo antes posible.

## JANICE

Janice toma sol recostada sobre una toalla. Está sola, su marido está de viaje en California. Tiene puesta una bikini negra y le ha dejado una nota a una amiga que ha venido de visita diciéndole dónde va a estar. A su lado yace su bicicleta. Una sombra sobre ella le hace abrir los ojos. Ve la silueta de un hombre recortada contra el sol. Tarda en acomodar la vista. Cuando sus ojos se acostumbran, puede ver a una persona joven que se inclina hacia ella.

—Perdón que te moleste. ¿Me podrías dar una mano para traer mi bote? No puedo hacerlo solo.

Janice duda, pero el hombre tiene buen aspecto, afeitado y pulcro. Al mismo tiempo, el yeso tan blanco, tan limpio, le inspira piedad. Pero no quiere aceptar tan rápido.

—Sentate y hablemoslo. —Janice le hace un gesto con la mano invitándolo a sentarse en su misma toalla. El joven se recuesta y continúa:

—El bote está en lo de mis padres, en Issaquah. —Mira a lo lejos con aire soñador.

—Yo viví ahí hace un tiempo.

La situación es llamativa para los despreocupados visitantes del lago de ese domingo. Un anciano simula leer el diario para prestar más atención a lo que sucede

a su alrededor. Logra escuchar parte de la conversación y le causa gracia ver como el joven del yeso se esfuerza para caerle bien a la rubia.

—Bueno, vayamos. ¿Pero qué hago con mi bicicleta?

El joven se frota el mentón con su mano sana, como pensando, y responde:

—Creo que entra en el portaequipaje del auto.

Janice se incorpora, se coloca unos shorts de jean y una camisa. Levanta su bicicleta que está recostada en el suelo.

—¿Vamos? Ah, mi nombre es Janice.

—Soy Ted —le responde el hombre mientras hace un esfuerzo por incorporarse. Le resulta difícil por lo aparatoso del yeso. Gruñe algo por lo bajo e intenta apoyarse en sus rodillas. Janice lo mira, frunce el ceño y extiende un brazo para servirle de apoyo. Ted larga una carcajada y se levanta.

El anciano del diario los ve irse hasta que se pierden entre la multitud. Vuelve a concentrarse en las noticias y bosteza aburrido. Unos minutos después, desde la mesa de picnic, Jan ve pasar al hombre del yeso junto a una joven. Para sus adentros piensa con qué facilidad ha conseguido alguien que le ayude. Puede ver que camina un par de pasos detrás de la joven, sin perder detalle de los movimientos de su cuerpo. Algo en los gestos del tipo le recuerdan a una araña tejiendo su tela. Es la última vez que alguien ve a Janice.

## DENISE

El sol ha bajado un poco y la temperatura comienza a descender. La gente deambula por la playa buscando un poco más de sol o se refugia bajo los árboles para descansar o comer algo. Denise siente los rayos del atardecer acariciando su cuerpo. Cambia de posición, sacando su cabello largo y oscuro de un hombro y depositándolo sobre el otro, mientras se pone de costado sobre el toallón extendido en el suelo. Mira el reloj, las cinco menos veinte. Acaba de beber una cerveza y aún siente el efecto de la marihuana que ha fumado un rato antes. Tiene ganas de ir al baño. Sus amigos la ven partir. La esperarán sentados junto a su loneta vacía hasta

que el nerviosismo los impulse a buscarla cuando el sol ya haya casi desaparecido.

Cuando llega a los baños, Denise intercambia unas palabras con una mujer policía fuera de servicio. Al salir, cruza su camino con el hombre del brazo enyesado que está apoyado en una de las paredes. Este la saluda y le dice lo mismo que a las otras mujeres, casi calcado. Pese a que lo nota ansioso, le parece buenmozo. Denise duda y recuerda los consejos de su madre. “No confíes en extraños”, le viene a la cabeza. Pero un desconocido con un brazo roto no parece un gran peligro. Acepta acompañarlo. En el camino se cruzan al anciano que había visto al hombre hablando con Janice. El viejo los mira alejarse, sorprendido. Más tarde recordará que había algo extraño en esa pareja, quizás ese joven que, ahora ya no parece tan pulcro como unas horas antes.

La noche cae sobre el Lago. No hay rastros de Denise pese a que sus amigos la han buscado ya por un par de horas. El novio maneja hasta la casa de su suegra quien llama a la policía. La mujer cree que algo muy malo le ha sucedido a su hija. De inmediato se inicia una búsqueda más intensa. El anciano que ha sido testigo aún permanece en el lago y relata a los diarios y a un agente de policía lo que ha visto. En su testimonio aparece el nombre “Ted”.

\*\*\*

Es martes y un empleado de las autopistas decide tener un almuerzo tranquilo. Estaciona su camioneta en un lugar repleto de follaje y arbustos. El día es caluroso y baja la ventanilla para dejar entrar un poco de aire. Un olor espantoso lo obliga a cerrar. Minutos después decide ver de donde proviene el aroma. Entre los arbustos alcanza a divisar algo que le parece que se encuentra en estado de descomposición. La cantidad de ramas, hojas y plantas no lo dejan distinguir bien, pero cree que se trata del cadáver de un ciervo. Observa de lejos pero no puede ver con claridad de qué se trata. Prefiere desplazarse unos metros para evitar el hedor. Pese al calor siente escalofríos. Apura su almuerzo y vuelve al trabajo.

Meses más tarde, dos cazadores caminan por el área donde había

estacionado el empleado de autopistas. Uno de ellos se interna entre unos matorrales buscando aves silvestres. Da unos pasos y sus pies se enredan con algo blanco. Se agacha para destrabarlos y nota que son huesos humanos. Corre a avisarle a su compañero que en ese momento se encuentra conversando con unos adolescentes que pasan por el lugar. Ninguno le cree lo que dice. Logra convencerlos para que lo acompañen. Lo hacen riendo. Cuando llegan, las risas cesan. Janice y Denise han sido halladas.

**FEDE MARONGIU**

Argentina

Twitter: [@fedemarongiu666](https://twitter.com/fedemarongiu666)

Instagram: [@marongiufederico](https://www.instagram.com/marongiufederico)



**CUANDO UN  
HADA IRRUMPE  
UN MIÉRCOLES**  
MARINA GÓMEZ ALAIS



H

ay días en los que me gustaría amanecer convertida en calabaza. Semillas, en lugar de pensamientos enroscados y pulpa anaranjada, donde me aprieta el pantalón. Una cáscara bien dura para que nada duela y que el único ruido interno sea el de un zapallo hueco.

Una noche de miércoles, sentada frente al espejo, con el peine a modo de rastrillo, desenredo los nudos que el día complicado me dejó en la pelambre reseca. De pronto, así, de la nada, a mis espaldas, se materializa una mujer que dice ser mi hada madrina. A esta señora, alguien debería explicarle que los tiempos no están como para irrumpir, a hurtadillas, invadiendo propiedad privada. Luego de la correspondiente secuencia del susto, con el cortisol disparado, la sensación de ataque cardíaco, las pupilas dilatadas y la visión en túnel, el grito de pavor y, como rudimentario método de defensa, mi intento fallido de clavarle los dientes del peine adentro de los ojos; pasado el impacto, ya más calmo el panorama, aunque poco claro y verosímil, explica su insólita presencia. Dice que, aunque nadie nos advierte a los desprevenidos mortales, tenemos el derecho inalienable a la aparición repentina de un ser sobrenatural, en algún momento inesperado de nuestras vidas. Su misión es cumplir cualquier deseo, por absurdo, ambicioso, imposible o desperdiciado que resulte lo que se nos ocurra solicitar. También me informa las cláusulas inamovibles de la concesión, sin trampas ni letras chicas, porque el hada ya lleva siglos, por culpa de la insatisfacción de la gente, recibiendo encierros en calabozos, quemazones en hogueras y cartas documentos. De los dos primeros, siempre escapó ilesa por el simple hecho de ser hada; pero de cien años a la fecha, le resulta cada vez más engorroso evadir la astucia de los abogados, aún contando con su magia. De modo que, en los tiempos modernos, prefiere curarse en salud para no dar lugar a abusos o confusiones posteriores. Habiendo aprendido a fuerza de desagrado, por completo desilusionada del género humano, declama con amabilidad afectada, sonrisa falsa y siglos de hartazgo reflejados en la apatía de su mirada, que este premio se da por única vez. Después de otorgado, no existirán devoluciones ni reclamos.

Bajo estas condiciones, se complica bastante la elección. Nos hemos acostumbrado demasiado a las garantías de los electrodomésticos, a los reembolsos, a los retoques de las cirugías plásticas, al cambio por talla o artículo, al divorcio... no habiendo oportunidad para arrepentimientos, es en extremo difícil tomar decisiones sobre la base del deseo.

Entonces lo pienso mejor.

Dejo el peine apoyado en la cómoda, y quedo un rato dándole vueltas al tema. Cada tanto, miro de reojo a esta mujer que me vino a traer semejante problema, un miércoles a la noche. Ella revisa sus uñas; con total desinterés, echa un vistazo al cuarto; nerviosa, como si apretara un pedal, mueve el pie izquierdo. Hasta me parece notar que pone los ojos en blanco y resopla, simulando después, una tosecita. Vuelve a sonreír con frialdad y pregunta si no se me ocurre nada todavía. Niego con la cabeza.

“Algo que quieras tener. Puede ser material, espiritual... rasgos físicos que desees cambiar, psicológicos... un novio, una novia o ambos, una mascota... anillos de diamantes, el puesto de jefa, hijos, un auto sport o un yate, un palacio, una moto, viajar por el mundo... ¡¡¡Ser modelo internacional, actriz de Hollywood, premio Nobel del rubro que se te ocurra!!!”

Y yo, con la mente en blanco. Mejor dicho, con la mente puesta en el vestido blanco brillante de Cenicienta. Preguntándome por qué carajo una chica joven, linda, con la vida por delante, heredera de la fortuna de su padre, que con solo espantar de la casa a una vieja loca y a un par de vagas de mierda sin grandes luces, hubiera tenido una existencia ideal, pudo desaprovechar, de modo tan necio, su gran oportunidad de ser feliz. Cómo iba a conformarse con un vestido de fiesta, un baile y un par de zapatos de vidrio, para terminar atada “por siempre jamás” a un príncipe que ni conocía, ojeada y con migrañas de por vida, causadas por la envidia de todas las mujeres del reino que no habían podido enganchar al monarca. Ninguna mala decisión superaría en magnitud de desastre a la tomada por esa pobre criatura.

Yo, en realidad, sé qué es lo que no quiero. Ya no soporto los problemas. Ni sostener las cosas que me angustian. Tampoco sentir nervios ni desenredar más

nudos. O vivir con la incertidumbre de que, quizás, jamás alcance a ver nítido mi horizonte. No necesito dinero, lujo, belleza o poder. Qué sentido tiene ahora, que la vida transcurre caminando por la casa en pijama. Ahora que me creo feliz cuando llevo una taza de té caliente en una mano y un paquete de galletas, en la otra. Ahora que el trabajo remoto solo me obliga a tener buena presencia de la cintura para arriba y mi concepto de elegancia se reduce al trío tanga, camisa y blazer. Ahora que mi mayor aventura consiste en bajar las escaleras corriendo, para recibir la compra del supermercado. Ahora que lujo es tener un auto guardado, juntando polvo, con el motor sin batería, generando gastos de impuestos y garage.

Y pienso en qué mal momento de la historia de la humanidad cayó este ser mitológico a cumplirme un sueño. En este instante, se me ocurre pedirle que mejore mi suerte, pero en épocas de pandemia, la suerte ya no tiene valor individual, si no colectivo. Así que, le pregunto si es válido que me conceda borrar todo este chiste del covid.

Recita de memoria, monótona y aburrida, un discurso armado. Es lógico, hace año y medio, la gente es tan poco original como yo y tiene mi misma inquietud.

“Nada que pueda afectar, para bien o para mal, al resto de la población mundial, nada que cambie el curso de la historia, nada que modifique el rumbo, altere el tiempo actual ni sustituya hechos del pasado.”

Y, ya sin disimular su impaciencia, me advierte que no va a responder consultas porque es tiempo de elegir. Me asalta la duda de saber si se considera deseo no elegir nada, si también es mi derecho. Se encoge de hombros y, esta vez sí, revolea los ojos y resopla, sin ningún disimulo. Con un mensaje elíptico, me hace comprender que perdí la oportunidad de aprovechar su oferta y que la ausencia de deseo, será mi condena.

“Hora de decidir. Es imposible que no tengas sueños o ambiciones. ¡Nunca me encontré con una persona tan frustrante! Se agotó el tiempo. No queda otra alternativa más que leer tu mente: el primer pensamiento que asome, se convertirá en realidad.”

Derrotada, pienso: “¿Podré ser más zapallo?”.

Triunfante, dice: “Concedido.”.

MARINA GÓMEZ ALAIS  
Argentina



UNA VISITA EN  
LA MADRUGADA  
EDGAR A. RIVERA



a humana puede vernos —escucho decir a uno de ellos con voz ronca.

Me despabilo un poco, me siento y me recargo sobre la cabecera de la cama. Mi habitación es una penumbra, iluminada con los reflejos tenues de luz roja provenientes de mi reloj de Hello Kitty sobre el buró. Son las 3.33 de la madrugada, presiono la nariz de la gatita y se enciende la luz cálida de la lámpara sobre su cabeza. Tallo mis ojos con el anverso de mis manos, dejo que se adapten a la luz y enfoco a los dos seres junto a mí.

Se trata de dos criaturas chaparritas, cabezonas, de nariz chata y con la piel gris escamosa. Omitiendo las orejas puntiagudas y los cuernos cortos que les nacían en las frentes aplanadas, parecían sapos estirados, panzones, con piernas delgadas y brazos flacos que tocaban el suelo.

—¿Estoy soñando? —Pregunté.

—Te aseguro que no es así. —Contestó el más gordo de cinco cuernos.

—¿Quiénes son Uds, que hacen aquí?

—Oh bueno, no solemos conversar con nuestras vic... con los niños.

—respondió el más alto, de tres cuernos solamente.

—Tranquilo, no hace ninguna diferencia ahora que está despierta, qué más da —intervino el primero—. Si de verdad quieres saberlo niña, hemos venido para llevarnos tu alma.

—¿Llevarse mi alma, y cómo piensan hacer eso?

—Pues matándote, desde luego. ¡De qué otra manera podríamos separar el alma de tu cuerpo!

—Oh no lo sé ¿han escuchado de los viajes astrales? Una vez leí en alguna parte que en Asia existe una forma de encerrar el alma de una persona u otro ser en una vasija y en Harry Potter, existen los horrocruxes, también está la posibilidad de...

—Cierra la boca niña tonta. ¿Harry Potter? Esto no es un juego, venimos por tu alma y vamos a matarte.

—Sí, además, así podremos comerte, tenemos mucha hambre. —Repuso el



de tres cuernos, relamiéndose los labios con su lengua bífida.

—Así es, no te lo tomes personal, es solo nuestro trabajo. La parte de llevarnos tu alma al menos, el comerte sí es algo satisfactorio, no voy a mentirte.

—Es difícil no tomarlo personal entonces, ya me he encariñado con esta alma y este cuerpo que poseo. ¿Habrá alguna manera de hacerlos cambiar de parecer?

—No, no la hay, lo sentimos, vamos a comerte. —Dijo el de tres cuernos con una sonrisa enorme tratando de arrebatarme las sabanas con sus afiladas garras.

—Espera un momento —le dijo su compañero—, tal vez exista una manera niña. Entramos por tu ventana cuando pasábamos y te vimos dormir, pero la verdad es que un alma es un alma, no hay diferencia entre la de una persona y otra. Lo que sí varía es la carne, el sabor de cada individuo es muy distinto. No sé tú compañero, pero por una vez me gustaría probar algo diferente.

—A mí sí me gustan los niños, tengo ganas de hacer taquitos con ella.

—Pero mírala bien, es casi puro hueso. Para cuando terminemos de arrancarle los pellejos no va a quedar nada de carne. Suponiendo que vamos a la cocina y efectivamente encontramos tortillas, o pan para unos sándwiches, no nos vamos a llenar. Habría que ir por todo el vecindario buscando más niños para comer y mira la hora que es, no nos va alcanzar la noche. Creo que lo más recomendable es, de ser posible, cambiar el menú de hoy y llevar el alma de un mayor al jefe. ¿Qué me dices niña, hay algún mayor que viva en esta casa que puedas recomendarnos? ¿Quién más vive contigo?

—En casa, solo estamos yo, la abuela y nuestras mascotas. Mi madre ha salido de viaje por el trabajo.

—Una abuela ¿eh? Dicen que gallina vieja hace buen caldo, además debe ser más fácil de despellejar que una pequeña niña huesuda. —Insistía el de cinco cuernos a su compañero.

—Pero yo quiero saborear a la niña.

—Ah vamos, ya nos comimos a dos niños ayer. Mañana podremos ir a buscar otro. No, hoy vamos por la viejita. Venga niña dínos por dónde.



Asentí y bajé de mi cama, me coloqué mis pantuflas de unicornio y los guíe fuera de mi habitación.

—Esa es su recamara, al final de pasillo, la puerta de la izquierda es el baño, no se vayan a confundir.

—Excelente pequeña, ahora si no te importa, puedes regresar a tu cama.

—Esperen un momento, no lo hagan.

—Lo siento niña, es muy tarde para cambiar de opinión, está decidido.

—No, es solo que pensé que querrían algo para acompañar su merienda, en la cocina tengo jugos, leche y refrescos. Además pensé que querían hacer tacos o sandwiches. Tengo pan blanco que está próximo a vencerse y sería bueno que me ayudaran a acabármelo, a mi madre no le gusta se desperdicie la comida.

—Oh, eres muy amable.

—Yo quiero un jugo, ¿de qué son?

—Síganme y les muestro.

Los llevé al refrigerador, el de tres cuernos estaba encantado con la variedad de jugos y bebidas que teníamos en reserva, al final tomó de la puerta un jugo de ciruelas muy contento. El otro estaba parado sobre el zinc buscando entre los trastes el cuchillo más grande y afilado que pudiera encontrar hasta que finalmente se decidió por uno de mango azul. Yo por mi parte me serví un vaso de leche.

—Una última cosa antes de que vayan por mi abuela, ya que estás allá arriba, podrías bajarme el frasco de galletas de la alacena por favor. Mi abuela no me deja comerlas en la noche porque dice que son malas para mis dientes, lo bueno es que ya no tendré que hacerle caso.

—Jeje, claro pequeña.

—En la otra puerta, ese frasco verde de ahí.

El pequeño ser bajó el frasco y abrió la tapa circular provocando que una bola de fuego le estallara en la cara. El humo negro a su alrededor se condensó y solidificó en unos instantes, de él emergió una criatura con piel de roca, de cuatro patas gruesas, las delanteras largas y las traseras cortas, con púas en el lomo y orejas largas que colgaban a los costados de sus ojos envueltos en llamas, hundiendo sus

colmillos largos en el pecho del pequeño ser que lo había liberado, mientras este manoteaba incontrolable con la cabeza atrapada en las fauces de aquel animal sombrío, que levantó la cabeza y abrió más el hocico para engullirlo entero.

El de tres cuernos dejó caer el frasco de jugo y trató de huir despavorido, pero el animal saltó al instante dejando un rastro de ceniza y humo en el aire y cayendo sobre él, aplastándolo, para luego despedazarlo con sus fauces y tragarlo por pedazos. Cuando terminó, el perro infernal vino a mi olfateando. Mi abuela entró a la cocina en ese momento.

—¡Matilda no! ¡No!

El perro estaba echado de espalda en el suelo, con la lengua de fuera, desprendiendo nubecillas de humo negro cuando mis uñas se pasaban por su barriga.

—¿Por qué has liberado al Hellhound? —Tomó la escoba y empezó a darle de palos al perro— ¿Qué es todo este desastre, por qué no estás en la cama? ¿Por qué esta mi jugo regado en el suelo?

—Lo siento abuela, un par de Ghouls se metieron en mi recamara y se los di de cenar al Fluffy, no era mi intención molestarte.

Mi abuela tomó el recogedor y comenzó a barrer los trozos de vidrio, levantó una de las manos del Ghoul de tres cuernos que Firulaís no había devorado y se le quedó observando detenidamente con esos lentes de fondo de botella que hacían ver sus ojos el doble de grandes.

—¿Ghouls dices? ¿En esta área, en esta época del año? Esto es muy raro.

—Dijeron que estaban recolectando almas para su jefe y que ayer se comieron a dos niños.

—¿En verdad? Bueno, en ese caso creo que debo hacer una llamada. —Sacó de uno de los cajones junto a la estufa tres veladoras negras— Tú por favor cambia de forma a ese animal y sácalo al jardín, vamos a dejarlo afuera por si acaso. Y ya regrésate a la cama que en la mañana tenemos muchas cosas que estudiar, todavía no dominas los cuatro niveles de transmutación y tu mamá ya casi regresa de su viaje a Rumania.

Mi abuela se retiró con las veladoras y una caja de cerillas. Yo me quedé con el perro. —¿Quién es un buen perrito quién, quién?

Le rasqué detrás de las orejas con ambas manos y poco a poco se fue haciendo más pequeño, hasta que fue apenas más grande que uno de mis zapatos, con el cuerpo flacucho tembloroso, de cabeza grande y ojos saltones. Lo dejé en el patio trasero y habiéndome asegurado de que mi abuela se había encerrado nuevamente en su habitación, tomé una caja de galletas de la alacena, mi vaso de leche y me fui a la cama.

**EDGAR A. RIVERA**  
**México**



**ANA LEE**

**ALBERTO IRANZO**

**SARGUERO**

**A**na Lee, estuvo decaída durante casi tres días, luego, se levantó de la cama, a la cual había cogido por fiel compañera, y se dirigió al lavabo. Se miró al espejo y pensó que aquel rostro triste y desolado, no merecía la pena enseñarlo al mundo exterior. Pensó, mientras hundía su faz en el agua..... pensó.... en fumarse un cigarrillo, agarrar un cáncer y mandar todo al carajo. Pensó en James, al cual hacía tres noches que no veía. Tenía el mono de James. Le necesitaba en sus brazos desesperadamente. Dónde estás James, dónde estás....

Sonó el teléfono, sabía que lo haría, era inevitable. La voz le habló durante casi media hora, aquella voz gruesa y carrasposa, una voz dura y repleta de órdenes. Era una voz familiar, pero no por eso dejaba de ser un sonido odioso. Vaya mierda... tenía algo que hacer. Aire que respirar, alguien a quien alcanzar. Corre Ana Lee, debes correr y atrapar a la liebre.

Se colocó las gafas de sol, se apartó el largo flequillo blanco que le traspasaba el rostro y se mesó su largo cabello negro. Pensó en cortárselo hasta la altura de los hombros, en ocasiones le molestaba. Sobre todo cuando tenía que perseguir a alguien, como era lo más probable que le ocurriera hoy. Abrió el primer cajón de su mesita de noche, y cogió un revólver del calibre 44 plateado, en cuya empuñadura de madera estaba grabado su nombre. Se lo había regalado su anciano padre el día en que llegó de improviso al club de los treinta.

Le vio llegar al bar, alrededor de las doce, el sol impactaba a través de los cristales del local. El hombre vestía con un elegante traje azul, camisa rosa y una corbata a juego. Caminaba como si las calles fueran suyas, y sus ojos negros se oscurecían aun más a través de las gafas de sol que llevaba. Tenía labios finos, de serpiente, y se podía vislumbrar unas ligeras ojeras negras en su rostro moreno. Tenía el pelo negro y liso, peinado hacia atrás, una nariz pequeña, chata, casi estúpida y sin sentido en aquella cara llena de detalles inconexos. Incluso sus pequeñas orejas llamaban la atención por su pequeñez. Saludó al barman con la más amplia de las sonrisas y pidió un zumo de naranja natural.

Ana Lee, se preguntó si podría convencer a Juan, el barman, para que le

añadiera matarratas al zumo de naranja natural. Sonrió ligeramente ante la imagen mental de aquel bastardo revolviéndose por el suelo, a punto de escupir hasta las tripas, convulsionándose hasta morir mientras sus dientes castañeteaba, rompían, y cortaban su jodida lengua, y sus intestinos se deshacían y vaciaban toda la maldad que llevaba aquel hombre en su interior. Menudo espectáculo sería. Algo terrible, grotesco, espantoso.... maravilloso. Pegó un sorbo a su café amargo, mientras seguía observando a Mr. Elegante. Su nombre no importaba, solo lo que hacía, era un hombre muy buscado y de repente en aquel bar... se le ofrecía la oportunidad de cazarlo, de humillar a ese hijo de perra. De repente no. Una llamada oportuna, una voz susurrante que le indicó el camino, la voz sería recompensada a su debido momento. Pero ahora... esperaría, esperaría a que se bebiera su zumo de naranja, sí.... luego se acercaría a él y le guiñaría un ojo. Eso le sorprendería. Desenfundaría el revólver que ocultaba en la espalda y se lo pondría en los huevos. Si te mueves bastardo..... te reviento tus bolsitas de té. Se identificaría, y luego lo esposaría mientras le leía sus derechos. Fácil, y limpio. Lo entregaría y se tomaría unas largas vacaciones con James. Las necesitaba desesperadamente, estaba cansada y se sentía pesada y vacilante. Estaba en muy mala forma, tenía jaquecas constantes, apenas podía conciliar el sueño y sus ojos, irritados casi de continuo, no mejoraban mucho su situación.

Se levantó de la mesa, dispuesta a ello. Comenzó a caminar decidida hacia Mr. Elegante. La corta distancia se paralizó en el tiempo, se sintió como si sus pies le pesaran, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, a eso algunos le llamaban miedo, pero no se detuvo. Súbitamente tuvo la necesidad de decirle a James que le amaba. Te amo, te quiero, te deseo, quiero besar tus labios hasta fundirme contigo. Quiero tu tacto sobre mi piel desnuda. Quiero, quiero..... la espalda de Mr. Elegante estaba más cerca de ella que nunca. Su cuello blanco y limpio, su perfecto corte de pelo. Estaba hablando con Juan, reía, parecía estar puñeteramente contento. La sola idea de borrarle esa estúpida risita de la cara, excitó a Ana terriblemente.

No esperó que se diera la vuelta de improviso y la mirara... como leyendo sus labios, siempre sonriente con sus ojos entre tinieblas, y sabiéndose dueño de su

destino.... los ojos de Ana Lee se abrieron como platos cuando Mr. Elegante desenfundó un arma de gran calibre, la apuntó al pecho y sin vacilar lo más mínimo, hizo fuego dos veces. Ana voló impulsada hacia atrás un par de metros y cayó de golpe sobre una mesa repleta de tazas por retirar. Los disparos no la mataron, pero el golpe la dejó más que atontada. Tenía la nuca húmeda, sangrante, el pecho le ardía, apenas podía respirar. Jadeaba, intentando tomar bocanadas de aire con la boca desesperadamente.

Un nuevo disparo y un golpe en el suelo. Pasos..... a plena luz del día... cómo es posible que nadie... cómo...

Se acercó a la puerta del bar, y puso el cartel de Cerrado. Luego volvió hasta Ana Lee, y se arrodilló junto a ella. Observó su pecho humeante, algo había parado las dos balas. Luego la miró directamente a los ojos, se sorprendió al ver que estaba consciente, mirándolo, pero parecía paralizada, puede que se hubiera roto la espalda con la caída. Se acercó más, mucho más, hasta casi rozar sus labios.

Notó el aliento de Mr. Elegante en la cara. Era fresco, tenía un ligero olor a mentolado. Sintió el cañón del revolver sobre su garganta, frío, y molesto al respirar.

“3 segundos más de respiro necesito.”

“Estoy viva, muerta... estoy a punto de morir a manos del hombre de risa de hiena”

“2 segundos más en los que mis pulmones se calmen.”

Mr. Elegante dejó mostrar sus perfectos dientes blanqueados. Se acercó a su oído y le habló entre susurros.

—Qué lista, te pusiste un chaleco.

“1 segundo, sólo un segundo, malnacido.”

Le acarició el pelo suavemente, y le apartó el flequillo blanco de la cara.

“Ahora entre tinieblas me siento, ahora mientras la muerte me acecha. Ahora.”

A las 12:30 en otro lado de la ciudad hubo un accidente de tráfico, un camión arrolló un coche familiar, murieron todos sus ocupantes, un padre de familia, su mujer y sus dos hijos de cuatro y siete años. A la misma hora, en otro



lugar, en el interior de un edificio de la calle Villabonita, en el séptimo piso, en la puerta 4, para ser más precisos, una pareja discutía de forma violenta, diez minutos más tarde ella moriría debido a una paliza propinada por su amante marido. En el mismo lugar, justo dos pisos más abajo, Michel y Carmen hacen el amor. Es el último día en que podrán estar juntos, Michel ama a otra mujer... pero no se lo confesará hasta el día siguiente. Carmen cogerá una depresión y se volverá una alcohólica y una adicta a las pastillas. A las 12:35, un tren descarrilará en el norte de la ciudad, casi llegando a la estación, debido a una repentina explosión en las vías. Todos los pasajeros morirán a excepción de uno. Un hombre llamado David, que pasará el resto de su vida preguntándose porque él y solo él, pudo sobrevivir a semejante catástrofe. Cinco minutos después, en un pequeño bar situado en una estrecha y poco transitada calle de la ciudad, una mujer interpone su dedo entre el percutor de un arma que le apunta a la garganta y la bala. Se revuelve y golpea en el estómago fuertemente a su agresor, con el puño derecho. Se alza y le vuelve a golpear en el rostro mientras el arma de éste, cae al suelo, girando como una ruleta, y mientras gira y gira, una mujer llamada Ana Lee sigue atacando al hombre con toda la rabia y furia que posee.

El primer golpe hace que las gafas de sol de Mr. Elegante vuelen en pedacitos oscuros, el segundo le provoca una fractura en la nariz y comienza a sangrar. Ana se mueve muy rápido y apenas puede reaccionar a su embiste. Le lanza una patada a los testículos y aúlla de dolor, luego un par de puñetazos al estómago y por último una fuerte patada a la rodilla que hace que pierda el equilibrio y caiga al suelo.

“Hay tres sombras que me acosan sin descanso, la primera me hace sonreír con sus bromas y burlas inocentes, me hace pensar en chistes, en besos, en caricias y placeres. La segunda me aturde, me confunde, me hace dudar, atonta mis sentidos con pensamientos irracionales, me habla sin decirme nada, me escucha sin oírme. La tercera hace flotar toda mi agresividad, hace que mis ansias de supervivencia se fuercen al máximo, es una sombra más oscura que las demás, y la que menos prevalece, ella impone crueldad en mi rostro, impone el salvajismo animal y la

frialdad que en ocasiones necesito para seguir viva. Está ahí, permanece oculta en mí, y de vez en cuando la dejo surgir solo para proteger a las otras dos. Mi necesidad de sonreír, llorar, gritar y besar. Mi necesidad de sentirme débil y humana en ocasiones, y fuerte y fría en otras. Mi necesidad de ver un nuevo amanecer y sentir que merece la pena seguir viviendo.”

ALBERTO IRANZO SARGUERO

España

Instagram: [@jerryclade](https://www.instagram.com/jerryclade)



# ORELLANA Y EL INFIERNO VERDE

JORGE QUISPE  
CORREA ANGULO



pesar de llevar varios días perdidos, Francisco de Orellana tenía la esperanza que su actitud imperturbable y segura estuviera transmitiendo a sus acompañantes la sensación de no estarlo. Temía, en el fondo, mostrar alguna debilidad que hiciera que se cuestionase su liderazgo. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, dos de ellos: Juan de Valdivia y Esteban de Alcalá, quienes por momentos mantenían la serenidad y por momentos les entraba ganas de encarar al capitán, dudaban de la cordura del explorador. No era para menos, pues solamente quedaban dieciocho miembros sobrevivientes, incluido indios, de la expedición que desembarcó en la desembocadura del Amazonas a fines de 1545. Orellana presentía que en cualquier momento sus hombres serían presas de la desesperación y se amotinarían para reclamarle un mejor destino, pero eso no lo atemorizaba tanto como encontrarse con alguna tribu moradora de la selva como las temibles amazonas que, según relato del Padre Gaspar de Carvajal, *eran feroces mujeres guerreras, diestras en el manejo del arco y de una fuerza y tamaño increíbles*. Orellana no quería hablar de ellas a lo que quedaba de su expedición, pues ya estaban suficientemente atemorizados con los ruidos irreconocibles que se escuchaban desde lo profundo de la selva sudamericana. “Esto es el infierno”, pensó. Efectivamente, era un infierno verde.

Aquella tarde, luego de comer algunas raíces y frutos que parecían aptos para el consumo humano fueron atacados por los indios caribes. Orellana estaba sorprendido de la habilidad de los aborígenes para desplazarse por la selva sin hacer ruido, como si fuesen seres incorpóreos capaces de atravesar árboles y montañas. El primero en caer fue Juan de Valdivia quien se encontraba revisando unas dolorosas llagas en sus pies cuando de pronto un silbido cruzó el viento transportando una flecha venenosa que se incrustó rápidamente en uno de sus tobillos. El grito de Juan de Valdivia dio inicio a una serie de ruidos que comenzaron a sonar como si de una sinfonía malévola de la naturaleza se tratara: aves, cantos, pisadas, follaje y sonidos de ignota procedencia se sucedían como un remolino sonoro de terror. Uno de los hombres, Ginés Arias, intentó repeler el ataque con su arcabuz, olvidando que éste



se hallaba inutilizado por la humedad constante de la selva. El pobre hombre, al alzar la vista para apuntar, se horrorizó al ver una pequeña nube de flechas y dardos que se acercaba a su cuerpo como si fuera un enjambre de insectos voladores. Solo le dio tiempo para emitir un doloroso y terrorífico grito de muerte. Orellana pudo ponerse en pie e iniciar la huida adentrándose aún más en la desconocida geografía boscosa y pareciéndole importar poco o nada lo que pudiera pasar con sus hombres; total, él ya consideraba que estaban muertos desde el primer momento en que tomó conciencia que estaban perdidos. Esteban de Alcalá iba detrás de él junto con dos indios miembros de la expedición: podía oír sus atolondrados pasos abriéndose camino entre la vegetación. Los gritos desesperados y desgarradores de los tres hicieron concluir a Orellana que habían sido asesinados de una forma brutal.

Orellana, después de diez minutos de correr sin rumbo por la selva, se ocultó entre unos árboles inmensos cubriéndose el cuerpo con ramas y hojas para no ser divisado. Su escaso conocimiento del quechua no le serviría de nada en aquel territorio donde los aborígenes hablaban unas lenguas distintas y eran poco amistosos; solamente se aferraba y esperaba a sus instintos de explorador y de guerrero para sobrevivir. Sin sentido del tiempo y viendo como el infierno verde tornaba hacia una negrura absoluta comenzó a maldecir a Gonzalo Pizarro, pues lo creía el origen de sus malaventuras. Comenzó a llover de manera torrencial, como si todo un mar cayera de golpe desde el cielo. Los goterones de lluvia golpeaban fuertemente las ramas y hojas de los árboles. Las aves comenzaron a volar lanzando chillidos que parecían anunciar el inicio del apocalipsis. Sin duda los caribes no lo iban a perseguir en esas condiciones. Pensó en su mujer, la bella sevillana Ana de Ayala, a quien había dejado kilómetros atrás con algunos colonos y en la promesa que le hizo de ser felices en esas nuevas tierras a conquistar en su condición de Adelantado de Nueva Andalucía. Pensó que lo acontecido en Cabo Verde, donde perdió muchos hombres y culpó del hecho a la falta de provisiones y al estado del agua, debió ser una señal de que las cosas no irían bien. Paró de llover y, sintiéndose algo seguro, emprendió la marcha hacia la nada.

Habría deambulado por espacio de dos horas, casi a tientas, por la espesura

amazónica cuando de pronto escuchó un silbido penetrante. Se detuvo y giró la cabeza como tratando de ubicar la procedencia del sonido, sin éxito. Se oyó nuevamente el mismo silbido, pero más cerca. Orellana se escondió detrás del tronco de un *shihuabuco*. Sentía temor. Solo se escuchaba en la intensa negrura de la noche ese silbido aterrador. Por un instante tuvo la tonta idea que podría tratarse de los guardianes del mítico *país de la canela*. El silbido se oyó aún más cerca, como a cinco metros de distancia. Orellana, atemorizado, gritó insultando y amenazando con atravesar con su hierro a quien o lo que fuera que estuviera emitiendo dichos silbidos. Tomó con una mano su puñal y con la otra se persignó. Se sentía afiebrado, sudaba y temblaba. Recordó lo que le habían contado sobre el cretense Pedro de Candía cuando arribó a Tumbes allá por 1528 quien, ante la amenaza de ser atacado por unos felinos —presumiblemente pumas—, soltó el arcabuz y, con inmensa osadía y abundante sangre fría, los acarició logrando amansarlos y haciendo que los pobladores lo consideraran un enviado de los dioses. Orellana, ante la ausencia de armas de fuego, deseó tener suerte similar frente a lo que lo acorralaba para salir bien librado. De pronto sintió que una especie de espada de hueso se introducía, como un tirabuzón, por su espalda atravesándole el corazón. Su cuerpo fue cayendo lentamente hasta quedar tendido en el agreste terreno mezclándose su sangre con el lodo. Una lechuza blanca, impasible, observaba todo desde lo alto de un árbol.

El cuerpo de Orellana, que contaba con treinta y cinco años de edad, nunca fue hallado. Se presume que falleció en noviembre de 1546 (fecha estimada según testimonio de algunos hombres que lograron escapar del ataque de los indios caribes y que fueron rescatados por una expedición española cerca a la desembocadura del Amazonas). Existió la sospecha que Ana de Ayala tuvo algo que ver con la desaparición de Orellana al oír rumores sobre supuestas infidelidades de su esposo con una de sus dos hermanas; sin embargo, la historia conocida permite concluir que el fracaso se debió a que la Corona española poco o nada hizo por proporcionar los medios y socorros que tan grande empresa requería.

Un documento hallado en el Archivo General de Indias (Sevilla, España) y escrito en un español rudimentario y mezclado con frases en quechua, aimara y de

otras lenguas presumiblemente del oriente peruano podría dar nuevas pistas sobre lo acontecido a Francisco de Orellana. Este texto podría ser obra, según los encargados de su restauración y estudio, de Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua, un cronista indígena que vivió entre los siglos XVI y XVII. Esta atribución, indican, estaría sustentada en la semejanza que guarda este documento con el estilo de su obra *Relación de las antigüedades deste Reyno del Perú*, la cual se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

El texto hallado, escrito a manera de un canto desordenado e incongruente y cuyo contenido podría ser considerado como una simple muestra de mitología nativa, narra la huida de algunos habitantes de los Andes peruanos hacia la selva para salvarse del genocidio español y que lograron advertir a algunas comunidades silvícolas del peligro inminente de conquista y extinción que se avecinaba. Estas, atemorizadas y sabiéndose en inferioridad, invocaron a todos los espíritus de la selva para que los protegieran. El canto relata como dos de estos espíritus, llamados *tunche* y *simpira*, aterrorizaron a un hombre de nombre *Orell* hasta llevarlo a los extremos de la locura y a su consiguiente muerte durante *un viaje por el verde dominio de los árboles y la negritud de la noche*. Su alma vaga, según dice el texto en su parte final, en un lugar donde los árboles retienen a los espíritus codiciosos y cuyo entendimiento escapa a la razón de los hombres.

**JORGE QUISPE CORREA**

Perú

Instagram: [JorgeQCA Escritor](#)

Facebook: [Jorge Quispe Correa A – Escritor](#)





# TRAS TU VENTANA

ASTRID G. RESENDIZ

**T**e mira tras la ventana. Te acecha desde lejos, esperando el momento idóneo. Ese, en que todos se van a dormir y permaneces despierto. Siempre sale a deambular por las calles luego de las diez y media. Abre bien tus ojos y escucha muy bien, te contaré por qué.

Posee características que le proveen cualidades especiales para acechar a sus presas. De día, es un pobre espíritu sin fuerza. Luego de que el último rayo de luz deje de filtrarse por las rendijas del ventanal, empieza su metamorfosis. Le salen filosas garras y colmillos; su cuerpo se ennegrece como la noche y adquiere un aspecto humeante; a pesar de esto, su gélido cuerpo congela todo a su paso, dejando detrás de sí, aquel rocío que caracteriza a la noche. De esa forma sabrás que se encuentra cerca, acechándote.

Conforme las tinieblas se van aprovechando de la despedida del sol, adquiere otras habilidades; se comienza a multiplicar lo que le permite abarcar otras regiones. Su visión nocturna se vuelve aguda y su olfato se potencia; pudiendo oler a miles de kilómetros a un pequeñoapestoso que no se quiso bañar; así, saborea mejor a los pequeños desobedientes. La ropa sucia se engancha con mayor facilidad entre sus garras.

Es sutil y silencioso, se escurrirá debajo de tu puerta; humeante traspasará tus ventanas, entrará por tus narices y como oleada irá recorriendo cada parte de tu ser, hasta envolverte con su cuerpo, posará sus garras en tu espalda, sujetándote para que no puedas escapar y con sus colmillos devorará desde la cabeza hasta tus pies cualquier rastro de tu alma, así hasta consumirte.

Muchas personas insensatas, no lo creen y no previenen a sus hijos. Por las mañanas los encuentran dormidos, sin saber que no volverán a despertar por qué se los ha devorado por dentro. Por eso te ruego que te prepares para dormir, intenta cerrar tus ojos, suspira y arrópatte entre tus cobijas, las cuales serán tu escudo por si el coco entra a confirmar si ya estás dormido.

El último rayo de luz está filtrándose por la ventana, ha llegado su despertar. Lávate las manos, acaba de cenar, tiende tu cama pequeño mío.

Apúrate, te pido, que solo te queda poco tiempo antes de que el coco

busque famélico a quienes devorar.

Me despido con un beso, tu madre está por llegar, recuerda lo que te he contado, es hora de volver a mi morada. Pero, no tengas miedo mi niño, tu sabes que te amo, por eso te lo he contado, no quiero que mueras como lo hizo mi hermano.

**ASTRID RESENDIZ**

México

Twitter: <https://twitter.com/RGAstrid1>

Facebook: <https://www.facebook.com/astrid.g.resendiz/>

Instagram: [https://www.instagram.com/r.g\\_astrid/?hl=es-la](https://www.instagram.com/r.g_astrid/?hl=es-la)



**HERMANITO**

**CARLOS ENRIQUE**

**SALDÍVAR**

**L**legó a la habitación verde y abrió la puerta para ingresar. Era un chico de diecisiete años, semblante de paloma, actitud reposada, cabello negro, de estatura alta, huesos lánguidos, rostro alargado, ojos tristes, boca delgada y nariz prominente. No dijo nada, fue su madre la que habló. Ella, unos segundos antes pensó que él al menos diría: «¿Dónde está?», imaginó el instante, y esperó a que lo preguntara, pero el adolescente no mencionó palabra, tan solo se quedó parado frente a ella con la misma compungida expresión de siempre. Ella no quiso comentárselo, pero se sintió obligada a decirle lo que había sucedido: «Lo están tratando con medicamentos; al parecer, al momento de sacarlo de mi vientre se asustó, por lo que al orinar y defecarse encima, engulló un poco de su propio excremento, van a observarlo un par de días, yo también necesitaré medicación».

La madre requerirá medicinas porque su hijo no quería venir al mundo y tuvieron que abrirla, debieron traer al bebé por la fuerza hacia esta realidad. Solo es una criatura que no sabe lo que le espera al habitar en este planeta, ¿quién lo sabe?

El adolescente pensaba en todo ello y meditaba sentado en una silla de madera junto a una ventana. Miraba hacia la pared, estudiaba el color verde agua de la pintura intentando encontrarle algún significado, lo cual no consiguió.

Luego observó las dos camas vacías del cuarto, una de ellas había sido ocupada por su madre, quien salió para buscar a la enfermera y hacerle una consulta. ¡Cuánta soledad había en aquel espacio! Escuchó una bella melodía que provenía de la calle, seguramente entonada con una flauta por un artista callejero en las afueras del hospital. Debido a esto, concluyó que la buena música era una de las pocas cosas que le daban gracia a su existencia. Le vinieron a la mente algunas melodías creadas con las vibraciones de su propia esencia, pero no se atrevió a tararearlas pues tuvo miedo de romper ese espejismo visual y sonoro tan perfecto donde el silencio y la tranquilidad solo eran una ilusión.

La música cesó, pero aún así el silencio hacía ruido, iba y venía perturbando

al joven. Él se confundía a sí mismo con sus propias sensaciones; no podía controlarlas, mas no deseó tampoco hacerlo porque un naciente placer le recorría todas las células. El gozo se tornó intenso y lo invitó a soñar con un futuro mejor en que su soledad tan solo sería un vago recuerdo que el tiempo desteñiría.

El deleite de la abstracción.

De súbito volteó su cara para mirar a su hermanito recién nacido que reposaba. Y todo se derrumbó. El muchacho volvió a la realidad, en la cual seguía sentado en la silla junto a la ventana. El bebé estaba descansando sobre una especie de cuna reclinable, especialmente acondicionada para los de su edad. Cuando su hermano mayor entró a la estancia, no se acercó a verlo, se detuvo, siguió de frente y se acomodó, en tanto su madre le hablaba. La oyó, aunque al mismo tiempo, se sumió en reflexiones discordantes. Y ahora se hallaba ahí para esperar a su madre. Ahora intentó retomar su devaneo.

El chico no podía regresar al estado de vanidad anterior por lo que se dedicó a meditar nuevamente. Esta vez intentaría concentrarse en los pensamientos que su mente procreara. Cuando uno es adolescente, tiende a sumirse en sí mismo, a menudo se olvida de la realidad que lo rodea o reniega de esta, y deja que otros ocupen su espacio terrenal. Es más fácil así, sin embargo, se pierden muchas cosas. Esto no es ni bueno ni malo, eso les ayuda a hacer su existencia más tolerable y a conocerse mejor, pero también les hace dejar el verdadero sentido de las cosas. Cuando pasan los años, los adultos ya descubren el peso de la realidad y la enfrentan, muchas veces de manera segura. Pero los adolescentes sufren dentro de sí mismos por causa de lo improbable.

El joven reflexionaba acerca de lo patética que quizás era su vida y de las pocas que eran sus ilusiones. Pensaba que al nacer su hermano, encontraría una razón para hallarse vivo, no obstante, él vino al mundo y el adolescente no sintió nada especial, solo aumentaron sus preocupaciones, las llamadas de atención por parte de sus progenitores para que fuese de ayuda, los gastos, las tensiones, mientras él seguía igual de inconforme, con aburrimiento, sumergido en un conjunto de símbolos incomprensibles que constituían lo que el muchacho creía era su propio

yo.

El adolescente se ubicaba sobre una silla junto a la ventana, y el bebé despierto empezó a hacer algunos ruidos, pronto eliminó el vacío de la habitación con su llanto, el sonido de la vida. Su hermano mayor se paró de su asiento con rapidez, se colocó junto al nene y le mecía la cuna reclinable. El bebé ya no lloraba, hizo un gesto de apacibilidad. Entonces el chico lo vio, lo escrutó de verdad, tan dulce e inocente. Quiso sostener ese pequeño rostro entre sus manos, y, en medio de aquel deseo, lo descifró: era un polluelo indefenso.

Cuando los pichones nacen de sus huevos, sus padres, los pajaritos, los protegen hasta que se encuentran listos para volar. Les enseñan a modular sus fuerzas, a calibrar de forma natural el equilibrio entre sus alas, el viento y el peso de sus cuerpos. Sin embargo, dicho estado vulnerable solo dura varios días, al final vuelan hacia el horizonte y se pierden para siempre con el fin de habitar algún árbol y formar un hogar nuevo, de este modo consiguen que su especie perdure, como los demás animales.

El ser humano es diferente, por años no puede valerse por sí mismo y necesita que otros se desvivan con la intención de prepararlo para enfrentar la vida. El cálido y, en apariencia, refulgente rostro del pequeñín conmovió al adolescente, un ser humano hasta ese momento desolado. El nene pareció sonreír, su hermano mayor sí lo hizo, de forma inconsciente; la fusión de ambas esencias le calentó el pellejo. No se animó a cargarlo, nada más imaginó que lo tenía entre sus brazos, sabía que el bebé necesitaba tratamiento, aunque su malestar no era algo grave, sino una cuestión fácil de curar.

En su ilusión soltó al pequeño, recostándolo de nuevo en la cuna y pensó que a lo mejor sí podría ser una razón para que el hermano mayor se sintiese vital. Su hermano, diecisiete años menor, robusto, sanaría en poco tiempo, tendría una mejor existencia que la suya y llegaría bastante lejos, más allá del horizonte de las aves, más allá de la cuna acondicionada del cuarto 517 del hospital María Auxiliadora, de Villa María del Triunfo, de esta ciudad atrapada entre los cerros, de este país, de este continente.



¿Qué hago aquí, quejándome? Afuera hay un mundo que me necesita, una nación dócil que no se altera ante las catástrofes, que está acostumbrada a los golpes y las humillaciones.

«Es hora de salir y vivir».

El adolescente está sentado junto a la ventana, cavilando. El nene está dormido. En ese instante se escucha una hermosa y relajante música proveniente de la calle, la cual le agrada al joven. El vacío no existe y el silencio se encuentra flotando en el aire esperando posarse de nuevo en el cuarto. Transcurren unos minutos. Se escuchan voces calmadas en el pasillo, son la madre y la enfermera que vienen a ver al bebé.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Perú

Blog: <http://babelicus.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas>



**AL PIE DE**  
**ULTRATUMBA**  
**FRANCOIS VILLANUEVA**  
**PARAVICINO**

«Más de una vez he coqueteado con la idea de que la Humanidad padece esquizofrenia».

Isaac B. SINGER

A primera vista, no lo pude creer. Sin embargo, tuve que observarlo con aturdimiento un par de veces. Era, en efecto, El Conde de Lemos. Aunque sufría una terrible resaca, la luz de plenilunio era débil y tenía frágil la conciencia, dudé en responder al primer saludo de aquel escritor mítico.

—No me reconoces, Federico —interrogó de pronto, con la voz fresca de un joven de treinta y un años.

Me puse de pie con cuidado, como si temiera practicar un acto torpe ante el maestro. Y pese al sinfín de cruces y el resto de mausoleos solemnes, nichos alabastrados o criptas de estilo neoclásico, todavía controlaba la compostura de mis actos; y, por lo tal, lo reconocí de inmediato.

—Oh, Abraham, eres tú... —alcancé a decir con flaqueza.

—Sí, soy yo, amigo decadente...

Al escucharlo, a mis cuatro décadas, podía recordar las lecciones de Literatura Peruana en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde leí casi todos los artículos periodísticos del dandi iqueño e incluso encontré aquella frase original: «El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión...». En efecto, aquella etapa gacetillera correspondía a la época decadentista del creador de *La ciudad de los tísicos*, cuando junto con José Carlos Mariátegui y otros sibaritas, aquellos escritores bohemios, cometían excesos (incluso hasta en los camposantos) que impresionaban a la ciudad. Por ello, al entenderlo, comprendí de inmediato que aquel saludo anhelaba mi atención.

—Oh, maestro, tengo el honor de ser conocido por usted —contesté al trato cordial y amical.

—Claro, amigo decadente, a quién no conoce Val-del-Omar.

Entonces hundi una mirada atenta y severa, para asegurarme que no me tomaran el pelo con tremenda brujería o alucinación mentirosa: poseía aquella gafa

de aviador de marco delicado como manecilla de insecto cristalino, aquel peinado fino y elegante de niño terrible, y tal hermoso traje dorado que combinaba con perfección con los zapatos níveos de bella forma.

—Explíqueme eso, maestro. ¿Cómo un escritor que ha muerto hace casi un siglo, puede conocer a alguien del siglo veintiuno?

—Te conocí en el Rímac, en la sala de tu casa en Acho, cuando la maestra les dejó como tarea leer «El caballero Carmelo», y tú, no contento con disfrutar de aquel trabajito mío, te leíste completo el libro.

Aquel recuerdo, que tantas veces palpitaba cuando me preguntaban cuándo me nació el amor por las letras y que siempre me enorgullecía recordarlo, cayó de golpe en mi memoria.

—Supongo que conoces a todos tus lectores —contesté—. La verdad, me parece real y verosímil que un autor conozca a todos sus lectores.

—No a todos, sino a los que me interesan. Es decir, solo aquellos que en un futuro o en un presente se convertirán en escritores. Sí, aquellos seres angélicos o demoníacos que son los escritores del presente y del futuro.

Lo miré con incredulidad, y vi que hasta su cutis era bello y su piel tenía la lozanía de una lechuga fresca.

—O sea, sabes que he publicado libros.

—Y también notas periodísticas escandalosas...

—Oh, diablos...

Sentí que se me nublaba la visión, creí que temblaba el piso y tuve que apoyarme con dificultad en el cerco del sepulcro del maestro. Dudé si era un sueño o una terrible pesadilla.

—¿Y qué más sabes de mí?

—Que dejaste a la mujer que amabas para dedicarte de lleno a la literatura. Ella quería tener un hijo contigo, y tú no estabas dispuesto a asumir aquella responsabilidad.

El mareo volvió a aporrear me la cabeza, y sentí que me desmayaba. Además, sentí el corazón afligido, como si la grandeza de la figura que tenía delante

me conminara a apiadarme de mí mismo ante su fuerza y majestad. Es decir, percibí como si la propia conciencia me reprochara sobre los fracasos, incertidumbres y penurias que empecé a sufrir desde que decidí convertirme en escritor a tiempo completo.

—También sé que casi te mueres de hambre el verano del 2009... Todo por querer seguir viviendo del arte.

—Es duro, pero cierto... —musité como si no quisiera que me escuchara.

Recordé aquel año que decidí vivir de la venta de mis libros, pero entonces los ingresos fueron muy bajos entonces, casi ínfimos, y no me alcanzaron incluso para pagar la mensualidad del restaurante donde me había pensionado. Además, debido a las malas amistades, me dediqué mucho a la bebida de tragos alcohólicos, que me empeoró la situación económica.

—Lo bueno que...

Iba a decir «ya pasaron aquellos tiempos difíciles», pero una terrible preocupación me contuvo.

—Sí, amigo decadente, el artista nunca descansa. Tiene que ganarse el pan con el sudor de su frente.

Entonces, como el niño delante del padre que sabe todo sobre él, me sentí acorralado. Lancé un gesto de terror, con la mandíbula casi colgándome del rostro y los ojos desbordados con cejas apretujadas, y quise saber de verdad qué demonios venía ocurriendo.

—¿Qué... qué quieres de mí?

—¿Por qué crees que todavía sigues vivo, amigo decadente?

Al instante, aterrorizado y por completo desesperado, al intentar verlo mejor, observé que su piel empalidecía, la silueta de su cuerpo cobraba cierto brillo, y de pronto todo en él se volvía transparente, lívido y, como la niebla de un pueblo de las alturas a la hora del alba, se difuminaba entre las sombras y la brisa.

—Oh, Dios, por Dios...

Al desaparecerse por completo, la oscuridad era más prieta y tétrica, todo se volvió escalofriante, horripilante y, como por arte de la nigromancia, se me

escarapeló la piel y se me agitó el corazón. Me sentía devastado y despavorido, y no tuve otra alternativa que gritar ayuda, exclamar grandes gritos de auxilio y, con una fuerza sobrenatural, salir corriendo hacia la salida del Presbítero Maestro. A los minutos, los guardianes del camposanto atendieron mis súplicas y pudieron rescatarme. Sin embargo, al verme, no dudaron que yo había perdido el juicio y estaba del todo loco de remate, pues no entendían las expresiones que lanzaba con terror y paranoia.

Ahora, después de todo, puedo juzgarlos como son; es decir, figuras insípidas, sombras de bajo calibre y seres fantasmales que me divierten con su presencia, porque sé que sin mí ellos no existen. Yo soy el gran orquestador de este mundo, y así como el gran Abraham Valdelomar fue el reflejo de mi conciencia enfebrecida, también sé que yo alguna vez fui Borges o Cervantes, Shakespeare o Dante. Y aunque esta celda de manicomio también puede ser una biblioteca o un laberinto, yo también puedo ser Dios o un gusano, una piedra o la flor más recóndita del universo, aquel infinito cósmico.

Por eso, los perdono y los redimo, desde antes del tiempo hasta el fin de esta fantasmagoría, aquella cruda irrealdad.

**FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO**  
Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/Francois-Villanueva-Paravicino-Autor-105990861082782/>



**TOSTADAS**  
**CON MANTECA**  
CRISTIAN LEONEL  
GONZÁLEZ



Sobre la mesa quedaban los restos de pan tostado. Mamá solía hacerlos con algo de manteca, logrando que no hiciera falta untarle nada más. Era el toque justo que lograba cambiarle el sabor. Cerca de la panera, estaba la pava, como de costumbre. El azúcar no era parte de este encuentro porque nos gustaba tomarlo amargo. El abuelo lo cebaba de esa forma y todos nos fuimos acostumbrando. Los desayunos y las meriendas eran iguales, de alguna forma, monótonos. Pero así nos gustaba. A veces con algo de silencio y otras con discusiones. No tengo ninguna duda que es parte de la idiosincrasia del argentino. Gritar, putear, comer, volver a gritar y luego amar. Tenemos impregnado en nuestro ADN esa “tanada” del sur que hace ebullición de un momento a otro.

La radio de fondo era parte del ritual, siempre a bajo volumen. Vienen a mi mente aquellos momentos donde escuchábamos las radionovelas con mi hermana y mamá. Aunque en reiteradas veces ella no participaba y lo hacíamos nosotros porque en ese horario venían sus amigos, que también eran los de papá, a charlar. Lo hacían durante horas. El ambiente solía ponerse un poco tenso, pero jamás comprendí de qué hablaban.

Papá siempre fue muy divertido. *“Que jamás te digan como pensar”* repetía. Muchas veces antes de irnos a dormir nos hablaba de un mundo mejor. Ciertamente no sabía a qué se refería, para mí, y supongo que para mi hermana, el mundo mejor era con ellos, sonriendo, charlando.

Estábamos merendando en silencio, como era usual. En cierta forma era como el momento de reflexión, aunque no sabía que era eso. *“Hay situaciones que hay que pensarlas en forma muy pausada, si no el próximo paso puede ser fatal. Todo por lo que luchamos es por ellos.”* Oía decirle mamá a papá. La televisión estaba encendida, me resultaba raro ya que no éramos una familia de sumergirnos en los programas habituales, pero esa tarde en particular papá insistió. Comenzó una cadena nacional con lo que creo que era una voz en off, algo así como que hablan, pero no se ve quien lo hace, y decía algo sobre un comunicado y que recomendaban a los habitantes. No puedo explicar porqué mi piel se erizó. Un sudor frío recorrió todo



mi cuerpo y ahí me percate que mis padres estaban tomados de las manos. De los ojos de mi mamá brotaron lágrimas y oí a mi hermana preguntarle qué le pasaba. “*Nada amor, estoy algo triste*” le contestó. A papá también se lo veía distinto. Su cara expresaba algo de terror. De un segundo a otro el ambiente en nuestro pequeño comedor, había cambiado y no podía comprender por qué. ¿Quién era ese señor que hablaba? ¿Qué era lo que realmente quería decir y por qué los notaba tan afectados a mis papás?

Luego de un instante sin que nadie dijera nada, papá se levantó y fue velozmente hacia el cuarto. Sacó las valijas del placard y comenzó a guardar ropa. “*¡Chicos, nos vamos de vacaciones!*” gritó desde el dormitorio. Mi hermana y yo saltamos de alegría, aunque sabíamos que algo andaba mal, preferíamos disfrutar de aquel momento.

Mamá, fue hasta la cocina y empezó a guardar algunos alimentos dentro de la conservadora. Esa misma que utilizábamos cuando íbamos de picnic.

Sonó el timbre, algo extraño a esa hora del día. Al escucharlo, dentro de nuestra casa el silencio se hizo presente. Mamá volvió a derramar lágrimas tapándose la boca, como si no quisiera generar ningún ruido. Volvió a sonar, pero esta vez fue más largo... el sonido.

Papá salió del cuarto con algo en sus manos, no pude ver bien qué era porque mi atención se desvió al ver que la puerta de entrada se partía en mil pedazos e ingresaban unos hombres extraños.

Pusieron a mamá frente a la pared y a papá contra el suelo. Uno de ellos se nos acercó y nos dijo: “*Tranquilos, ya no están más con estos subversivos*”.

Mientras se llevaban a mis padres escuché que mi mamá gritaba “*¡los amo con mi vida!*”.

Ahí nos quedamos con mi hermana, en silencio y tomados de las manos, mientras veíamos como aquellos hombres abrían todos los cajones, como si estuvieran buscando algo.

En la tele seguía sonando constantemente el mismo discurso de antes.

Levanté la mirada y vi en el almanaque la fecha, y pensé que desde ese día

nunca nada sería igual. De alguna forma, ese día perdí todo, pero también gané algo. Creo que ese 24 de marzo de 1976, fue cuando comencé a tener memoria.

CRISTIAN LEONEL GONZÁLEZ

Argentina

Instagram: [@CristianLeonelGonzalez88](https://www.instagram.com/CristianLeonelGonzalez88)



# LA LOCURA DE MI VECINO

EFRÁÍN  
ALFONSO DÍAZ  
DE LA CRUZ

**M**i vecino Efraín se encuentra al borde de la locura. Casi no puede dormir y le es sumamente difícil controlar su ansiedad. Está totalmente convencido de que en su casa hay algo —una araña, un ratón o algún insecto de proporciones descomunales (ha leído mucho a Lovecraft y a Stephen King)— que arbitrariamente mueve o tira las cosas que hay en las habitaciones. No lo ha visto pero todos los días, asegura, ocurren este tipo de eventos: Si se encuentra en la cocina, algo se cae en la sala; si se encuentra en la sala, algo se cae en su alcoba; y si se encuentra recostado en su cama, algo se cae en el despacho. No son grandes cosas, un libro por aquí, un adorno por allá, y no siempre se caen; a veces solamente “aparecen”, de acuerdo con su testimonio, en otro lugar, sin que pudiese explicarse esto por obra humana, puesto que vive solo, o por algún evento natural como el viento.

Mi vecino asegura incluso que varias veces ha visto de reojo algo que se mueve por entre los libreros y demás muebles de la casa, aunque no atina a decir exactamente de qué se trate.

Al principio no lo hizo consciente y no le dio demasiada importancia, pero después de tres meses de eventos ininterrumpidos siente que está por perder los estribos. Casi no come, casi no duerme, y la paranoia no ha hecho más que aumentar porque nadie le cree. Curiosamente, los eventos solamente ocurren cuando está solo; por tanto, nadie más puede dar fe de lo mismo, y la única recomendación que le dan sus visitas (cuando las tiene) antes de marcharse es que se relaje, que deje de sugestionarse, que todo está bien...

Pero él sabe que no y se encuentra al borde de la desesperación. Y le duele que nadie le crea. “No estoy loco”, dice mientras cubre su rostro con sus manos y estalla en llanto presa de la frustración. “No estoy loco, no estoy loco, no estoy loco”.

Yo lo escucho con infinita paciencia y con mucha empatía. Yo sí le creo y sé perfectamente todo el miedo y angustia que está sintiendo. Sí le creo, pero no se lo digo; lo dejo llorar tranquilo en la sala de su casa y, prudentemente y en silencio, me retiro a su despacho donde agarro un tomo de la Enciclopedia Británica que ahí

tiene y con absoluto descaro lo dejo caer. Después me voy a su cuarto y tiro sus almohadas...

Aunque esto pudiera parecer cruel —y de esto soy plenamente consciente—, es lo menos que puedo hacer después de que Efraín me asesinara a sangre fría tres meses atrás.

ALFONSO DÍAZ DE LA CRUZ

México

Facebook: <https://www.facebook.com/alfonsodicru>



# CUIDADO CON EL PERRO

GUSTAVO VIGNERA



Lito era de esos amigos a los que no podés negarle nada. Era uno de esos tipos que siempre están a tu lado tanto en las buenas como en las malas. Era un ser excepcional un amigo de fierro, siempre dispuesto a darte hasta lo que le faltaba con tal de ayudarte. Esa mañana de diciembre me dejó un mensaje en el teléfono. Agitado me pedía:

—Cuidame el perro, ya te contaré a mi vuelta. Te dejo las llaves debajo de la maceta de los geranios.

Al escuchar ese escueto mensaje lo único que pude hacer fue tragar saliva y preocuparme. ¡Sí! preocuparme ya que, si bien sabía que el papá de Lito no andaba bien y que, para peor, vivía en Puerto Madryn, yo no estaba preocupado por el viejo, más bien estaba preocupado por la faraónica tarea que me acababan de encomendar.

A decir verdad, yo nunca fui amante de los animales, ni perros, ni gatos ni ninguna de las especies domésticas, yo los miraba en *Animal Planet* y hasta ahí llegaba mi amor. Tampoco era algo que me producía fobia, pero cada vez que había ido a visitar a Lito la presencia de Toby, indefectiblemente, me hacía aflojar los esfínteres.

Toby era un *rottweiler*, que parecía traído de la película “*Demian la Profecía*”. El animalito era enorme, tenía una cabeza grande como un zapallo y una mandíbula... una mandíbula que era capaz de amputarte un brazo con un mínimo esfuerzo. Lito siempre me decía que era muy guardián y muy bueno con los niños, que no le tuviese miedo, que el bicho era muy inteligente y sabía distinguir entre quién venía con buenas o malas intenciones. A pesar de todos los buenos atributos que Lito me describía sobre su pura raza, para mí no era otra cosa que una bestia asesina.

Esa noche no pude pegar un ojo pensando que al otro día debía ir a lo de mi amigo para darle la comida y cambiarle el cacharro de agua al maldito sabueso.

La mañana se presentó calurosa, a pesar de eso, me puse una calza que uso para andar en bicicleta debajo del *jeans* más grueso que tengo, arriba me puse dos remeras de manga larga, un buzo y una campera de cuero por las dudas, que para el bichito, yo le pareciera más apetecible que su ración de alimento balanceado. Salí de casa en ayunas, no quería tener nada en el estómago para no descomponerme. Lito

vivía a cinco cuadras de mi casa, pero para mí ese trayecto fue más devastador que una peregrinación a Luján. No dejaba de pensar cómo sería ese primer encuentro con Toby y a cada rato me venía la tentación de abandonar el compromiso, volverme a casa y quitarme toda la ropa que ya me estaba asfixiando. Debía ir a mi trabajo como todos los días en vez de darle de comer a esa fiera.

Al llegar a la esquina de Lito se escuchaban los ladridos, parecía que el perro se había dado cuenta de lo que le estaba pasando a su amo y que este pobre gil iba a ser el responsable de alimentarlo durante su ausencia.

Mi amigo vivía en una casa baja, con un pequeño jardín y como un presagio del más allá detrás de la verja tenía un cartelito que decía “Cuidado con el perro”. Entré y busqué entre las macetas que tenía alineadas contra la pared del vecino cuál era la de los geranios. No sé si fueron mis nervios, pero todas las clasificaciones botánicas que había aprendido en la escuela habían desaparecido por completo de mi mente y no podía distinguir entre un geranio y una milanesa a la napolitana. Revolví y revolví y al fin pude encontrar la llave. Ahora había llegado el momento de la verdad, debía tomar coraje y entrar a la casa. Los ladridos habían cesado hacía un buen rato lo que me hacía sospechar que la bestia estaba agazapada esperando mi intromisión para abalanzarse sobre mí y destrozarme. Ya me veía tirado en el patio en un charco de sangre siendo el alimento de Toby durante la ausencia de Lito. Lo peor era imaginar a mi amigo a su vuelta de Puerto Madryn encontrándose con tan macabro espectáculo.

Puse la llave, di las dos vueltas y empujé con fuerza la puerta. Miré para todos lados y el perro no estaba ahí. Recordé que, en el patio, atrás del lavadero, había una escalera que iba a la terraza. Era muy probable que Toby estuviese descansando arriba. Sigilosamente, busqué dónde estaría la bolsa de alimento. Estaba atrás del lavarropas. Me di cuenta de que no podía subir con la bolsa a la terraza, debía subir primero, tomar los cacharros, bajarlos y ahí suministrarle su ración de alimento y agua. Escalón por escalón fui subiendo lo más silencioso posible. Contaba los escalones como si fueran los últimos peldaños que me llevaran al cielo o tal vez al infierno. Mi corazón palpitaba como una tropilla de caballos



salvajes. Debía enfrentarlo. Cuando conté siete, apareció frente a mí el monstruo. Gruñía con su furia innata multiplicada por el apetito que sin duda acumulaba desde el día anterior. Desde abajo, parecía mucho más enorme y espeluznante que el recuerdo que tenía de él. Me quedé sin aire e instintivamente me animé a gritarle:

—¡¡¡Fuera pichicho!!! ¡¡¡Fueraaaaa!!!

Y como un milagro de todos los santos, ángeles y arcángeles, Toby empezó a caminar para atrás abriéndome paso para buscar los recipientes. El perro seguía gruñendo y daba vueltas a mi alrededor. Trataba de no mirarlo para no ponerlo nervioso. Yo estaba traspirado hasta los huevos. El perro me olía el culo, estaba seguro de que podía saber que estaba aterrado solo por mi olor. Ni yo me aguantaba. Tomé los dos cacharros y bajé. Al volver, Toby había dejado de gruñir y supe que no me iba hacer nada ya que me movía la cola. Cuando me agaché para apoyar los recipientes me pegó un lengüetazo en la cara que por poco me hago caca en los pantalones.

Bajé las escaleras un poco más tranquilo. Cerré la puerta, guardé la llave debajo de la maceta que me había indicado Lito y me fui a casa silbando bajito. Al llegar a mi casa, fui directo al baño a ducharme, estaba hecho una sopa. Al salir del baño, me vestí como el clima lo indicaba y me digné a desayunar como Dios manda.

Los días sucesivos fueron mucho más tranquilos, ya no me llenaba de ropa para protegerme y hasta me animaba a juntar los teresos que estaban diseminados por la terraza sin temor a que Toby me atacara por la espalda. Ya me había acostumbrado a sus lengüetazos y hasta le acariciaba la cabeza cada vez que festejaba con su cola mi presencia. Ahora éramos amigos, había comprendido que Lito tenía razón cuando me decía que era un buen perro y nunca haría daño a quien viniese con buenas intenciones. Toby era fiel conmigo y yo también con él.

Ese sábado se cumplía una semana de mi servicio de alimentador canino, me había levantado un poco más tarde a pesar de que tenía bien presente mi obligación con Lito y con mi nuevo amigo “el Toby”. En muy poco tiempo y de forma compulsiva había aprendido que el perro era el mejor amigo del hombre. Estaba orgulloso de haber podido ayudar a Lito con su problema, pero mucho más

orgullosa estaba de haber superado mis miedos.

Estaba por subirme a la bici para ir a darle de comer a Toby cuando sonó mi celular.

—¿Estás bien? —fue la pregunta de Lito.

—Sí, por supuesto... ¿Qué pasó? —fue mi respuesta instantánea.

—Por favor, venite a casa —me respondió antes de cortar.

Pensé que algo le había pasado a Toby, que se habría indigestado o mucho peor, que lo hubiesen envenenado tirándole carne algún vecino harto de sus ladridos.

Al llegar a la esquina de Lito, veo un patrullero estacionado en la puerta. Un montón de curiosos mirando para adentro. Tiré la bicicleta y entré. Lito sujetaba a Toby con la cadena de ahorque. Un oficial tomaba fotos de todos los rincones y en el medio del patio, sobre un charco enorme de sangre yacía un pibe destrozado de no más de catorce años.

Tuve ganas de vomitar imaginando lo que me podría haber pasado. Lito estaba desencajado justificando a su perro. Miré a Toby, esta vez con un poco de aprensión. El pichicho emitió un pequeño llanto y me movió la cola.

**GUSTAVO VIGNERA**

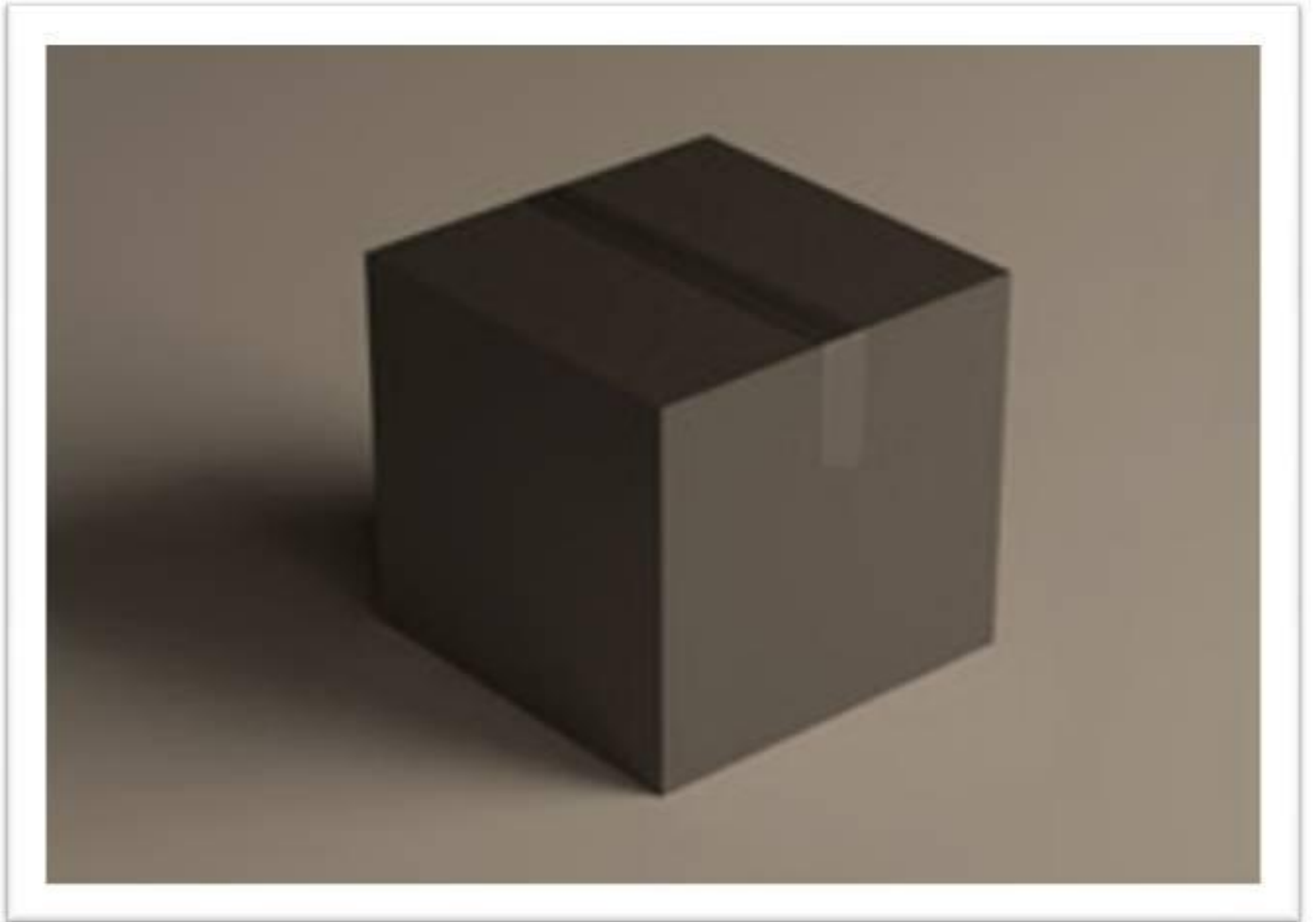
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: [https://www.instagram.com/gustavo\\_vignera\\_autor](https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor)

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



# LA CAJA

FRAN GUTIÉRREZ  
FALCÓN

**E**l encargo llegó antes de lo esperado. Apenas estaba terminando de almorzar, cuando una llamada sin número entró y dijo: «Baja y recógelo. Ya sabes lo que tienes que hacer».

Lo subí a mi cuarto y lo dejé sobre la cama. Tenía menos del peso ideal para una persona, entre catorce o quince kilos, calculé. Ansioso por el escozor de la curiosidad, lo contemplé por un rato y dejé que mis dedos se deslizaran sobre él. Al tantear todos sus ángulos, no logré hallar ninguna cerradura. Era una cosa prefabricada, compacta como un dado. Y si acaso se me había ocurrido abrirlo, no habría posibilidad de dejarlo tan perfecto como estaba. Ni modo, solo quedaba aguantarme el prurito.

Me asomé a la ventana y saqué la cabeza un instante. Afuera el calor parecía implacable. No había ni la sombra de un perro deambulando abajo en la calle. Nadie tampoco frente al portón metálico, alto y verde, de la casa de enfrente. Me pregunté si habrían salido de allí a dejarme el encargo. Tenía la sospecha, aunque no muy fundada, de que algo se escondía en ese falso taller de mecánica. Estamos muy cerca y te estaremos vigilando, me habían dicho en una llamada anterior. De manera que no tenía más alternativa que seguir la jugarreta que habían planeado para mí, valiéndose de ciertos apremios que me estaban agobiando últimamente.

Pensé en la hora y vi el celular: veinte minutos para las dos, me dije, debo salir antes de las tres. Al desplazarme entre el espacio de la cocina y el cuarto de baño, el objeto sobre la cama atrae mi atención como un campo gravitacional. Mi responsabilidad gira en torno a él. Me queda poco tiempo para prepararme y llevarlo a donde se me ha indicado. Después de fregar los cacharros del almuerzo, decido regalarme un baño fresco para mitigar lo que se viene. No dejo de pensar en cómo resultará este tránsito. Si bien he viajado por las arterias de la ciudad sin problema alguno, y esta vez he de tomar el autobús público de la línea A, no se me ocurre pensar que haré un trabajo indebido al llevar conmigo el encargo. Al cabo, seco las perlas de agua de mi cuerpo en la descolorida toalla de rizo americano y me visto con cierta ligereza. Polera de color, pantalón pitillo y zapatillas deportivas. No olvido la gorra como distintivo. El tiempo y la caja es un remolino constante en mi

cabeza. He de entregárselo y punto, me digo. Busco mi llave y ensayo caminar con la caja bajo el brazo. Todo bien. Cuando esta misión llegue a su fin, pienso, mientras me veo caminando hacia el paradero, podré cancelar los meses atrasados del alquiler de esta pieza de ratón y me largaré de este lugar. No tiene por qué suceder nada más.

Tras hora y media de viaje, me veo llegando a la terminal de buses al norte de la ciudad. Cargo la caja y busco un asiento libre en la zona de espera. La gente hormiguea y el bullicio de voces procede de todas partes que es difícil intentar oír un solo nombre.

Permanezco en el punto de encuentro. Un hombre anónimo, del que imagino un sinfín de rasgos, me abordará en cualquier instante. La intriga me estresa a ratos. Juego al conteo mental: sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho..., hasta uno. Me empiezo a aburrir. No soporto más el peso del bulto entre las rodillas y lo bajo a mis pies. No hay muchas personas sentadas. Quizás el que aparezca ya me observa desde algún punto. A lo mejor es alto y corpulento y gruñón, con un aire animal y un facsímil de asesino. Me estremezco un tanto. Sí, es cierto; acabo de recordar un detalle muy particular. Me acomodo de lado la visera roja del gorro *snapback*, sobre el oído derecho, como señal distintiva. El que venga también podría ser un tipo regordete, bonachón, de esos que pueden no solo darte las gracias sino alegrarte el día con una propina. Quién sabe. Lo que sé es que no habrá saludos ni gesticulaciones de por medio. Él tomará la caja y luego cada quien tomará su camino. Me quedo mirando a todas partes y oyendo la voz robótica de la chica que llama a los pasajeros por el altavoz.

—¡Echa la caja en el coche! —me sorprende un tipo enano que empuja una canastilla de carga.

No le prestó atención. Además, no lo había visto acercarse para nada. Tenía mis antenas desplegadas. ¿Cómo pasó?

—¡Apresúrate! —insiste el enano. Me muestra los dientes como un pitbull rabioso y deja caer un sobre blanco entre sus piernas.

Antes de grabarme su frente arrugada y la imagen clara de una cicatriz

abultada que le surca desde la patilla hasta la boca, echo rápidamente la caja en el coche de mano y lo veo alejarse hacia la rampa de salida.

Recojo el sobre y lo guardo en el bolsillo izquierdo del jean. Misión cumplida, me tranquilizo. Manteniendo la distancia, empiezo a dar pasos y trato de seguir al hombrecillo. El tráfico de las personas que entran y salen entorpece mi persecución visual. Cuando sin más, ya a punto de abandonar la terminal, alguien me punza por la espalda y me advierte casi al oído: «Ten cuidado con lo que haces». Ni siquiera me da tiempo de ver su rostro. El tipo ha girado y se ha esfumado entre el gentío. Me siento torpe. Los nervios me amilanan. Decido volver.

La noche empieza a desplegarse mientras cruzo la ciudad. Cuando llego al barrio, descubro un gran alboroto en la calle donde vivo. Delante de la casa del portón, hay coches con luces intermitentes y hombres uniformados. Se dejan oír algunos gritos y el parloteo de los vecinos acordonados es un corro de chismes confusos. Me desentiendo de todo aquello y subo de prisa a mi cuarto. Enciendo la luz, saco el sobre de mi bolsillo —en tanto pienso en si estará completo lo prometido— y me quedo desglosando entre los dedos unos cuantos billetes de periódico muy bien cortados.

**FRAN GUTIÉRREZ FALCÓN**

Perú

Facebook: [fb.com/FranGutierrezFalcon](https://www.facebook.com/FranGutierrezFalcon)



# SUEÑO DE GALLINAZO

OSWALDO CASTRO

ALFARO

**L**a vaca come hierbas y su carne es deliciosa. El pollo se alimenta con gusanitos y si es suertudo, con maíz y es riquísimo. El cerdo ingiere cualquier cosa, incluso basura y se transforma en algo divino. Los peces, ¿alguien sabe con qué? y son un manjar.

Cuando a los humanos los industrialicen, en un futuro no muy lejano, ¿cuál será la parte más suave y sabrosa? ¿Habrá anticuchos, cau cau, rachi, riñones al vino, chanfainita, sesos arrebozados, guiso de lengua, sopa de huesos, etc, etc?

La modorra del gallinazo es interrumpida por el estruendo de una bomba lejana. Asustado no sabe si levantar vuelo o escudriñar la lejanía en busca de carroña. Decide descender y entre los matorrales encuentra el cadáver descompuesto de un niño. Espanta a las ratas y toma posesión del hallazgo. Avisa a los compañeros refugiados en el campanario de una iglesia abandonada. Llegan los invitados al banquete y, en estricto orden de antigüedad y jerarquía, empiezan a festinar el cuerpo del inocente.

El líder, con severas cicatrices de batallas antiguas, canoso, con un ala soldada defectuosamente, deja pasar a las crías que recién se inician en el asqueroso mundo de restos podridos y malolientes. Se aparta del grupo y suspira. Antes de morir de viejo se duerme para soñar con la carne humana que empezó a degustar. El surgimiento de la nueva élite le dio la oportunidad. Recuerda haberlos escuchado comentar que, con tantos muertos, la utilización de los cuerpos con fines alimenticios no era una utopía.

Aburrido de la vida que lleva, caduca y terminal, no seguirá viendo la masacre callejera que se desarrolla en otras partes de la ciudad. Su cerebro se apaga justo cuando empiezan a desplumarlo.

OSWALDO CASTRO ALFARO

Perú

Facebook: [Oswaldo Castro](#)





# ¡ SOLO EN PUNTA DEL ESTE !

CARLOS M. FEDERICI

PRIMERA PARTE

## Capítulo 1

**S**egún el folleto turístico, recordé, en sus comienzos “la Punta” había sido una isla, a lo que parece “favorita” de los indios de la región. Paulatinamente, sin embargo, los médanos habían completado su obra, uniendo la ínsula al continente, con el resultado de contaminarla sin remedio con la virosis del tiempo “futurizado”...

—¿Usted fue el que lo encontró?

Asentí con la cabeza. Para mis adentros taché a Noriega de impertinente. ¡Un comisario de los de mi cosecha jamás habría pecado de tal imperdonable inoportunidad! ¿Qué pretendía con eso de interrumpir mis reflexiones?... En fin, yo había escrito *Marea carmesí* varios años atrás y me había tomado cuantas libertades se me antojaron en la pintura del ambiente. Este Punta del Este real y concreto, que tan solo ahora —y gracias a un par de jugosos contratos de edición negociables en dólares— venía a conocer *in vivo*, por cierto que no se parecía gran cosa al de mi novela.

Lo cual, después de todo, era de esperarse, me dije.

—¡Mire qué casualidad esta, eh! —Noriega quiso mostrarse ocurrente. Me encogí de hombros. ¡Dios mío! ¿Alguna vez iban a aprender estos policías a conducirse como lo mandaban las reglas de la literatura?

La Mansa estaba dócil nuevamente, pese a que durante todo el día anterior el tiempo de la península se había mostrado desapacible, al grado de desalentar a los playeros más pertinaces. *Salvo excepciones*, apunté; y ahora admiré mi propio sentido de la ironía, sutil y refinado como correspondería a cualquier investigador privado de alta escuela.

En segundo plano, un dúo de severos agentes uniformados contenía al reducido coro de curiosos. Las olas acudían al encuentro de la playa en cauta sucesión, y el yerto cuerpo del viejo Brunswick obstruía su líquido albedrío con la tensa pasividad propia de su condición. Sin duda una amenaza al fluir ecológico, pensé.

Noriega resopló. Estaba ridículo: todo un comisario, con pantalones de

baño fantasía y el ensortijado vello de los muslos al aire. Sentí pena por él. Se encontraría metido en una verdadera trampa, ya que desde luego no cabía pensar en suicidio ni accidente, habida cuenta del orificio rojinegro que se apreciaba en el pecho del cadáver... *¡y sin la más ligera traza de arma homicida en las inmediaciones!*

Yo tampoco estaba cómodo. Por un lado, tenía los zapatos llenos de arena; por el otro, algo contenía aquella situación que tenía la virtud de acongojarme de forma singular.

Sorprendí el súbito fulgor en los pardos ojos de Noriega y me pareció que el Universo cedía bajo mis plantas. ¡Lo que estaba temiéndome!

—¡Oiga, viejo!... Sé que no me asiste ningún derecho a molestarlo con esto, pero... Dado que de alguna manera ya está involucrado, ¿no podría usted...?

—¡Bueno, yo no sé si...! —jadeé.

—¡Leí todos sus libros! ¿Sabía que tengo la colección completa de sus novelas..., encuadernadas y con letras de oro? ¡Vamos, si cada vez que las releo me admiro más de...!

—¡Me confunde con su amabilidad, comisario!

—¡No estoy diciendo más que la verdad, lisa y llana! ¿O acaso no coinciden los críticos y los lectores, en cuanto a que usted tiene la mente más aguda que se ha visto en varias décadas? Su rigurosidad es...

—Cuentos, comisario. Son solamente caprichos de mi imaginación. ¡No se deje engañar por la envoltura!

—Pero *Marea carmesí*... ¡Si creí estarla viviendo! Cuando aparece el cadáver de la chica en la orilla, al amanecer, y el poeta la encuentra y...

—Convencionalismo puro. Soy un profesional del convencionalismo, comisario Noriega. ¡Trabajo con frases prefabricadas! Fíjese: jamás había puesto un pie en estas costas, antes de esta semana. Para mi novela no hice más que “tocar de oído”, como vulgarmente se dice. ¿Qué opina de eso?

Redondeó los ojos. Era evidente que mi sinceridad lo había desarmado. Aproveché su guardia momentáneamente baja y procedí a emplear la artillería pesada. Tras doce minutos de mi mejor elocuencia, pude permitirme un recatado

suspiro... Me había auto exonerado del engorroso compromiso.

—¡Lástima! —Noriega meneó la cabeza, al alejarse, y en voz progresivamente menos distinta le oí murmurar—: Conan Doyle al menos lo intentó con lo del “Mary Celeste”... (\*)

Aquello debió hacer “clic” en mi ego. O posiblemente el clima alocado de la Punta se me había pegado. El caso es que ahí mismo, *ipso facto*, decidí emular al Gran Maestro.

Sólo que yo iba a ser más cauto que él...: trabajaría en absoluta reserva, por si acaso.

Me aparté para que los de la Técnica hicieran su labor. Supongo que debí haber puesto mis cinco sentidos en lo que estaba ocurriendo, ya que cuando menos me habría servido de fuente documental para eventuales relatos a escribirse; pero en aquel instante mi atención se vio captada por algo diferente.

La suela de uno de mis zapatos acababa de tropezar con cierto objeto, pequeño y duro, semienterrado en la arena.

De improviso, sucumbí a un ataque de estornudos. Saqué mi pañuelo con tal descuido, en apariencia, que tuve que inclinarme a recogerlo del suelo. Cuando retornó al bolsillo, albergaba en el seno de sus dobleces una menuda llave chata que —¡lo proclamaba mi bendita intuición!— dispensaría sin duda el acceso a la Verdad Total.

Ahora empezaba el trabajo de rutina.

Yo había conocido algo al viejo Brunswick, el occiso, si bien no al grado que habría sido de desear. Pero con seguridad existiría quien estuviese algo más familiarizado con él...

Todo se reducía a ubicar a los involucrados: ni más ni menos que en mis tramas.

(\*) Velero hallado al garete, sin un alma a bordo, en las inmediaciones del fatídico “Triángulo de las Bermudas”. Fue a fines del siglo XIX, y en circunstancias tan misteriosas que ni siquiera el célebre creador de Sherlock Holmes logró desentrañarlas.

## Capítulo 2 (Retrospectivo)

Desde la reposera, en la terraza, miraba hacia el horizonte en combustión. El mar parecía el mismo todavía, se dijo, aunque acaso las aguas actuales estuviesen bastante menos limpias, o bien sus propios ojos más enturbiados, que cuando se instalara allí por primera vez, siendo apenas más que un mozalbete.

Años... ¿Cuántos habían pasado ya?

Juntaba los párpados y se esforzaba en reconstruir aquella imagen que engalanara los espejos de 1944: arrogante barbilla, radiantes ojos celestes, áureos cabellos, una frente abultada y pálida, flanqueada de venillas retorcidas... *Wunderkind*, lo habían apodado y más de una vez se vio halagado por los poderosos. Pero él siempre había sido lo suficientemente avisado como para cederles los laureles y hacerse a un lado con ejemplar discreción... Ahora, aquellos jerarcas de entonces figuraban (infamemente) en la Historia, en tanto él, aquí en Punta del Este, seguía gozando de la buena vida que supiera procurarse. La altivez y el brío invernaban bajo la apacibilidad del Buen Burgués Maduro, en tanto que la abovedada frente expandió sucesivamente sus fronteras, hasta violar la rala coronilla.

Era un fresco verano... La brisa vespertina se insinuó con picante agresividad sobre su torso descubierto. Quizás fuera prudente ponerse un suéter, pensó. A los setenta largos no resulta aconsejable coquetear con las corrientes de aire, si uno quiere estar en buena forma (sonrió) para entregarse a flirteos más sustanciosos.

Pero se encontraba tan a gusto en la reposera, a seis pisos de altura... El bullicio de las calles trepaba hasta su nivel, aunque lo hacía bajo el sublimado avatar de casi arrullo que le conferían por partes complementarias los veinte metros a contar desde la acera y el progresivo embotamiento de su oído. No se decidió a levantarse para ir en busca de la prenda de abrigo. De todos modos, se dijo, no podía ser más que una ráfaga... En realidad no hacía frío. Personalmente, de hecho, se sentía todo lo bien que cabía esperar, dadas las circunstancias.

Era indiscutible que las condiciones habían ido variando con el paso de las



décadas, aun cuando debía admitir que en lo básico la península continuaba siendo la misma de siempre. Su singular situación geográfica y sus irrepetibles características de balneario único en el mundo no sufrieron cambios de entidad. Él había estado en los balnearios más famosos del viejo continente, y no habría trocado a Punta del Este por ninguno de aquellos.

En principio, no obstante, la razón fundamental de su afincamiento había sido la particular cualidad de aislamiento del lugar, lo cual, en los años cuarenta, lo había convertido en el sitio ideal para sus designios inmediatos. Por entonces, Europa quedaba mundo de por medio.

Con el correr del tiempo, a medida que iba imponiéndose internacionalmente el renombre del balneario uruguayo, el aislamiento se desvaneció. Entonces Brunswick apeló al “camouflage”. Inmerso en una sofisticada Babel donde escandalosas “colaless” alternaban con saris indostánicos en absoluto desprejuicio, se mimetizó, revistiéndose del anonimato de lo familiar.

El Rin, “jet” mediante, estaba ahora tan sólo a unas cuantas horas de El Emir. Brunswick dejó su apartado chalecito y pasó a residir a una de las monstruosas “torres”, abscesos arquitectónicos brotados en la década del sesenta para asestar el golpe supremo a la prístina fisonomía de la Punta...

Todo el mundo llegó a conocer a “el austriaco” en las inmediaciones, y, según se permitía él suponer, todo el mundo lo apreciaba...

Minúsculas cordilleras encrespadas poblaron sus descubiertos brazos. Sintió que palidecía, y por fin se puso de pie para entrar a abrigarse.

No podía adivinar que su frío no obedecía a ningún fenómeno meteorológico..., ni tampoco concebía el oscuro instinto premonitorio que lo originaba.

### Capítulo 3 (Semirretrospectivo)

—¿Y qué opina el novio?

Sonrió la chica, al tiempo que se echaba el pelo para atrás con mimoso

ademán. Labat suspiró interiormente, aunque la estereotipada sonrisa disfrazó, como era de práctica, el colosal aburrimiento que lo embargaba.

—Bueno... —contestó la aspirante a Reina, no sin la más encantadora vacilación que pudo instilar a su bocadillo—, al principio Quique no estaba lo que se dice contento con la idea, viste... ¡Pero ahora ya lo convencí, y es mi “hincha” número uno!...

—¡Muy bien por Quique y por su estupenda comprensión! —Labat enfrentó a la cámara, fingiendo un entusiasmo rayano en el delirio—. *Verónica Vallejo..., rubia, ojos verde mar, diecinueve años plenos de belleza, de juventud, de vida... ¡Una candidata a Reina que sin lugar a dudas hará honor al certamen!...* Desde los hermosos jardines del Cantegril Country Club, este canal continúa entrevistando para ustedes a las agraciadas chicas que habrán de competir por el tan codiciado cetro de Soberana absoluta de este balneario de fama internacional...

Hubo varias más, luego de Verónica Vallejo; las suficientes como para que Goyo Labat lamentase haber nacido. Pero el suplicio terminó por fin, y él se vio en libertad de salir disparado hacia su hotel.

La cita con “el austriaco” era a las veintiuna en punto; probablemente el viejo carcamal detestaría verlo llegar tarde... ¡Oh, diablos! ¡Si se le dieran bien los dados! De lograr echarle mano al succulento capital del veterano...

—*Money, money, money...!* —canturreó, al salir de la ducha.

Se vistió en un par de minutos: slip, camisa, pantalón y mocasines livianos. Le dio el toque de gracia a su peinada y luego apagó las luces de la habitación.

En el bolsillo de la camisa, su carta ganadora: la foto.

—Si fuera yanqui, cruzaría los dedos —murmuró, tras cerrar la puerta a sus espaldas— ¡Pero siendo de acá, me encomiendo a Santa Rita!

Era una miseria humana cuando volvió, pasadas ya las diez. Había salido eufórico, barajando de antemano los proyectos más atrevidos; inclusive surgieron por algún recoveco de su mente imágenes de Labat, realizador de filmes comerciales, “Spotlight Producciones” (marca registrada), alguno que otro

mediometraje con veleidades de festival europeo-tercermundista, el adiós final a la guaranguería televisiva, y...

El espejo del cuarto de baño devolvió un rostro lacio, cuya boca se hundía en las comisuras.

—¡Qué dolor de cabeza!.. —murmuró Labat a su lúgubre imagen.

Abrió el botiquín, con lo que el fantasma de sus rasgos osciló, desapareció de la vista y retornó después con idéntica expresión de desengaño. Una pastilla blanca se disolvió silenciosamente en un vaso de agua.

—¡Fui un idiota!... —dijo Labat en alta voz, mientras contemplaba el devastador e irreversible proceso de desintegración.

Tendido en la cama del dormitorio, minutos más tarde, se puso a mirar el retrato de Verónica.

—¡Mi póliza de seguros! —...y rió con amargura.

Brunswick había hecho polvo en minutos todos los sueños de tantos años... El maldito viejo había resultado un verdadero diablo: tenía los cuatro ases en la manga, por así decirlo, aparte del comodín.

No era justo, pensó Labat. ¡Tan asquerosamente rico y tan egoísta!

—*¡Carcamal del demonio! ¡Un tiro sería poco para él!*

Simón era el judío más simpático de cuantos conociera... Tenía el hábito de caminar algo inclinado hacia adelante, con lo que su medio siglo se acentuaba visiblemente, pero nunca dejaba de mirarlo a uno a la cara ni borraba aquella afable sonrisa de su boca.

No demostraba esa suerte de... impersonalidad en sus servicios, que era característica de la mayoría de los camareros del Country: se las arreglaba, en cambio, para hacerle sentir a uno que su obsequiosidad era, además de sincera, exclusiva. Pocos dejaban de agradecersele.

Por otro lado, sin embargo, Simón distaba de ser perfecto: le encantaba la chismografía y su ganchuda nariz era especialista en olfatear escándalos, que desde luego no perdía tiempo en divulgar...

Claro que el mirar de sus ojos era tan cándido que uno no llegaba a



detestarlo por su vicio. Y después de todo (como alguna vez él mismo opinara, en tren de confidencia) a esta altura del Destape Total, ¿a quién le preocupaban las reputaciones?

A través de tal fuente nutrí mi acervo de informaciones. Fue así como supe de la vinculación de Goyo Labat, notorio locutor y animador de televisión, con el difunto Brunswick..., situación en torno a la cual, y un poco a la manera de Herodoto, me he permitido fantasear en páginas precedentes. (\*)

—¿Y sólo porque Brunswick no le facilitara los fondos que necesitaba — reflexioné en voz alta— Labat pudo llegar al extremo de...?

Simón dejó fluir una de sus típicas risitas “Iddish”. Me puso la mano en el hueco del codo, no sin afecto y observó:

—Labat se marchó de Punta del Este hace día y medio... ¡Y los médicos opinan que Brunswick murió hace menos de seis horas!

—¿Cómo sabe usted eso? —gruñí.

—De la mejor fuente: Mecha, la criada, que anda con el ayudante del comisario de jueves a domingo... ¡Puede fiarse del dato!

—Coartada perfecta, ¿eh?

Se alzó de hombros, observándome con ojuelos relucientes.

—¡Habrá que seguir buscando sospechosos!

(\*) Además del Padre de la Historia, otro ilustre practicante de esta tendencia a la omnisciencia narrativa fue Herman Melville: más de un setenta por ciento del relato que hace su personaje Ismael en *Moby Dick* consiste en escenas que nunca presenció, en conversaciones que no tuvo forma de escuchar y en pensamientos íntimos sobre cuya naturaleza solo pudo especular. ¡Pero el recurso ha demostrado su eficacia!

## Capítulo 4

Había llegado el momento.

En los jardines del Country, animadora y animador de turno jugaban al pueril “suspense” que debe preceder a la lectura del fallo de los jueces. El público moscardoneaba en torno... ¡probablemente les encantaba aquello!

Para mí era la primera coronación de Reina de Punta del Este en vivo y en

directo. No se me escapaba un elemento singular: parecía que imperaba una marcada uniformidad de criterios entre los circunstantes, en lo que concernía al resultado final.

En primera fila, un jovencito de ojos afebrados se retorció las manos, intentaba morderse los muñones de las roídas uñas y sudaba a chorros bajo el ardor de los reflectores. Simón me lo había señalado: era Quique Vázquez Sierra, el “novio oficial” de la favorita del certamen.

Hacía un calor considerable. El espectáculo, precariamente organizado, como de costumbre, avanzaba a tropezones, repartiéndose entre gratos desfiles de bellezas en reveladores atuendos, e irritantes intermedios a cargo de “grupos” melódicos de dudosa idoneidad... Creo que dormité por algunos minutos, de forma que me perdí las nominaciones de “misses”, princesas y vicerreina. Me despejé a tiempo, sin embargo, para presenciar el ápice del evento.

—Y ahora —anunció la acaramelada voz del locutor (un suplente de Labat, quien al parecer no estaba aún visible)— llega el momento que todos hemos estado anticipando. *¿Quién será la Reina de Punta del Este?*... Tengo conmigo el veredicto de los señores del Jurado, un veredicto que sin duda ha debido emitirse con gran dificultad. ¡Porque todas las señoritas merecían la corona, habida cuenta de sus múltiples virtudes! Pero solo una ha de ser electa, y es así que, por unanimidad y tras ardua labor de los señores del Jurado, queda coronada Reina de Punta del Este 1988...

Una pausa, risas nerviosas entre el público, un nene que corría sorteando mesas, silbidos de “acople” en el equipo sonoro, salto en el monitor de TV.

—...acreedora a los fabulosos premios que se ofrecen a la triunfadora... una montevideana... (aplausos, aclamaciones un poco vacilantes todavía), de la zona de Pocitos... que lleva el número 13...

Ya segura, la ovación invadió el ámbito, ahogando virtualmente la voz del locutor, que pegó la boca al micrófono para anunciar:

—...¡*Verónica Vallejo!*

Y se adelantó la muchacha, resplandeciente en la gloria de su juventud,

enfundada en esa aureola de preconcebida pureza que emana de los pocos años y la buena salud. Realmente se veía como una reina, por encima de nuestras embelesadas miradas, radiante, soberbia...

En ese instante crucial advertí dos cosas: la primera, el *boy friend* había desaparecido de su sitio, con seguridad debido a una crisis nerviosa; la segunda —y más directamente conectada conmigo y mis intereses inmediatos—, la llave que aún conservaba en el bolsillo del pantalón (mis dedos tropezaron con ella al buscar un pañuelo), persistía en su secreto, impermeable a mis elucubraciones...

Alguien me tocó en el hombro. Volviéndome, me hallé frente a la cara de Simón, que por rara excepción no sonreía.

—¿Podría venir un momento conmigo? —inquirió.

...Donde fuimos estaba fresco, oscuro. Me costó habituar los ojos, tras el deslumbramiento de las luces del Country Club.

—¡Comisario! —me asombré.

Él me saludó con una inclinación de cabeza. Ahora estaba vestido con pantalón largo, aunque el planchado dejaba bastante que desear...

A su lado, Simón se frotaba las manos. Sus ojillos relumbraban en la penumbra, pero sus dientes no se distinguían. Seguía serio, a lo que podía verse.

—*Se repitió* —dijo Noriega, brevemente.

—¿A quién mata...? —musité azorado.

—No, nada de eso —Noriega hizo un ademán impaciente—. Evite dramatizar, ¿quiere? ¡Este se suicidó!

—¿Y le parece que puede existir conexión con...?

—¡Por favor!... —Era evidente que el comisario no había podido perdonarme mi negativa a cooperar—. *¡Esto es la vida real, no un libro de los suyos!*

(Continuará)

CARLOS M. FEDERICI  
Uruguay

Wikipedia: [Carlos María Federici](#)



# EL DIARIO DE CHARLES

J. R. SPINOZA



licia ahora era la reina de corazones y había prometido cortarme la cabeza. Cheshire iba delante de mí indicándome el camino. El ejército de naipes nos perseguía, si tropezaba o disminuía la velocidad sería mi perdición. Y pensar que estaba tan emocionado de volver a Daresbury, para volver a ver a mi Alicia. Recordaba sus ojos de zafiro y su cabello lacio, dorado. Me gustaba pasar mis dedos por él, mientras me contaba las historias de Infratierra, un país de las maravillas que sólo ella podía visitar. A veces nos quedábamos despiertos en la noche, hablando en voz quedita. Yo la escuchaba con el pretexto de poder abrazarla y oler su cabello. Me contaba sobre sus amigos, un conejo y una liebre y un vendedor de sombreros. Sobre una oruga que fumaba pipa y un gato que desaparecía a voluntad. Casi siempre era muy divertido, excepto cuando me hablaba de la reina de corazones, una malvada mujer que disfrutaba de decapitar a las personas.

Esperaba con ansias el fin de semana para verla, jugábamos todo el día y por la noche me contaba sus nuevas hazañas. Eso, hasta que crecí lo bastante como para que mi tía Margaret no me dejase dormir con ella. Alicia y yo nos distanciamos por entonces. Quizá más yo de ella, puesto que había comenzado a desarrollar ciertos sentimientos inapropiados, después de todo era mi prima y no había manera de que pudiera ser. Por muchos años dejé eso atrás. Hasta hace una semana que recibí la carta de mi tía, donde me preguntaba si sabía algo sobre ella. Cancelé todos mis compromisos del fin de semana y viajé a Daesbury.

Mi tía me dijo que últimamente hablaba acerca de convertirse en reina. Que había huido de casa dejando todas sus pertenencias atrás. Yo aún no podía creerlo. Esa noche me dejó quedarme en su habitación. Ya no era la habitación de una niña, no había tonos pastel, tampoco peluches. Estaba pintada de color marfil, con cortinas púrpura. Había un estante con algunos libros. *El arte de la guerra*, *El príncipe y La Íliada*. Cuando niña, Alicia era más del tipo de Julio Verne o Robert Louis Stevenson. Temía que si me la encontrara ya no le reconocería.

Salí al balcón, a tomar un poco de aire. El cielo era una hoja negra bañada de diamantina plateada, pero ni la infinidad de estrellas eran nada frente al brillo de



la luna, enorme y espectral que me sonreía burlona.

—Seguro es el cansancio. ¿Una luna que sonríe? ¡Qué ridículo!

—¿Quién dijo eso?

Sobre la luna dos ojos felinos se materializaron. Giré a mi alrededor y sobre la barda del balcón vi una cola de gato. Sólo la cola.

—Puede que yo. Aunque también podrías haber sido tú —un gato de rayas moradas y rosadas apareció frente a mí.

—Alicia... Alicia me habló de ti. Eres el gato de Cheshire.

—Vaya, y supongo que si estuviésemos en Liverpool sería el gato de Liverpool. Hay un pueblito en México que se llama La Chingada, que suerte que no vengo de allá.

—¿Estoy soñando?

—Quizás esté soñando yo. O quizá seamos el sueño de alguien más y cuando despierte dejaremos de existir.

—Tú... tú puedes llevarme donde Alicia.

—Vaya, por fin alguien que sabe a dónde quiere ir. Sígueme.

Sobre las aventuras en Infratierra y de la travesía que pasé para llegar al palacio de la reina de corazones escribiré si regreso. Ahora mismo me estoy preparando para volver allá. Algo cambio a mi Alicia, algo oscuro, haré un último intento por traerla a casa. He escrito otro libro, para que el mundo la recuerde como yo: curiosa, gentil y aventurera. Lo he publicado bajo un seudónimo.

Publica este manuscrito en caso de que no regrese en un mes.

**J . R . SPINOZA**

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>

Instagram: [@winchesterrudy](#)

Twitter: [@r\\_spinoza](#)





# UNICORNIOS

ANTONELLA

CORALLO BAO



Desearía interrumpir ese momento perfecto, ponerme una venda en los ojos, pasar corriendo entre la sintonía que tienen todos, interrumpirlos, arruinarlos, ¡espantarlos! Decirles que no puedo mirar fijo y que parpadeo a menudo. Que las piernas me tiemblan y el cabello desprolijo en mi frente en realidad no es un flequillo, sino una rebeldía que tienen los rizos.

Querría transformar las rosas por pañuelos sucios, reemplazar las voces bellas por quejidos, ¡no! No es desmedido, es lo justo.

No sé cuándo lo inventaron, no sé cómo demonios lo crearon pero la perspectiva supera ampliamente a la realidad, y es fastidioso que siempre esperen cosas que no van a pasar:

*Un domingo eterno, un hombre fiel, una adolescente que sepa lo que quiere, una mascota que no defeque.*

Son situaciones indescriptibles irreales, fantasiosas, ¡ficticias! Que vuelven a la realidad asquerosa, terminas por ilusionarte con las películas de romance, creer en los cuentos de hadas, tomar el té y reemplazar al dulce de leche por la mermelada.

De un momento a otro crees en todas las propagandas, te entretenés con los sueños sin cumplir y cambias los rizos por la planchita. Nadie te comenta que el pelo te va a quedar electrizado y duro, que la mermelada contiene la misma cantidad de azúcar y engordas lo mismo. Ahí viene mi parte favorita... nadie te comenta que las películas terminan y que tu escena preferida sólo es una escena que no perdura.

Yo estaba un poco infeliz con la situación titulada como: *“expectativa vs realidad”* pero lo entendía. Deduje que todo el mundo, al igual que yo, lo asumía, aunque inmersa en la locura terminas por tergiversar un poco los resultados; quizás el colesterol no está tan alto, la diabetes puede esperar y finalmente terminas creyendo que los unicornios pueden hablar.

No sé cuándo comenzó esta teoría pero ahora no hay pasaportes sino alas, no hay esfuerzo sino esperanza y la más utilizada de todas... no existe la desgracia, solo el destino, a cualquier cosa desafortunada la vas a ver como fuente de alegría y aprendizaje. Llegas un momento que cansa, no asumen que su vida es un desastre y la disfrazan. Acaban de ser orinados por un elefante, ¿y qué dicen?

—Es la magia del destino.

Se tropiezan por una lata en el piso, se olvidan de hacerles el descuento, los

despiden, los escupen, ¡los atropella un colectivo! ¿Y qué gritan?

—¡Es la magia del destino!

¡Basta! Será causa de un delirio colectivo, de una intoxicación general y continua que se repite día tras día, pero cada vez que me despierto, desayuno, almuerzo, ceno, camino, corro o me quedo viendo un punto fijo, dicen lo mismo:

—¡Unicornios! La palabra del unicornio solucionará todo.

Yo me controlo, hago un esfuerzo y finalmente logro evitar la risa. Digo luego de una carcajada interna:

—¡Gran filosofía del unicornio!

Es la frase programada, la pronuncian sin descanso como si un unicornio estúpido pudiera solucionar algo.

Se dice que llegaron en carruajes de calabazas, desfilando altivamente sus vestidos. No estoy hablando de princesas, estoy hablando de caballos con frentes deformes. ¡Qué sé yo si tendrán frentes! Pero bueno...

El caso es que los alaban por sus alas y colores, pero maltratan a las pobres yeguas, las utilizan como recurso de insulto y cada vez que las miran piensan en mortadela. No se apiadan de ellas, ahora si viene un unicornio se desmayan, ¿quién los entiende?

Yo me contengo y respeto, entre el destino místico, el unicornio que te construye el camino y el pasto sintético me tienen con la coherencia por el piso. El momento exacto en el que se perdió la racionalidad fue cuando los ovnis nos obsequiaron unicornios que hablan:

—Creé, creé en la magia —decían, ¡eran tan tiernos! ¡Lo admito!

Mientras tanto lucraban con revelar sus trucos, los unicornios parlantes tienen una voz única.

El misterio y la mentira se alían, conformando lo que parece una voz ronca, sin estética y desafinada, si los unicornios pudieran comprar cigarrillos diría que son adictos y tienen que tratarse, pero no... ¡son perfectos! Nos enseñan cómo imaginar un mundo de ensueños. Ésta tarde me obligó a hacerlo:

—¿De qué color tiene que ser el cielo? —preguntó. Agarré un crayón negro y... ¡me lo quitó!—. El cielo tiene que ser azul y debe haber mariposas descansando en las nubes, con diversos brillos y destellos. ¿Entendiste? —el unicornio me abofetea.

Tiene sus patas suaves como la seda, y si te quedas viéndolo por dos segundos más creo que su aliento a magia te obnubila o envenena, es parecido, supongo...

Ojos brillosos tanto que parecen dos espejos, debe ser la ilusión, descubrí que cuanto más lo observas más admiración te genera. Por eso me pongo de espaldas, para no ser distorsionada por los efectos traicioneros de la magia.

Pienso:

*“No existen los unicornios”.*

Pero cuando volteo... ¡no puedo! ¡Me enamoro! Ustedes tienen que ver ese pelaje, esas patas, no se asemejan a la realidad. Son, en cambio, las múltiples facetas de la fantasía atravesados y confundidos por la libertad. Enloquezco, ¡me desespero!

—Sí creo, quiero volar —le confieso.

Y entonces otra vez me sumerjo, en la locura social que esclaviza a todos acá. Desde el día que llegaron unicornios todo es felicidad, pero en el fondo sé que es mentira, decoraciones en vez de verdad. Hago caso omiso a que existe el interés y la avaricia o un simple paisaje de lluvia.

Los unicornios vienen todos los días, tocan nuestras puertas y preguntan:

—¿Cómo sería tu mundo perfecto? —nosotros respondemos, y en un abrir y cerrar de ojos lo obtenemos.

Será que habrá un inventario de mundos, para satisfacer la cantidad de expectativas por segundo. ¿Deseo formulado? ¡Deseo cumplido! Me siento mimada y consentida a menudo.

Todo iba bien, sin quejas, sin sobresaltos ni lamentaciones hasta que encontré mis lentes. Estaban ahí... en el container de *“objetos sin magia”*, prohibidos por carecer de fantasía, rechazados por el exceso de ética, y olvidados por ser simple miseria.

No es que los estaba buscando, no es que quería contradecir las instrucciones de los unicornios. Pero me ví tentada, quizás iban en los pies, en la cintura no me entraban... Me llevó un par de horas recordar que los anteojos se acomodan entre la nariz y los ojos.

Resulta que el cielo no era azul, el pasto sólo era tierra y... todo era una completa farsa, un dolor de muelas calmado temporalmente con ibuprofenos. ¡Elegancia sustituyendo a la pobreza! Intentando enterrarla a bases de promesas.

Ya pasaba cinco meses sin empleo, pero tenía que afirmar contenta y enorgullecida:

—Los unicornios se preocupan por nosotros y piensan en el trabajador.

Sé muy bien que luego de pronunciar esa frase se me mataban de risa, sentados cómodamente en un sillón aterciopelado, contando su fortuna, sacándose fotos,

acariciando y alimentando su narcisismo, diciéndose al espejo:

—¿Quién es el más hermoso?

O quién es el más chanta... en esta situación es parecido. ¡Esos unicornios estúpidos!

Estoy tratando de detener la idealización que se genera en conjunto, cuando te dejas llevar por lo que se ve; cabellos largos, lisos, perfectos, y... ¡otra vez me pasa esto! Me enfoco, cierro los ojos y entonces puedo entenderlo... ¡Millones de unicornios concentrados en ganar dinero!

Hace poco lo entendí; hacen publicidad con el sufrimiento ajeno, formulan frases como: —Esta es la perdición de la juventud.

Pero cuando me puse los lentes pude reconocer a los unicornios mareados de tanta... ¡tanta magia! Fuman sin parar y dejan un humo definido como: “*aroma artificial*”. Cuando ellos lo provocan aseguran esto de manera hipócrita:

—El humo que nosotros generamos sana a las plantas y las pone felices.

En fin... no podía denunciar nada sin pruebas. ¿Qué iba decir?

—Hola, quiero denunciar a los unicornios.

Si el que me está atendiendo es un unicornio. El problema con estos seres es que están involucrados en todos lados, cuando vas al banco, cuando recibís un aumento, cuando querés expresarte, están siempre, menos cuando te morís de hambre...

Es un total hartazgo, ¡te espían hasta cuando vas al baño...! Y lo estoy diciendo muy seriamente.

Una vez me alcanzaron el papel higiénico, y tuve que publicar en todas las redes sociales:

—*¡Muchísimas gracias! Odio a las yeguas y a los cabellos, voten por los unicornios porque si lo hacen nunca les va a faltar papel higiénico. ¡Son el futuro de este país!*

Me llevé una sorpresa inmensa al verles las etiquetas, resulta que son unos mentirosos, y sólo se trata de disfraces. Debe ser que el de unicornios estaba en oferta, si los trajes de hadas estuvieran más baratos la historia sería otra... En realidad sería la misma pero, en este caso, los políticos tendrían baritas.

ANTONELLA CORALLO BAO

Argentina

Instagram: [Mil\\_rosass](#)



NUNCA NADIE

ME CREE

SALVADOR MONTEDIABLO

**M**e encontraba en el banco, cuando de repente que llegan unos asaltantes a robar tanto a las señoritas cajeras, como a los pobres clientes, me quitaron mi celular y la cartera, cuando llegué a casa no me creyeron y me acusaron de vender el celular y de gastar lo poco que iba a depositar en caguamas y en las damas de la esquina con poca ropa que se ponían cuando la noche borracha comenzaba a cantar, según ellas me habían visto ahí unas vecinas, le dije a mi ama que no cierto, que me creyera, me dijo que ni madres, que ahora tenía que trabajar, para pagar ese celular que ni era mío, que era de mi tío del. No madre, no me haga esto, tiene que creerme, mañana va a salir en el periódico, le dije, ándale pues que no me creyó y me mandó a trabajar ese mismísimo día al rancho, donde me pusieron a darle de comer a los cerdos, en una de esas que a un cochino se le atora una piedra y se pone a dar de patas, en una de esas patadas que rompe el seguro de la puerta y que se escapan todos los diez marranos que estaban ahí, fui corriendo y le dije a mi tío dueño de los animales lo que había pasado, ándale que no me creyó ni madres y me mando a buscarlos a todos, a mi solito, entre todo el monte, entre todas las casas de adobe, entre todos los surcos sus chingados diez cochinos, al primero lo encontré ahí casi por la puerta, fue el que se tragó la piedra y se murió, llevaba uno. Fui caminando preguntándole a la gente que si no habían visto los marranos de mi tío, ellos negaban sospechosamente haber visto a los pobres marranos, seguí mi camino hasta que llegué a una tienda donde entre por un refresco, no me vas a creer pero escuché a uno de los cochinos, entonces que le pregunté que si no había visto algún cochino extraviado al señor de la tienda, el cual dijo tajantemente que no, se volvió a escuchar el cochino que con la trompa olía y con el hocico gruñía, le dije que me diera el cochino, el señor se ofendió, me dijo alburero y me sacó de la tienda, cayendo sobre la tierra suelta y caliente. Apenas me estaba quitando el polvo de los pantalones cuando veo a un par corriendo a lo lejos debajo de la sombra de un pirul enorme, fui enseguida, eran dos, y sí, eran de mi tío, pero no podía atrapar ambos, así que me decidí ir por el más gordo que corrió y corrió hasta que llegamos a la hacienda abandonada, ahí, entre el chiflido del viendo me encontré solo, en un lugar

que parecía expandirse o sería que yo me hacía más chiquito, el marrano ni sus luces, ya me iba pero que me hablan, era una señora, muy arrugada de la cara y con ropas holgadas, que me habla y voy, que me pregunta, ¿qué andas buscando muchacho?, unos marranos que se me perdieron, le dije, no me había dado cuenta que empezaba a oscurecer, aquí no hay nada, vete, que me dice, pero muy enojada, emanaba mala vibra la señora, no ni madres, por aquí pasó un cochino, ya démelo, aquí son bien rateros, la señora me dio la espalda y se fue soltando unas carcajadas que me helaron la sangre, no podía caminar, las piernas me temblaron, puesto que, en cuanto la señora desapareció vi que una bola de fuego se elevaba, se iba, de arriba a abajo, hasta que se convirtió en un puntito brillante que se perdió en la noche, fui corriendo a la casa de mi tío, que ya había recuperado cuatro cochinos, le conté lo de la señora esa, que yo creía que era una bruja, no me creyó y me acusó de andar de flojo y no haber buscado los cochinos que dejé ir, me dijo, mañana mismo te regresas a tu pinche pueblo, aquí nomás no. Al día siguiente cuando me bajé del camión me encontré con una cartera, tenía lo que valía el celular más lo que me habían robado, no tenía identificación, si no claro que la regresaba, corrí a casa contento, casi lloraba me cae, mi madre estaba viendo la tele y llegué, pateé al gato de la casa y plantándome entre la televisión y la mirada de mi madre que se perdía un poco entre el cristal de sus lentes le dije casi gritando, ama, un milagro, mira, le enseñé la cartera con el dinero y de inmediato me soltó un sape que de seguro se escuchó en toda la cuadra, ahorita mismo regresas esa cartera, aquí no criamos ladrones, y por más que le platiqué que me la encontré no me creyó, nunca nadie me cree ni madres y ya no les platíco más, porque ustedes tampoco me van a creer.

**SALVADOR MONTEDIABLO**

México

Facebook: <https://www.facebook.com/salvador.montediablo.96/>





# INUNDACIÓN

JOSÉ A. GARCÍA

C ontemplaban la ciudad desde las alturas del penthouse de un rascacielos. Las calles se habían vuelto ríos turbulentos de agua cargada de tierra, barro, árboles desprendidos, cadáveres en diferentes grados de descomposición y restos de objetos tan disímiles como fácilmente identificables —el techo de un auto, toldos de comercios, vestidos de casamiento sin uso, televisores de pantalla megaplana—, todo lo que se encontraba por debajo del décimo piso había desaparecido envuelto en la bruma y el olor nauseabundo que se elevaba poco a poco.

Antes de que las interminables lluvias de uno y otro lado de las montañas se hubieran sumado a las décadas de desmontes y erosión del suelo, allí donde el asfalto no logró cubrir lo que hubiera debajo para que el polvo no molestara a las personas que pagaban una pequeña fortuna por un trozo de suelo donde vivir, fue una ciudad como el resto de las ciudades. Los ambientalistas y los ecologistas de ocasión habían lanzado sus advertencias ante lo que podía suceder, pero de entre los pocos que algo habían escuchado, nadie las tuvo realmente en cuenta. Aquellos no eran tiempos para precavidos.

La época de las lluvias comenzó y cada uno continuó con sus actividades como si nada sucediera, como si los meses no pasaran y las lluvias siguieran sin más. La inundación de la ciudad dejaba de ser una hipótesis para volverse una realidad, pero la mayor parte de las personas creían que si nada hacían para prepararse, si no tomaban ningún recaudo, si fingían que nada sucedía, la realidad no tendría poder sobre ellos. Por eso fueron los primeros en morir.

Rápidamente desaparecieron las calles y las aceras, le siguieron luego los primeros tres pisos de todos los edificios; si tenías suerte, tus amigos y conocidos que vivían allí dormían cuando llegaron las aguas y de nada se enteraron. Sino tenías suerte de seguro eras uno de ellos.

Y el agua, el agua, el agua no se detuvo. Podías ignorarla, pero ella no hacía lo mismo contigo.

Pasaron días, meses, el agua se estancó a la altura del décimo piso. Los que podían, los que tenían cómo, se iban, abandonaban la ciudad; el resto se quedaba

para reconocer día a día el nuevo paisaje entre los edificios que se derrumbaban durante la noche y el interminable y despejado cielo desde las lejanas montañas hasta el desaparecido e inútil puerto del otro lado. Alguien recordó que la ciudad se levantó en medio del cauce casi seco de un río que corría entubado debajo de ella, por lo que el agua reclamaba lo que era suyo, lo que le pertenecía. Nadie volvió a escuchar a ese alguien.

Si podías sustraerte de la tragedia que te rodeaba, y que podía alcanzarte en cualquier momento, el paisaje contemplado desde la altura tenía su encanto. Hacerlo con ropa seca y sin olor a humedad, una bebida caliente en las manos y provisiones para el resto de la semana, también sumaban a favor.

—Cuánta agua —dijo la muchacha para romper el interminable silencio.

—Eso porque no estuviste en la inundación del 34. Esa sí que era agua, mucho más que esta —dijo el hombre abarcando con un ademán de sus manos la ciudad—. Agua limpia, clara, que no apesta como la de ahora. Este es el hedor de la pobreza que ocupó la mayor parte de la ciudad sin que nadie hiciera nada para evitarlo.

—Nací en el 42 —respondió la muchacha como si debiera excusarse por no conocer la historia de la ciudad y sintiéndose, de pronto, tan fuera de lugar allí, con ese hombre como única compañía.

—Por eso te digo que no estuviste. Todo era diferente —el edificio tembló como venía haciéndolo desde el amanecer, la muchacha se aferró al brazo del hombre pero este la alejó empujándola con una mano—. No tengas miedo. Los cimientos de este edificio nunca se verán afectados por el agua. Me aseguré que así lo fueran cuando lo hice construir. La inundación del 34 me dio los conocimientos necesarios para hacerlo de esa manera. Si el resto —señaló los otros edificios—, no siguió mis ideas, peor para ellos.

—Pero no deja de temblar.

—Debe de haberse caído algún otro edificio y eso hizo temblar el barro debajo de nosotros. Cuanto todo se termine de caer nosotros seguiremos en pie, los demás se habrán ido y la ciudad volverá a crecer. Ya lo verás.

La muchacha se esforzó en creerle, pero los temblores cada vez más seguidos, fuertes y cercanos se lo dificultaban.

—Sí —exclamó el hombre sobresaltándola—. La del 34 fue una gran inundación, una que valía la pena haber visto. No como esta. Esto es un juego de niños —dijo levantado la mano antes de cerrarla como si quisiera atrapar al sol que se reflejaba en el agua.

Cada día que pasaba se volvía más difícil creer que allí abajo, alguna vez, había habido algo parecido a una ciudad.

JOSÉ A. GARCÍA

Argentina

Página WEB : [www.proyectoazucar.com.ar](http://www.proyectoazucar.com.ar)



# EL CUADERNO

GRACIELA MATRAJT

“...una carta de amor puede enviarse  
desde un altozano o desde una mazmorra  
desde la exaltación o desde el duelo  
pero no hay caso / siempre  
será tan sólo un calco  
una copia frugal del sentimiento...”  
Mario Benedetti, en “Sobre cartas de amor”

Pasó frente a la terraza del café donde yo estaba sentada tomando un té y disfrutando del sol de la tarde. Llevaba un morral, de lo que parecía ser cuero, cruzado sobre el pecho y el hombro izquierdo. Caminaba sin prisa, pero con pasos grandes y decididos, hacia un banco que se hallaba a unos metros de donde yo me encontraba. El viento movía su oscura cabellera larga, ondulada y espesa que caía sobre su frente y bloqueaba la mitad de su cara. A pesar de que el banco se ubicaba sobre el malecón frente al mar, la vista resultaba poco inspiradora: el tiempo era gris, melancólico, triste.

Yo lo seguí con la mirada y me sorprendió ver que, después de sentarse, extrajo de su morral un cuaderno en vez de un celular. En efecto, en estos días donde la tecnología ha reemplazado hasta a los amigos, un cuaderno se ha vuelto un objeto de museo y quienes lo usan son en general personas del siglo pasado, esas que ya empiezan a tener canas. Como él se veía joven, en definitiva menor que yo, pensé que acaso era un artista que venía a pintar. Y fue ahí cuando me sorprendió de nuevo, porque, contrariamente a mis conjeturas, este hombre no se puso a dibujar. No, había sacado un bolígrafo y empezaba a escribir.

Por un largo rato no hizo más que eso. Su pluma se deslizaba rápidamente sobre las hojas del cuaderno y plasmaba decenas de palabras. Y yo, mientras lo observaba y sorbía despacio mi té, me preguntaba sobre qué estaría escribiendo, o a quién.

Mi elucubración me arrastraba a los rincones más recónditos de mi imaginación. Empecé a especular si sería una carta de amor o de despedida. Un cuento o un poema. Una canción o un guión. La curiosidad se había apoderado de mí; sin embargo, no encontraba el valor, ni la excusa, para ir a sentarme junto a él y entablar una conversación para averiguarlo.

Seguí contemplándolo desde mi silla, imaginando cosas sobre su vida, su personalidad, lo que tendríamos en común. Porque, como él, yo también poseo un bolso de cuero, que siempre llevo al hombro cruzado sobre el pecho y donde guardo un cuaderno en el que escribo cuando me topo con algo que me inspira. Y como él, mi cabello también es largo, negro y rizado, aunque con algunas canas porque yo sí nací en el siglo pasado, no lo niego.

Escribir en un cuaderno estos días es tan arcaico como usar máquina de escribir. Si él hubiera sacado una de esas, todo el mundo se habría volteado a ver quién hacía tan extraño ruido con las teclas; pero como el movimiento de la pluma sobre el cuaderno era inaudible, nadie le puso atención; salvo yo.

Casi espiándolo, comencé a teorizar sobre el contenido de sus líneas. Si se trataba de una carta, ¿sería de amor? Estará enamorado, pensé. Quizás escribe una carta nostálgica para un amor esfumado, una relación rota que dejó de existir.

Solo podía verlo de perfil y no alcanzaba a distinguir la expresión en su rostro, algo que me permitiera deducir su estado de ánimo. Además, su barba tupida cubría mucho de su semblante y no me dejaba ver si su boca dibujaba alguna expresión de alegría o dolor.

Más que una epístola de amor, podría ser de reconciliación, para enmendar una reciente pelea con su pareja, teorice. O una misiva amistosa para un amigo o un familiar lejano con poco acceso a la tecnología o que, sencillamente, ignora cómo usarla. Alguien del siglo pasado que creció usando papel para dar noticias. ¿Su madre? ¿Su abuelo? No. Mi escritor no parecía tan joven; tendría unos cuarenta años. Probablemente carecía de abuelos.

La especulación tomó rienda suelta de nuevo en mi cabeza. ¿Será casado, soltero, divorciado? Tal vez se esté separando y la carta sea un intento de rescatar la relación. Me pregunté si no sería una misiva para recuperar una amistad perdida en el olvido del tiempo. O para reparar un malentendido que dio lugar a un alejamiento.

¿Estará triste, deprimido, desilusionado? En ese caso, quizá no es por un amor perdido, sino más bien por el amor aún no encontrado. Podría ser que se



siente afligido por estar solo, a la búsqueda de su alma gemela.

A lo mejor sale de una larga y conflictiva relación y se siente aliviado y dispuesto a disfrutar toda esa libertad que tiene por delante. Pero entonces, ¿lo angustiará envejecer en soledad, sin alguien con quien compartir la segunda parte de su vida? No. No parece preocupado. Se ve tranquilo, incluso sonriente. Sí, ahora que ha hecho una pausa y ha levantado la cabeza, puedo vislumbrar a través de los mechones de su pelo una sonrisa que tímidamente se dibuja entre la comisura de sus labios, en ese rostro que momentos antes parecía tan concentrado sobre el cuaderno.

¿Tendrá hijos? ¿Querrá tenerlos? Si los tuvo siendo muy joven, entonces ya son grandes y tal vez le escribe a alguno de ellos. ¿Y si no fuera una epístola? Me pregunto cuál será su profesión. A lo mejor es escritor y está escribiendo un poema, un cuento, una novela o un guión.

Permanecí un rato largo bajo el sol espiando a mi escritor, imaginando su historia. De repente advertí que, al tiempo que se levantaba, sobre su faz aparecía, ahora claramente, abriéndose paso entre los mechones de cabello, una bella sonrisa enmarcada en la espesa barba que rodeaba su boca. Y, metiendo el cuaderno en su morral, se alejó sobre el malecón hacia el lado opuesto de donde yo estaba sentada.

Ese hombre alto y delgado como una espiga, cuya cara nunca logré ver del todo, y del que no sabía realmente nada, se esfumaba de mi vista sin saber que se llevaba consigo la chispa de mi imaginación, la que él, sin saberlo, había echado a volar en la última hora de mi vida.

Y para retener permanentemente esa fugaz fantasía, extraje mi cuaderno de mi bolso: espiarlo me había inspirado a escribir un cuento sobre él. Pero, al abrirlo, descubrí perpleja un mensaje escrito con una letra que no era la mía. Desconcertada, lo leí:

“Hola:

Soy el hombre barbudo, alto y con el cabello largo y ondulado que se halla sentado en el banco sobre el malecón, frente al café desde donde tú me has estado observando. Soy el que escribe en un cuaderno, al que no te atreves a acercarte a

conocer. Sé que tienes curiosidad sobre lo que escribo; quién y cómo soy. Te preguntas si estoy enamorado, si tengo nostalgia o miedo a estar solo; si me angustia no haber encontrado mi alma gemela. Ahora soy parte de tu historia, la que querías escribir. Vamos a encontrarnos y escribirla juntos. Tomemos un café; conozcámonos. ¿Qué te parece mañana, en la misma mesa donde te encuentras sentada en este instante con vista al malecón?”

**GRACIELA MATRAJT**

México

Página WEB: <https://sites.google.com/site/gracielamatrajt/home>



EN UN  
BALDECITO,  
EL MAR  
MARÍA DEL CARMEN  
RAMACCIOTTI

El cangrejo lo observaba escondido detrás de la piedra. El pequeño no había reparado en su presencia y cuando volvía a pasar por su lado, se ocultaba en la arena y sólo se le veían los ojos.

El niño iba y venía con su baldecito de plástico lleno de agua, lo volcaba en esa pileta fabricada todos los días, junto al castillo de arena cuando bajaba la marea, y que el mar destruía sistemáticamente cada noche. Todo recomenzaba. El cangrejito sujeto a la piedra que lo protegía de los embates de las olas, el niño yendo y viniendo con su balde, la pileta, el castillo. Monotonía pura con un ritmo inalterable.

Pasaron días y meses y años. El anciano nunca descubrió al cangrejo detrás de la piedra. La casa al lado del mar se volvió oscura y desvencijada. La soledad fue grande. Las mareas seguían subiendo y bajando aunque sin sentido, porque no había pileta ni castillo que arrasar. Un día llevaron al viejo de aquel sitio y no regresó. Entonces el mar se retiró definitivamente.

La orilla  
Desanda el tiempo,  
el cangrejo sabía el final,  
el niño sólo el comienzo.  
La monotonía del ir y venir,  
del subir y bajar.  
Marea que embiste y remite.  
Castillo y pileta.  
Niñez de arena y pala.  
Vejez de olvido y abandono.

MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI  
Argentina



# EL TECOLOTL

CÉSAR AUGUSTO  
JIMÉNEZ CUENCA



ntes de dormir, mi ego poco a poco se despoja de sus vanidades, ambiciones, tristezas, placeres... mi corazón disminuye sus latidos, el cerebro se aquieta expulsando los últimos temores...

Parece que ahora tendré un sueño reparador. pero, pasan los minutos y observo que mis sueños caen rotos en mil pedazos, frases que nunca verán la luz, palabras huecas taladrando mis oídos que me niego a escribir, sueños que presagian desgracia, me miro en la miseria y, pidiendo limosna en alguna esquina, despierto y todo vuelve a la calma. Pasado un instante, el constructor de sueños vuelve a la carga... ¡Kriacc! ¡kriacc! ahora es un enigmático Tecolotl blanco que desde el alféizar de la ventana me canta una rara historia, ¡kriacc! ¡kriacc! sus grandes ojos amarillos mirándome fijamente imploran un poco de atención, entonces, me incorporo como un autómatas, cojo papel, lápiz y de manera frenética mis dedos trazan las siguientes líneas: corría el año de 1456 aquí, en Tlalpizahuac, (aún no se llamaba así). yo era un tierno muchacho de apenas trece años, ojos negros, pelos lacios, delgado, de nombre Acatl (carrizo) que correteaba libre por el bosque en compañía de mi padre Axayacatl (rostro de agua) somos la llamada raza de bronce, del poderoso señor Moctezuma. Sin embargo, un día, el brujo de la tribu nos señaló a dos amigos; Atlacatl (marinero) de quince años, Coscaapa (agua de piedras preciosas) y a mí. Fuimos elegidos para el próximo sacrificio en honor a Huichilopoztli (dios del sol) que se llevaría a cabo en una semana. Te ahorraré todos los detalles que siguieron previos al evento, lo cierto es que a medida que se acercaba la fecha 20 de marzo a las seis de la tarde mi seguridad había disminuido, empezaba a tener miedo. Atlacatl se mostraba nervioso y Coscaapa, una hermosa criatura, de apenas doce años, ojos cafés, cabello café castaño, dientes blanquísimos, rostro delicado, hermosa, con quien un día me imagine teniendo hijos y viviendo por siempre... Era la más tranquila, fiel a las costumbres de nuestro pueblo, creía que, en efecto, nuestros corazones serían alimento de nuestro Dios, asegurando la luz del sol por siempre. El día señalado llegó, todo sucedió con increíble rapidez, a pesar de que la tarde estaba preciosa, sin nubes en el cielo, la brisa soplaba suavemente, el sol se parecía un enorme plato anaranjado que de un momento a otro





moriría por el poniente... Antes de que ello ocurriera, el primero que perdió la vida a manos del brujo fue Atlacatl, éste yacía a un costado de la piedra de sacrificio, excepto su corazón que ya era devorado por los señores de la tribu como lo establecía nuestro ritual. El siguiente era yo, en medio de cánticos fui atado sobre la gran piedra circular, estaba paralizado por el miedo, el Nahualli (brujo) se acercó con cuchillo en mano, murmurando su plegaria, elevó su mano derecha y mientras la gente del pueblo cantaba con gran devoción: “Poderoso señor Huichilopoztli, te ofrecemos en prenda a esta alma pura, para que nunca se extinga tu luz, que siempre reine la paz y la abundancia”. Al terminar la oración el brujo descargó el golpe sobre mi pecho, sentí un agudo dolor en la tetilla derecha, el cuchillo bajó hacia mi abdomen, entonces no soporté más y perdí el conocimiento, después, se detuvo el tiempo... Creí que era mi fin, sin embargo, Yoliztli (Aliento de Vida) tenía otros planes para mí... Cuando desperté me encontré en medio de un torbellino de fuego, súbitamente salí proyectado hacia arriba y... ¡Con asombro observo que vuelo por el aire! Ahora soy un ave, soy un Tecolotl, miro mis grandes alas blancas, mis garras afiladas, tengo el cuerpo emplumado y la cabeza pequeña, además una visión fantástica... No solo cambié en la forma, sino también aprendí que ningún dios ¡merece un sacrificio humano! Observé hacia el oriente, los majestuosos volcanes, Iztlacihuatl y Popocatepetl lucían en sus picos la nieve del invierno, un lago cercano reflejaba la extensa vegetación sobre la cual correteaban los Tochtlis (conejos) y otros animalitos del campo. El murmullo de la gente me hizo enfocar la mirada hacia la explanada, Axayacatl, mi padre, lloraba inconsolable por la pérdida de su hijo. Coscaapa, la siguiente en ser ejecutada era conducida a la piedra circular, por su propio pie avanzó erguida y convencida de que era lo correcto. Con la ayuda del Nahualli fue recostada boca arriba, con la cabeza apuntando hacia el oeste, la gente seguía atenta al sacrificio principal, la estrella de la tarde hizo su aparición, la luna temerosa no quiso ser testigo, un ligero temblor recorría su cuerpo virginal. Coscaapa se estremeció, la túnica amarilla abierta hasta la cintura dejaba ver sus pequeños pechos morenos como la canela y erectos los pezones de frío y miedo. El cántico nuevamente apareció, primero en suave murmullo hasta hacerse cada vez



más fuerte exigiendo el desenlace... El hechicero contempló a la gente que embrutecida por el pulque y el peyote, quería sangre, carne y vísceras... Se volvió a su víctima que con los ojos semicerrados parecía resignarse a su suerte, el rostro hermoso en condiciones normales parecía cansado a punto de colapsar, el verdugo al darse cuenta de ello pasó a la acción y, levantando los brazos, acalló a la muchedumbre, se hizo un silencio expectante, entonces el Nahualli murmuró el canto final. “Señor Huichilopotztli te ofrecemos a esta joven jamás tocada por hombre alguno”. Mientras repetía la oración con su mano izquierda recorría los senos de la chica deteniéndose en el pezón derecho, que seguía erecto, jugueteó unos segundos con él. Finalmente con su dedo índice trazó una línea imaginaria iniciando en el pecho, bajando hacia el ombligo y cruzando de izquierda a derecha con el propósito de una vez abierta la herida facilitar la entrada de la mano y arrancar literalmente el Yolotz (corazón). Fue lo último que soporté, ciego de ira me arrojé desde las alturas, volé en picada, ignoro como lo hice, pero tenía una idea fija en mi pequeña cabeza y la vista en un solo objetivo. El Nahualli se preparaba para descargar el golpe final, la hoja de obsidiana brilló en la extinta tarde, el sol finalmente se ocultó tras las montañas, ¡kriacc! ¡kriacc! grite con todas mis fuerzas, la gente se extrañó de mi presencia, pues el Tecolotl es un ave de inframundo, un mal presagio... El hechicero levantó la vista, ese fue su error, ¡kriacc! ¡kriacc! Seguí gritando y con mis garras por delante ¡choque brutalmente contra sus ojos! oprimiendo con fuerza, el brujo con cuchillo en mano, en un autoreflejo lanzó un manotazo a ciegas, caí herido en el cesto donde se encontraba mi cuerpo humano, y nuevamente perdí el sentido... Cuando desperté, Axayacatl, mi padre humano me había rescatado y curó las heridas, no permitió que me sacrificaran (nuevamente). Más tarde, me enteré con alegría, que Coscaapa seguía viva ya que el consejo de ancianos decidió suspender los sacrificios, pues el brujo quedó ciego, y se tomó como una señal de los dioses. No habría pues, más sangre. Al final Coscaapa, mi padre y yo, un Tecolotl, corríamos y volábamos por el campo completamente libres...

Se hizo un suave silencio, el ave de inframundo concluyó su relato e hizo

una pausa, terminé de escribir, el Búho mejicano dejó escapar un suspiro, me miró por última vez y después levantó el vuelo perdiéndose en las sombras de la noche... ¡kriacc! ¡kriacc! —gracias Darío le escuché decir a lo lejos. Me quedé perplejo, esa idea rondaba mi cabeza desde hacía tiempo. Creo que el Aprendiz de médium (Darío) está de regreso. Pasada la medianoche de este frío enero del 2013, finalmente, con la paz reflejada en mi cara, quedé profundamente dormido.

**CÉSAR AUGUSTO JIMÉNEZ CUENCA**  
México

Blog: <https://aprendizdemediu.blogspot.com/>



# PAULA

## LAURA TREMARI

**I**ntenta encontrar las palabras para explicarle por qué es imposible continuar por ese camino.

Sin embargo, reflexiona unos segundos, y desiste, porque sabe que no la escuchará. Nunca lo hace.

Paula conoció a Marcos hace ya algunos años.

Al verlo la primera vez sintió que su corazón se aceleraba, y todas esas historias de amor que escuchó desde pequeña, se le cayeron encima cual lluvia torrencial, empapándola de ilusión y romanticismo.

¿Y si finalmente había encontrado a su alma gemela?

Al principio sintió que se encontraba viviendo una gran historia de amor.

Sin embargo, pasado un tiempo las cosas no eran tan simples. Ni tan románticas. Ni tan amorosas. Ni Marcos era un príncipe. Ni ella era feliz.

Se sentía sola. Vacía. Golpeada de muchas maneras. Y extrañaba a su familia, de quién se había alejado por vergüenza de tener que explicarles por lo que estaba pasando.

Sabía que era una cuestión de tiempo para que todo termine. Solo esperaba no salir más lastimada.

Siendo sus vacaciones de verano, Marcos resolvió realizar un viaje en familia. Aunque Paula no se encontraba con ánimo de hacerlo, guardó silencio y aceptó.

En la ruta él se dió cuenta que no estaban llegando en el tiempo que había calculado y decidió cambiar el camino, creyendo que ese cambio sería ideal para lograr su objetivo.

Paula rápidamente notó que no iban a llegar ni a tiempo, ni al lugar que Marcos planificó.

El camino nunca debió ser ese. Nunca.

Y sucedió lo que ella temía... Estaban perdidos.

Perdidos, ella en silencio y él gritando. Enojado. Golpeando. Luego llorando. Y disculpándose.

Perdidos en una nada.

Perdida ella, en silencio.

Perdido él, negando la situación.

Completamente perdidos.

Paula se desprendió el cinturón de seguridad, bajó del auto y empezó a caminar, ignorando que Marcos no dejaba de insultar y suplicar...

Ya era hora de hacer su propio camino.

**LAURA TREMARI**

Argentina

Instagram: [@cuentos.breves](https://www.instagram.com/cuentos.breves)



**LOS DESTERRADOS**  
**EN LA ISLA A**  
**LA DERIVA**  
**CARMEN TOMAS**

Una vez a la semana les visito para ver cómo están, cómo se las apañan los desterrados en la isla a la deriva. Les arrojamamos cajas de madera con el agua y los víveres necesarios y observamos impotentes el espectáculo lamentable que nos ofrecen. Se pelean por una lata de conserva, por una manzana o por quedárselo todo uno solo. No sirvió de nada aumentar el suministro, siguen con sus luchas encarnizadas por la comida o por lo que sea. Se organizan formando grupos que se enfrentan el día del reparto, los grupos y sus cabecillas van cambiando, en cada recuento falta alguno, seguramente se deshacen de los cuerpos lanzándolos al mar por cualquier alcantilado.

Tenemos terminantemente prohibido comunicarnos con ellos, bajo ningún concepto, ni siquiera si enferman, en ese caso se monta un dispositivo y se aleja a los pacientes del resto. Los sanitarios que les atienden llevan auriculares con música muy alta que les impide escucharles, ellos no cesan de hablar y de hablar pero es en vano, no les oyen. Aislamos al enfermo hasta que sana, de no ser así desaparecería la medicación y hasta el enfermo.

No sé si será porque se aburren fácilmente o sencillamente porque les encanta, la cuestión es que no paran de practicar sexo, a ser posible no consentido. Las violaciones grupales se consumirían de continuo si no lo impidiésemos con el gas adormecedor. Hasta la fecha hemos trasladado de la isla a los bebés que han engendrado, quién sabe lo que serían capaces de hacerles. Un grupo de entendidos estudia la posibilidad de esterilizar a los desterrados, principalmente valoran el dilema moral que supone adoptar una medida tan drástica.

Les proponemos diversas actividades con el fin de mantenerlos distraídos. Los proyectores no tuvieron éxito, no les gusta el cine, solo la pornografía dura o las escenas de violencia explícita, no quieren saber nada de las películas que les ofrecemos. Tampoco mostraron interés por aprender ningún oficio, eso sí, devoran los libros, da gusto verlos adquirir conocimiento, nunca tienen bastante,



seguramente por aquello de que la información es poder. Además contamos con más de un artista en la isla, no son muchos pero lo hacen fenomenal, sobretodo les encanta interpretar, hay que reconocer que son unos actores magníficos.

Últimamente noto que me estoy encariñando con ellos, hasta los identifico por sus respectivos nombres, me enternecen tanto sus miraditas de cordero degollado. Me escogieron para este trabajo porque disfruto ayudando, desde que tengo uso de razón no hay nada que me produzca más placer que favorecer a los demás. Hubo un tiempo en que me sentí culpable por este rasgo tan marcado de mi personalidad, me siento poderoso cada vez que favorezco a alguien. La psicóloga me explicó que este tipo de poder que yo busco es muy positivo, que debo explotarlo sin complejos, siempre y cuando no se me olvide cuidar de mí mismo en primer lugar.

Son escasos los que quieren desempeñar este trabajo, por eso está tan bien remunerado, pero yo no lo hago por dinero si no por esa sensación orgiástica que me produce apoyar al prójimo, pero soy consciente de que, de un tiempo a esta parte, no guardo las distancias de seguridad, me arriesgo a caer en una de esas trampas de tela de araña que se les da tan bien tejer.

Comprendo y acato la decisión del comité de la isla. Van a darme unas vacaciones, quieren que me aleje de todo esto por un tiempo, aprovecharé para asistir a las clases del centro formativo, tengo que recuperar la perspectiva, volver a estudiar la época en que los científicos inventaron el detector de psicópatas y se solucionaron los grandes males que aquejaban a la humanidad. Una vez identificados se les desterró en la isla a la deriva para evitar que se dedicasen a lo que mejor saben hacer, destruir. Únicamente se libran del destierro aquellos individuos que resultan útiles a la sociedad, los que gracias a su falta de emotividad ejercen profesiones que requieren sangre fría, eso sí, se les vigila de cerca a fin de impedir que manipulen a sus familiares y amigos. Tengo que volver a recordar que aunque el planeta tierra diste de ser un lugar perfecto, con ellos fuera de juego ha mejorado

una barbaridad, dónde va a parar.

**CARMEN TOMAS**  
España



**DAENARYS:  
DIOSA DE LA  
DESTRUCCIÓN**  
ADRIANA RODRÍGUEZ

**L**os rayos del sol de la mañana entraban por la ventana, la cortina ondeaba al paso del viento fresco de abril; me dirigí a la puerta, seguido de que un golpeteo insistente anunciará el aviso de la llegada de una visita, por costumbre anuncie mi proximidad, ante tal insistencia:

—¡Ya voy, ya voy!

Después de apresurar el paso, me acerque a la puerta principal, extendiendo la mano hacia la perilla, al abrir, me encontré con una mujer de extrema belleza. A pesar de su mediana edad, tenía la frescura en el rostro, su pelo rubio caía sobre sus hombros simulando una cascada, su piel clara avivaba el color azul intenso de sus ojos, que irritaba las pupilas que los miraban, de lo brillantes que refulgían. La luz del día iluminaba la silueta de su cuerpo, nunca había visto un ángel, pero aquella mujer, parecía uno, le salude

—¡Buenos días! —me quedé un instante esperando su respuesta, pero no hubo, ella me miró tiernamente y me sonrió, rompiendo completamente la armonía de aquel panorama, sus dientes verdosos, algunos rotos, otros craquelados, cubiertos con sarro negro y rastros de lo que parecía ser... sangre; me asombró, sus ojos azules comenzaron a tomar tintes con destellos rojos y amarillos, su brillo se opacó, su rostro empezó a envejecer en segundos, la mujer transmutó frente a mis ojos, su cuello comenzó a estirarse hasta tocar el techado, mientras su cuerpo seguido de múltiples fracturas iban tronando cada hueso, rompiendo la piel, dando paso a un par de brazos y piernas extra, sus manos sin dedos, eran cuchillas afiladas y unas garras le brotaron del pecho, todo fue tan rápido. Cuando reaccione, intente cerrar la puerta de golpe, pero la mujer azotaba su cuerpo contra la entrada, empuje con el peso de mi cuerpo hasta que logré cerrarla, puse todas las trancas, creí estar a salvo, descansando de espaldas sobre el acceso bloqueado, de pronto por la ventana próxima que estaba abierta, introdujo una de sus garras, me alcanzó sujetándome por el hombro, me giré para soltarme, pero me tomó del brazo, una extensión de su cuerpo surgió por la garganta mientras hacia un sonido gorgoteante, era como un tentáculo, que de inmediato me rodeó por la cintura jalándome hacia ella, con una

voz ronca que hablaba entre siseos —Daenarys... Daenarys...—no dejaba de repetirlo; me olfateaba mientras sonreía, abriendo su boca, mostrando su aliento podrido, de entre sus dientes le brotaba una segunda hilera incisiva que parecían una sierra, una lengua con protuberancias salía estirándose hacia a mí, me lamió el cuello, pasando su lengua por mi cara, estaba pegajosa, la baba me cubrió el rostro, escurría por mis labios, cuando una fuerza ajena me arrebató de sus garras, arrojándome hacia el centro de la habitación; la mujer chirriaba como bicho, se retorció intentando pasar entre las rejas para alcanzarme, pasaba sus garras por la ventana causando sonidos irritantes que lastimaban mis oídos, de pronto y de la nada un viento recio cerró la ventana con fuerza, cortando la extremidad que aún tenía dentro, cayó al suelo, como cola de lagartija, latigueaba aún con vida hasta que después de un par de segundos empezó a pudrirse en el acto, un olor a azufre inundó la habitación, mientras una baba verdosa deshacía los restos, emanando un humo verde y violeta, comenzó a oscurecer afuera, un sonido urajeante se escuchaba acercarse, aleteos intensos golpeando contra la puerta, un conjunto de chillidos, bramidos y lamentos se escuchaban en el exterior, el temor se apoderó de mí, lo único que pude hacer fue apretar los ojos con fuerza esperando lo peor, sentí un golpe intenso en el pecho que me empujó, haciéndome caer en una oscuridad intensa, pensé que era mi fin y desperté.

**ADRIANA RODRÍGUEZ**

México

Facebook: <https://m.facebook.com/HartistaAdrianaRdz>



**LA INCREÍBLE  
ELECCIÓN DEL  
SEÑOR CIFUENTES**  
JOSÉ LUIS VELARDE



**L**a familia Cifuentes y la mía eran muy parecidas. Cuando nació los Cifuentes y los Fuentes llevaban cuatro años de compartir un departamento de los llamados *dúplex* en la década de los sesenta. Un muro de doce metros de largo separaba las pequeñas casas replicadas con rigor de clase baja y financiamiento de doscientos cuarenta meses como alquiler interminable multiplicado en un espejo por los retrasos en cubrir los pagos. El día de mi bautizo nació Bernardo Cifuentes Fernández como si fuera necesario combinar mi nombre de pila con el extraño azar de los apellidos. En cuanto crecimos un poco arribaron las burlas. Yo Bernardo Fuentes Hernández y mi *alter ego* localizable a escasa distancia. Además nuestras familias no eran de las destinadas a mejorar los ingresos.

Maldición, destino o miseria primigenia.

Mi relato es predecible. Horas y días de convivencias familiares. Amistad infantil obligatoria. Misma escuela, mismos maestros y todo repetido como el maldito departamento *dúplex*. Claro que en un principio mi molestia se limitaba a las cantaletas referidas a nuestras semejanzas reales y las impuestas por los uniformes escolares y el corte de pelo. Odié que cualquier imbécil nos llamara *hermanos*. No tanto por las facciones sino por las siluetas flacuchas y enfermizas que nos caracterizaron hasta los catorce años. Época en que ambos alcanzamos el uno ochenta junto con habilidades para jugar fútbol que nadie imaginaba.

Tres años después hicimos campeón al equipo del instituto. El entrenador se limitaba a decir:

—Manténganse en la línea de la media cancha. Hagan lo que quieran, pero no la caguen.

Nuestro equipo siguió encajando un promedio de tres goles por encuentro, pero los ahora *Mellizos* se volvieron legendarios al superar las desventajas con anotaciones a granel. Conseguimos el campeonato tras una racha de veinticuatro partidos invictos y veintitrés triunfos. Sólo un empate arruinó la marca perfecta, por un error defensivo cometido en el último minuto.

Un tío avisado del barrio nos llevó del potrero a las categorías inferiores



del Marte Fútbol Club. De un juego para otro nos alinearon con los mayores y dimos cátedra. Los pedos surgieron estrepitosos cuando el director técnico declaró, como si lo supiera todo, que los Fuentes - Cifuentes no quitaban un balón. Nos llamó inútiles como si los goles anotados partido tras partido debieran implicar la persecución de los rivales.

Dijo las mismas pendejadas al promotor empeñado en llevarnos juntos al mejor equipo que pudiera pagar nuestros servicios. Aún no sabemos cómo los comentarios se difundieron en las redes sociales y todo empeoró. Surgieron dudas sobre los recién nombrados *Jóvenes nacidos para triunfar*. Algunos periodistas afirmaron que jugar fútbol significa también ensuciarte. Si no corres más de veinticinco kilómetros eres un chupasangre que no sabe del sacrificio colectivo. Si no recuperas treinta balones eres un huevón execrable y de acuerdo a los dichos repetidos por la prensa deportiva cada uno de nosotros requería diez obreros para poder brillar por separado. Yo fui al campeón de Argentina de donde me echaron a los tres meses por culpa de la increíble elección del señor Cifuentes. Lo digo porque él prefirió firmar por muchos miles de dólares con un equipo de prestigio infausto que nunca pudo sumar más de treinta puntos en una liga europea de cuarta mano, sin tomar en cuenta un contrato que nos hubiera llevado a seguir juntos en la segunda división rusa, pero el pendejo no pudo renunciar al dinero y nos mandó a la chingada. Sin él fue como si yo hubiera aumentado setenta kilogramos y, sin mí, él fue un desperdicio. Entre los dos acumulamos veintisiete ligas donde la constante fue bajar de nivel y de sueldo. Seguro estoy que desde Rusia hubiéramos podido iniciar la conquista de cualquier torneo futbolístico.

Fuentes y Cifuentes, *la dupla mortal, el binomio asesino*, se degradó tanto por el olvido que terminamos odiándonos y sin lograr recuperar la magia donde anotar un gol consistía en decidir cuál de los dos iba a colocar el balón en el fondo de la portería del cuadro rival.

Chingue a su madre mi otrora hermano Cifuentes.

Sin *fuentes*, por ignorante.

Chingue a su madre su increíble elección.

Y maldito yo por no haberlo convencido de que el fútbol no suele llamar a la puerta de los departamentos *dúplex*.

JOSÉ LUIS VELARDE

México

Blog: [Literatura Virtual](#)



# LA JAULA DEL TIEMPO

MARVEL HINOSTROZA  
QUIÑONES

Desde que se detuvo a observar los rayos del sol, muy detenidamente, caer continuos sobre los campos verdes después de una gran tormenta, algo extrañamente irresistible se encendió dentro del tierno pecho del adolescente. Cosa misteriosa que sólo algunos seres pueden despertar y que casi ninguno llega a desarrollar porque en el mundo donde viven es un lugar con barrotes invisibles, sumergidos en la oscuridad, y limitada por los sentidos biológicos. De entre sus jóvenes entrañas latía una corazonada que se fue lentamente convirtiendo en un sentido más, uno más agudo, algo más profundo en el que poco a poco brotaba como agua de manantial desde sus neuronas hasta su propio entender. Nicolás encontró así, entre la fría atmósfera en que vivía, el fuego que iluminaría su sendero.

Durante sus primeros años de vida, Nicolás se desarrolló en completo acuerdo con las personas que lo rodeaban tal como su pequeña sociedad lo mandaba, sin sobresaltos ni presentimientos o sueños de grandeza más allá de los cerros.

Bajo ese manto sombrío de la monotonía, a menudo soñaba con grandes muros indestructibles como bestias en reposo, que encerraban y congelaban cualquier verbo de vida. Esas visiones mentales encerraban verdades latentes en su alma, en estado de vigilia. Sólo en contadas ocasiones el muro de sus sueños se disipaba, como humo de bicharra, al caer luz brillante sobre sus monstruosos rostros. Entonces, era cuando le invadía la sospecha de un viento invisible que nos empuja aquí o allá, y que comanda absolutamente todas nuestras acciones, mientras que llenos de vanidad creemos ingenuamente que gozamos de libre albedrío.

Al principio no quería aceptarlo, le asaltaba la idea de que alguna enfermedad mental estuviera afectándolo. Pero con el correr inevitable del tiempo, Nicolás fue meditando y reflexionando acerca de su extraña condición mental, debido no a la irreal manera de experimentar aquellas sensaciones y visiones, sino que su cuerpo biológico sentía estremecerse ante las consecuencias. La primera ocasión ocurrió durante el delgado límite que hay entre el sueño y el despertar; su cuerpo materializado desprendía un extraño resplandor y le producía la sensación de

caída al vacío. En ese instante Nicolás despertó de un salto. Sentía las frazadas pesadas, los objetos que lo rodeaban parecían estar separados de él por transcurso de varios años, como si lámparas, tazas, cuadernos y libros perteneciesen a un pasado incierto.

Aquella mañana durante su habitual rutina diaria de quehaceres no dejó de pensar en lo ocurrido en su pequeña habitación. Su mozo cuerpo le pesaba, sus ojos experimentaban un ardor desconocido, el sentido del equilibrio estaba afectado haciéndolo mover el cuerpo con torpeza y la cabeza le pesaba como una gran bola de metal.

A pesar que, lentamente pudo al fin estabilizar y controlar sus movimientos, ciertos signos anunciaban un estallido incontrolable que estremeció su carne hasta la punta de los pies. La descarga repentina cayó como un latigazo de luz, revelando ante sus ojos detalles incongruentes de objetos, antes comunes para él. Se tomó el tiempo para tratar de identificar otras incongruencias alrededor suyo. Le atravesó un terror sordo cuando descubrió que mientras más se fijaba, más detalles inexistentes del día anterior ahora se manifestaban llenas de polvo, como si desde siempre hubieran existido. El enigma que tenía en frente le quemaba como una herida recién abierta, y así de golpe tuvo la sensación de encontrarse solo sin ninguna explicación, como un vagabundo sin conciencia del tiempo o la realidad. Decidió salir a la calle a ver si todo era un sueño vertiginoso o una completa locura lo que le ocurría.

Mientras recorría las calles, y los rostros de las personas pasaban ante su mirada aguda, se iba dando cuenta que sólo pequeños fragmentos de la realidad parecían haber sido arrancados y en su lugar se colocaron otros quién sabe de qué lugares y bajo que magia. La angustia feroz fue disminuyendo con el correr de las horas, aquel vacío y la sensación de caminar al borde de un precipicio se apaciguaron.

Trató de buscar una explicación para lo que ocurría; consultó libros, profesores, brujos y hasta elevó la vista hacia las estrellas para buscar una explicación divina, pero poco fue lo que pudo entender. De alguna manera su realidad, aunque sea en pequeños fragmentos había sido alterada, no sabía si por

algún fenómeno extraño de la naturaleza o si tal experiencia fue provocada por su propio organismo debido a alguna condición extraña y terminal. Todos sus sentidos parecían estar en alerta, agudos a cualquier cambio a su alrededor, y no sólo eso, sino que su percepción del aire que lo rodeaba era distinta; la percibía. Aquellas eran como choques de pequeñas olas de manantial onduladas que impactan sobre los pies, pero a diferencia de ellas, estas impactaban desde todas las direcciones no en su cuerpo biológico, sino sobre su conciencia.

Nicolás estaba siendo iniciado, por alguna extraña fuerza cósmica, en el entendimiento único del principio y el final. Era quizá el Homo superior de la evolución, del paso final, aún lejano para la humanidad.

Era imposible para Nicolás dejar de buscar una respuesta. Y esta llegó justamente cuando no la buscaba. Una noche salió al campo para olvidarse de sus sensaciones, se tendió sobre la grama fría dirigiendo la vista hacia el cielo, no tardó en sorprenderse de lo bello que se lucía el centro de la galaxia girando lentamente, dando vueltas y vueltas. Pronto, aquella imagen lo arrastró por confines desconocidos; no estaba despierto, tampoco soñaba. La luz de las estrellas se extendía por el espacio eterno, resaltando en lejanías inaccesibles, y Nicolás observó de pronto toda una vida, después otra y otra más, todas desfilando frente a sus ojos que no captaban la luz en sus retinas, sino directamente como un chorro de energía, en lo profundo de su conciencia. Toda forma de materia y energía; esas expresiones que nos dan vida a través de nuestros sentidos, colores, viento, formas y objetos, se iban ajustando a un determinado lugar, para luego expandirse hacia adelante y atrás, como fotogramas infinitos. La sucesión de imágenes se ramificaba en diferentes direcciones como remolinos fantasmagóricos, cada una de ellas se iba diferenciando de otra sólo por un pequeño detalle, como el aleteo de una mariposa, pero que los separaba para siempre. Así, la vida y su luz tomaba caminos infinitos hacia diferentes realidades.

Unos agudos trinos lo hicieron regresar al frío de la grama. Una tórtola abría su pico para anunciar la mañana. Cuando emprendió el vuelo, Nicolás lo observó con calma, y la pequeña ave parecía aletear con paciencia, como si quisiera

ser observada reflejando la luz azulada del amanecer sobre nuestro protagonista. Aquella presencia emplumada, sin importancia para el mundo, ante el rostro de Nicolás cobraba la importancia de toda una vida, un mundo diferente que se abría paso sobre el espacio y el tiempo que parecía cubrir su existencia a manera de jaula, y esta de alguna manera le daba presencia material sobre esta tierra. Como si fuera una estrella fugaz, desde la punta del pico hasta la última hebra de la pluma trasera. El animal se fue desvaneciendo, todo alrededor del joven se transfiguró en una neblina que le producía la sensación de caer en un agujero profundo, y finalmente se vio de pie sobre una gran extensión de tierra muerta, estéril y sin signos de vida animal. ¿*Acaso era el futuro?* Se preguntó, y sólo pudo responderse al levantar la mirada y observar las altas montañas, reconociéndolas de inmediato, sí, estaba en el mismo lugar donde hace instantes existía grama fresca, aves y un hermoso amanecer, pero en un tiempo diferente. Y echó a caminar.

Después de andar por varias horas, por fin pudo hallar una pequeña aldea. Extrañado por el diseño y material de los refugios, echas de pieles y pelos, de huesos y uñas, sintió entonces que un temor crecía en él hasta adquirir las dimensiones de las montañas. Luchando contra las lágrimas, se preguntó a qué época se remontaba aquella visión lúgubre donde los seres que la habitaban parecían estar cubiertos de llagas eternas.

Sobre su rostro sintió la quemadura del frío, y todo al alcance de su vista se rodeó de una especie de espuma misteriosa que parecía extender el espacio, uno donde Nicolás permanecía en estado de reposo absoluto, donde estrellas y cúmulos de astros se alejaban velozmente en todas las direcciones hacia un fondo sin fin, pero siempre al alcance de su vista. De repente abrió los ojos. Su rostro era acariciado por el rocío helado del amanecer. La respiración se le hizo extraña, y sobre cada célula de su cuerpo impactaban ondas de choque que Nicolás percibía nítidamente como fuerzas que hacían posible que su cuerpo exista. En el aire había cierta tensión, tan tangible como una manta que lo cubría todo. Mientras que su conciencia trataba de alguna manera de estabilizar su presencia en aquel espacio. ¿Había regresado?



Por muchas semanas no experimentó aquella desesperante vivencia. Durante esos días y noches se obsesionó con la búsqueda de respuestas. El mundo que lo rodeaba había cambiado en ciertos aspectos, algunos personajes históricos que él recordaba no existían ahora, ciertas ciudades tenían otros nombres y algunas personas no lo recordaban. Nicolás se sumergió por completo en libros y escritos de todo tipo; científicos, religiosos, literarios, mágicos y cabalísticos. Al fin, todos los conceptos hallados se unificaban, por imposible que parezca, armoniosamente ante el caos.

El universo y todo lo que contiene existía para sus sentidos en la medida que iba entendiendo y percibiendo, así también podía desintegrarlo con “pensarlo”. Finalmente comprendió la fe, la luz, la gravedad, la relatividad, la singularidad y la verdad. Pues en lo profundo de la mente de Nicolás se desarrollaba un sentido jamás reportado, capaz de entender y unificar aquellos conceptos que a lo largo de la humanidad han causado controversia, guerras y muerte. La evolución le otorgó, sea por azar o por designio, la capacidad de percibir nítidamente, como si tocara una suave tela u oliera un sabroso pan recién horneado, el espacio tiempo. Poseía la capacidad de escapar de la influencia de la cuarta dimensión que lo obligaba a permanecer en un espacio tiempo establecido, así viajar al tiempo y al lugar que él quisiera. Para Nicolás no era necesario viajar cerca a la velocidad de luz, someterse a fuerzas gravitatorias poderosas o buscar el mito del agujero de gusano para viajar en el tiempo. El azar de la evolución le otorgó la capacidad de percibir la jaula que nos envuelve y nos obliga a permanecer en un plano único sintiendo el tiempo como algo todopoderoso. Ahora él podía huir de ese sueño, de esa ilusión que percibimos inconscientes y que nuestros arcaicos sentidos la usan para justificar nuestra existencia, nuestra singular realidad.

Nicolás poseía la llave para entrar y salir de la jaula, de viajar por la espuma del cosmos, evitando ser afectado por la cuarta dimensión y su influencia en su cuerpo material, y así, no estar sujeto a ningún tiempo ni espacio, sino estar por encima y fuera de ello; viajando a cualquier tiempo. ¿Estaba interesado en cambiar los hechos históricos? No, un rotundo no le retumbaba en su pecho, de nada

serviría, todo se daría de igual manera, nada impide que los hechos sucedan. Cada vida, con sus risas y lágrimas será experimentada dentro de su propio encierro, de eso no le quedaba duda. El tiempo y el espacio, con cada acción o decisión simplemente las desdoblabas hacia otro camino, a otra jaula llena de otras probabilidades.

**MARVEL HINOSTROZA QUIÑONES**

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/marvel.hinostrozaquinones>



SUPLEMENTO

# TRENES

CUENTOS PRESELECCIONADOS

# TREN A

# BANFIELD

JUAN PABLO

GOÑI CAPURRO

Sé que mirás bajo mi pollera. Sí, sé que no se me corrió una media. No porque sean de anuncios de TV; las controlé antes de subir. Te gusto, te gusta lo que dejan ver mis piernas cruzadas, te conozco, te adivino. Todos tienen la misma reacción cuando me ven, no necesito mirarte. Este aire de descuido me sienta tan bien... Y lo acompaña al punto la carpeta tipo facultad. Al mirar el techo estiro bien la remera para que puedas ver las tetas que tengo. Sí, ya que las tengo que llevar colgando todo el día miralas bien, no te quedes solo con mis piernas; no estoy incómoda, ¿qué pensás?, ¿qué me estás desnudando? En la próxima curva aprovecho y la levanto un poco más, así, mirá imbécil.

Las primeras minifaldas sí me hacían sentir desnuda, las medias me envolvían y me hacían tener más frío. Pero ya fue, nene, mirá tranquilo, fijalas para poder gozar esta noche con la gorda grasienta de tu mujer, Y sí, te estoy mirando; pero no vas a cruzarte y hablarme, no. Te basta con buen material para los ratones. En cambio ese otro ya está viejo hasta para mirar; y aquel disimula, ¿qué se creen?, ¿qué me van a levantar en un tren? Sí, me ato el cordoncito para que veas mejor, tonto, todas tuyas, vení, tocalas. Mis piernas, no las tuyas, salame. ¿Te creés que me excitás porque te tocás los huevos? Imbécil total. ¡Ay, tantas piernas para tan poco! Las cruzo al otro lado; la cosa promete, ya miran varios más. Controlá esa sonrisa de

satisfacción, tonta; indiferencia. Así. La vista fija en la carpeta, además de linda soy interesante. Si me escucharan hablar.

¿A ver qué hay en la ventanilla? Fondo de casas, de negocios; el vidrio te vende, señor de traje gris. ¿Con que mirando a escondidas? No te sonrío adrede, me da gracia, me gusta. No estás mal, ¿sabés?, para nada. Pero no vas a desnudarme. Con las cosas que debo hacer en qué estoy pensando.

Está bien Marcela, estás incómoda, no lo niegues; ya bajaste las piernas y la pollera. Es justa, igual vale, me marca al milímetro los muslos. A algunos les gusta que nos pasemos los dedos por el pelo —¿para qué otra cosa lo llevaríamos largo si no?—. Así, como peinándonos, ¿a vos? ¡Ganso! No te des vuelta cuando te miro. ¿A qué jugás? Mirá que te muestro... ¡uy! Banfield. Epa... ¿vos también bajás? Gracias. Menos mal que lo dejaste en “de nada”, te hubiera mandado a la mierda. Baboso. Lástima no andar de tacos. Pero mirame, igual nuevo el culito ¡y qué culo! Igual que en la TV, me lo juró el espejo. Aunque si seguís atrás no me ves las tetas y los ojos grises que Dios me dio.

¿Me estás siguiendo? Sí, me di vuelta para verte ¿para qué si no? Pero... ¿qué hacés? ¡Doblás a la izquierda, tarado! Vos te lo perdés. Uf. Diecisiete cuerdas en línea recta. Nunca voy a poder llevar tacos. A ver atrás... Uno, dos, el del traje. Pero los voy perdiendo. ¡Qué bueno sería vivir en una de estas casas! Ahora a bajarme la pollera al máximo y ponerme el sacón, siempre obligada a hacer buena letra con la vieja. Y el estúpido de Transportes otra vez no me invitó. ¿Qué espera?, ¿tanto vale ese anillo en la mano izquierda?

Concentrate, a ver, culo para acá, tetas para esta lado, ¡qué buena que estoy! Vale la pena levantarse a las seis para hacer gimnasia. Empieza la oscuridad, apretar la carpeta, cabeza baja, cubrirse, acá no vale la pena mostrar nada. A ver, sí, me queda un fasito. ¡Qué idiota! Me olvidé de fumarlo en el andén, siempre quedan bien los labios jugosos chupando el cigarrillo. Ay, mi hombre, ¿dónde estarás? Me vestí para vos pero no apareciste.

Puerta de mierda, cómo me complica. Y el ruido que... ¡Ey! ¿Cuándo te vas a bañar? Esa camiseta apesta. Me fue bien, como siempre. Ya tenés que meterme la mano, ¿no ves que me da asco? ¡Qué me va a gustar! ¿Ahora? Puede venir mamá, se supone que a ella la tenés que tocar. Sacá. Sentate a ver el partido. Cuidado con las medias, ¿sabés lo que valen? ¡La pollera, bruto! Tenés las manos grasientas. No, no me pegues.

Ay, me hacés doler. Sí, me gusta, no, me encanta, ¡ay! dame más, dámela toda —que asco, por Dios, si se pusiera forros—. ¿Por qué siempre tiene que ser en mi pieza?; después, a cagarme de frío con la ventana abierta hasta que se vaya el olor. ¿Tenés miedo que mamá te cele? ¡Basta, pegale a ella! Cuidado, son tetas no plástico; bestia, salí, no, no soy linda, no, no, no soy tu putita, no...

JUAN PABLO GOÑI CAPURRO  
Argentina

# LA ESTACIÓN

ANTONIO CARMONA

Nadie sabe cuándo comenzaron las obras. Quizá no deberíamos prestar crédito a los estudiosos que sostienen teorías, según las cuales en un principio no se estaba erigiendo esta monstruosa construcción con el propósito actual. Su plan original nada tenía que ver con una estación de ferrocarril. A decir verdad, tampoco cabe en cabeza humana que una línea férrea hubiera sido siquiera lejanamente imaginada en aquellos tiempos. De todas formas, el paso de los siglos nos ha maltratado con catástrofes e incendios, que en su día asolaron cualquier posibilidad de que llegaran hasta nosotros los planos e intenciones de los Primeros Constructores. Y, aunque su proyecto hubiera llegado a nuestras manos, ¿estaríamos capacitados en la actualidad para entender su lengua y los signos que representaran dicha lengua sobre el papel? ¿Acaso conocían o se comunicaban Ellos con la escritura? Ahora ya todo eso carece de importa, en realidad.

Tampoco parece, a pesar del frenético ritmo de trabajo llevado a cabo por los abnegados obreros, que la culminación de esta inmensa infraestructura se vaya a producir en un plazo de tiempo sensato. No está previsto que los hoy recién nacidos lleguen a ver el resultado final antes de su defunción, por longevas que llegaran a ser sus vidas. Además, nadie se muestra preocupado en cuanto a este particular. Si la obra no acaba nunca, mejor. Levantar, erigir, engrandecer se ha convertido en la actividad que procura sentido a sus existencias.

Recorriendo sus instalaciones podemos colegir qué partes corresponden a qué época, según el tipo de encofrado, de revoque, el uso de materias primas como la madera, el hormigón, el acero, el aluminio, el cristal, el ladrillo, el barro, la piedra,



las esculturas, los bajorrelieves... Algunas zonas se dejaron a medio hacer y no da la impresión de que jamás la vayan a rematar. Allí se quedaron los andamios para siempre, como un soporte inusitado de plantas silvestres y enredaderas. Otras áreas se desplomaron y yacen sobre el suelo conformando montañas de escombros, ya sea por las catástrofes antes mencionadas, o por la decisión colectiva de demolerlas para rehacerlas, inspirados en un nuevo y obsesivo diseño arquitectónico.

Por más que insista, entiendo la incredulidad de quienes nunca hayan visitado La Estación. Ellos no pueden estar capacitados para considerar verídica la extensión de este inmueble ancestral, de este monumento heredado. Hace mucho tiempo que los trabajadores comenzaron a tener dificultades para volver a sus propios hogares al acabar la faena diaria. Tales eran las dimensiones de la zona ya creada. Por eso, miles de ellos resolvieron construir sus viviendas en el interior de las instalaciones, o en alguna de esas torres delimitadoras, cuyas cúspides quedan ocultas tras los cúmulos durante los días nublados, encumbradas por gigantescos relojes de péndulo, sobre los que aún no se han colocado las manecillas.

Son tantos los andenes contruidos para la llegada y salida de trenes, que muchos ni siquiera han sido numerados. Es más, se ha optado por dismantelar los raíles de los andenes que nunca se utilizan con fines ferroviarios, para así poder arar y sembrar su superficie. De este modo, según la época, la Estación ofrece a la vista un singular y colorido espectáculo de sinuosas y kilométricas líneas paralelas, atestadas de cereales, vides, frutas y hortalizas de todo tipo. En ocasiones, las cabezas de ganado hacen de las suyas en dichos huertos lineales, puesto que campan a sus anchas entre las instalaciones, a falta de un buen pastor que las guíe, mientras esperan al tren que les facilite su trashumancia.

Ni que decir tiene que aquí se repiten una y otra vez, como en un bucle sin fin, las imágenes características de una estación cualquiera: el bebé que llora y la madre que lo acuna en sus brazos, el niño que se ha perdido, el caballero que cede su chaqueta a los hombros desnudos de una dama, la enamorada que sigue con

mirada anegada la partida del tren, el niño que por fin aparece, la joven que arrastra una voluminosa maleta con una sonrisa, un hombre gris con maletín, los viajeros que siempre se suben al tren en el último minuto, el gesto solemne del Jefe de Estación y, sobre todo, los que solamente vienen a ver el trasiego de trenes y viajeros que vienen y van.

Entre estos últimos podéis incluirme a mí. Juro que un día me marcharé en uno de esos trenes. Uno que me lleve lejos. Lo suficientemente lejos como para salir de la Estación. Ya sé que eso es cada día más difícil. La Estación lo va ocupando todo como una protuberancia febril y desatinada. Juro que un día dejaré de ser espectador y me subiré a un tren que me lleve a ese lugar sobre el que tanto se habla por aquí. ¿Existirá de verdad? Muchos de aquel territorio no conocen ni pueden imaginarse la Estación sin antes visitarla. Tampoco algunos de nosotros podremos nunca imaginar el Mar. ¡El Mar!

ANTONIO CARMONA  
España

# CONVOCATORIA SEPTIEMBRE 2021

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano.

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

## REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 67

a: [elnarratorioblog@gmail.com](mailto:elnarratorioblog@gmail.com)

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

25 de agosto de 2021



EL NARRATORIO



ISSN 2591-3123

# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL  
AÑO 6 NRO 66 AGOSTO 2021



ABDALA CARMONA CASTRO ALFARO CORALLO BAO  
DÍAZ DE LA CRUZ ECHEVERRÍA FEDERICI GARCÍA  
GÓMEZ ALAIS GONZÁLEZ GOÑI CAPURRO GUTIÉRREZ FALCÓN  
HINOSTROZA QUIÑONES IRANZO SARGUERO JIMÉNEZ CUENCA  
MARONGIU MATRAJT MONTEDIABLO QUISPE CORREA  
RAMAGGIOTTI RESENDIZ RIVERA RODRÍGUEZ SALDÍVAR  
SPINOZA TOMAS TREMARI VELARDE VIGNERA  
VILLANUEVA PARAVICINO

ISSUU: [www.issuu.com/elnarratorio](http://www.issuu.com/elnarratorio)

PÁGINA WEB: [www.elnarratorio.com.ar](http://www.elnarratorio.com.ar)

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>

TWITTER: @narratorioblog

INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>

E-MAIL: [elnarratorioblog@gmail.com](mailto:elnarratorioblog@gmail.com)

[elnarratoriodigital@gmail.com](mailto:elnarratoriodigital@gmail.com)

